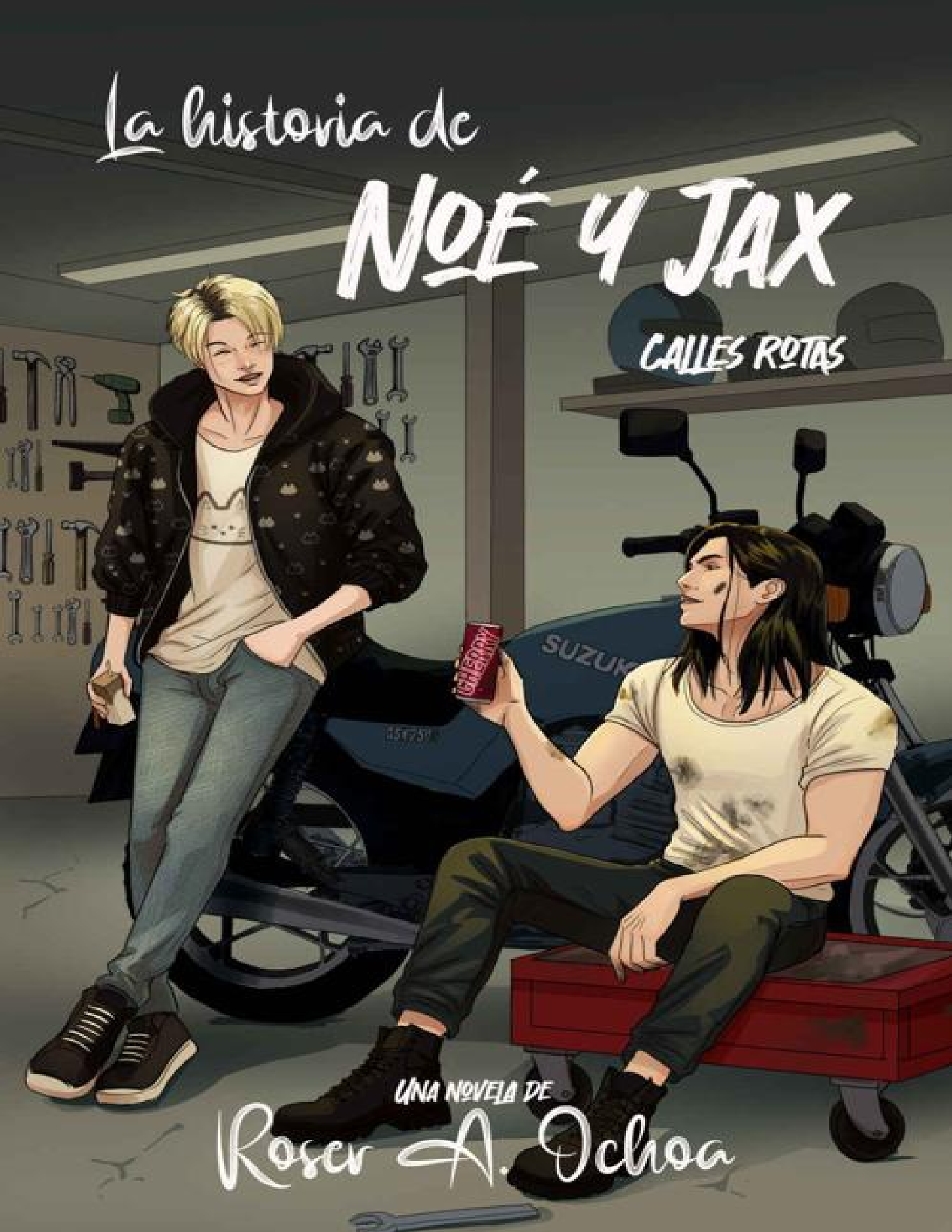

La historia de
NOÉ Y JAX
CALLES ROTAS
UNA NOVELA DE
Roser A. Ochoa

LA HISTORIA DE NOÉ Y JAX

CALLES ROTAS

ROSER A. OCHOA



CRÉDITOS

Copyright © 2025 Roser A. Ochoa
1ª Edición de febrero 2025
Ilustración de la portada: Adela Aragón

All rights reserved.
El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento bajo sanciones establecidas.

ÍNDICE

Nota de la autora
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Epílogo uno
Epílogo dos
Agradecimientos
Acerca de la autora
Otras obras de la autora

NOTA DE LA AUTORA



Tienes en tus manos una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Así como los establecimientos, negocios, eventos, locales… que no se corresponden en exactitud con la ubicación elegida para la historia.

PRÓLOGO



~~Era la primera nevada del año…~~

~~Cuando tenía ocho años…~~

~~El día que me dieron una paliza hasta casi matarme…~~

~~El sabor de la sangre inunda mi boca…~~

—¡Ah, mierda! ¡Puta redacción! —exclamó Noé. Arrugó el papel y lo lanzó contra la pared de enfrente.

—Supongo que vas a recogerlo, ¿no?

Noé lanzó un gruñido al tiempo que se levantaba para agarrar el maldito papel y tirarlo a la basura, justo al lado de la puerta del aula. Ya no quedaba nadie en el instituto, pero él seguía allí, castigado.

Tener trece años era una pesadilla.

—A ver, zoquete. Solo tienes que explicar un momento importante de tu vida, no te pido que resuelvas el problema del hambre en el mundo —le recordó el profesor, harto de repetirlo.

—No, lo que queréis todos es la historia de cómo me convertí en un «robot».

—No digas eso.

—Es la verdad —murmuró el chico.

Regresó a su asiento y tomó una hoja nueva. Tenía la libreta en las últimas y no le apetecía tener que pedirle a su hermano que le comprara otra.

—Bueno, escribe lo que sea, pero sin faltas de ortografía… ¡y sin palabrotas!

Noé puso los ojos en blanco, suspiró y de nuevo tomó el bolígrafo mordisqueado.

Era un poco más menudo que los chicos de su edad, de cabello trigueño que combinaba a la perfección con los ojos y piel claros; era lo que se podía considerar un chico muy bonito.

Además, su «peculiaridad» llamaba la atención: era un robot.

Todas las chicas se preocupaban por él de modo que todos los chicos lo envidiaban por eso. Y desde hacía relativamente poco, había descubierto que preferiría que ocurriera lo contrario. Tener las atenciones de los chicos y le importaba un pimiento que las chicas tuvieran celos por ello.

Aunque había un chico por encima del resto.

Justamente el único con el que no tenía posibilidad. Aunque con trece años no tenía claro de qué posibilidades se trataba. Todavía se encontraba procesando tanta información.

Noé alzó la mirada al techo, los fluorescentes le cegaron y, con esos destellos amarillentos en los ojos, centró la atención en el papel en blanco. O terminaba la puta redacción o se quedaba a vivir en el instituto.

«Estaba en el lugar equivocado en el momento menos apropiado; esta fue la conclusión en el informe policial del día en que nos apalearon a mi hermano y a mí.

Tenía seis años, Milo acababa de cumplir los diez.

No recuerdo nada de los casi seis meses que pasé en el hospital; mi hermano dice que era demasiado pequeño y lo he borrado del disco duro, y tal vez sea verdad. Pero esta maldita frase me persigue, porque no es cierta. Mi hermano y yo no estábamos en el lugar equivocado en el momento menos apropiado. Vinieron a por nosotros, por ser pobres, por estar en la calle, por pertenecer al peor barrio de la maldita ciudad… Solo éramos niños, pero a nadie le importó. Porque a nadie le importa lo que no le afecta de manera directa. Ni a la policía. Su lema es servir y proteger, ¡ja! Y una mierda…

Una lesión en la médula espinal me dejó las terminaciones nerviosas machacadas, totalmente locas. Por dentro soy un auténtico caos. No tengo prácticamente sensibilidad y soy incapaz de notar nada. Una cuchillada es como un ligero arañazo. Lo sé, lo he probado.

Pero esta redacción era para contar un hecho que cambiara mi vida, así que ahí va: ese momento llegó el día en que me dieron el alta. Porque nada más regresar a casa me di cuenta de que no quedaba ni rastro del niño que todavía tenía que seguir siendo mi hermano. Maduró a base de patadas y viajes continuos al hospital. Fue como si se hubiera arraigado en su alma la idea de no volver a dejarse pisar. Antes de que puedan hacerle daño, él lo hará primero. Han pasado casi siete años, hemos crecido, pero pocas cosas han cambiado. En el fondo de la mirada de Milo sigo viendo el dolor del orgullo herido por no poder proteger a su hermano pequeño, a mí.

A la edad de seis años aprendí que el mundo es cruel; el lugar donde vivimos, un vertedero; y nosotros, la basura que han desechado en él».

—Trescientas veinte… Joder, todavía me faltan… ¿Escribo un chiste?

—¡Lárgate de aquí! —rugió el profesor, quitándole la hoja—. No vuelvas a venir con los deberes sin hacer o te voy a mandar dos días a casa.

No llevar los deberes tenía premio. Dos días en casa eran un regalo.

Noé agarró la mochila al vuelo antes de que se diera cuenta de las palabrotas y echó a correr por el pasillo, deseando largarse de esa cárcel institucional a la que le obligaban a asistir todas las mañanas.

No odiaba el instituto. En realidad, se le daba de maravilla. Pero estar sentado por horas no era lo suyo. Él era un alma inquieta. Le encantaba vagabundear por la calle, como un nómada moderno, aunque lo que realmente lo emocionaba era ir al parque a alimentar a los gatos callejeros.

Atajó por uno de los tantos descampados que se unían al paisaje de fábricas abandonadas y tiendas que habían echado el cierre de manera definitiva. Porque no había mentido, de hecho, Noé casi nunca lo hacía; vivían en un vertedero. Su barrio estaba atrapado entre la zona portuaria y el Templo. Tal vez un par de décadas atrás Hinkon fuese una bonita parte de la ciudad, al menos era lo que los mayores decían, él no había nacido para verlo. De un tiempo a esta parte la decadencia arraigaba en las calles, el cierre de las fábricas aumentó el paro y con ello los adultos sin nada que hacer y mucho por beber, de algún modo tenían que matar las horas. Familias

desestructuradas, violencia intrafamiliar o chicos como ellos, que desde muy pequeños tenían que sobrevivir como podían y, aun así, no lo hacían tan mal.

Era una mierda de sitio en el que crecer, pero le gustaba. Era su hogar, el que con la fuerza de los puños su hermano y la pandilla de Hinkon protegían. Porque si algo tenía aquel lugar olvidado de la mano de Dios era que todo el mundo pensaba que podía campar a sus anchas, delinquir a sus anchas y traficar a sus anchas.

Necesitaban ser fuertes y, por el camino, se divertían un poco con todas las pandillas rivales, porque entre tanto gris necesitaban un poco de color, aunque fuese el rojo de la sangre.

Precisamente aquel fue el motivo por el que, cuando escuchó las sirenas de una ambulancia, no le dio mayor importancia.

Eran cerca de las siete, acababa de desperdiciar la tarde entera. Odiaba los días que le tocaba ir también de tarde. Después del instituto, acostumbraba a ir a echar una mano a la mujer de la panadería, porque a cambio de sacarle las cajas vacías o tirarle la basura, le daba algo para que se llevara. Se perdía por las cosas dulces. Aunque no era el único motivo. Lo hacía porque a pesar de no haber tenido un padre ni una madre, su hermano le había inculcado fuertes valores, así como le enseñó a pelear por ellos.

Al igual que a muchos otros, su padre los abandonó cuando él todavía era un bebé, y a la persona que los había dado a luz le quedaba demasiado grande el nombre de madre. Era la mujer que, ocasionalmente, aparecía por casa. A veces permanecía allí unos días, otras semanas, pero nunca más que eso. Después desaparecía y así hasta la siguiente. Para él era lo habitual, aunque sabía que no podía considerarse lo normal.

Tampoco le daba demasiada importancia.

Milo y él no necesitaban de nadie más.

De pequeño solía fantasear con tener una familia como las que salían en las películas. Se sentaba en la azotea del viejo edificio en el que vivían e imaginaba que el olor a comida casera salía de la ventana de su cocina y que, al bajar, su madre habría preparado un delicioso banquete. Que si se portaba bien y hacía los deberes, durante el fin de semana su padre los llevaría a jugar al parque, o irían al Templo, en lo alto de la montaña que delimitaba el barrio de Hikkon con el adyacente.

Aquello jamás ocurrió y las fantasías de Noé comenzaron a transitar por otros senderos algo más acordes al descontrol hormonal propio de su edad.

—¡Eh!, *Miau miau*, ¿dónde te habías metido? Te estábamos buscando.

Noé restregaba la suela de la deportiva contra el bordillo para desenganchar lo que fuera que había pisado y que desde hacía un rato pegaba cada paso al suelo. Alzó la mirada y se topó con Hugo, uno de los miembros de Hinkon, la pandilla de su hermano. Antes de que pudiera hablar, Hugo lo interrumpió abruptamente:

—Están en el hospital —soltó, a las bravas.

Noé tosió al atragantarse con su saliva.

—¿Quién está en el hospital? —Con dos zancadas ya estaba frente al otro.

—Al padre de Jax le ha dado un chungo, ha venido la ambulancia. Tu hermano y Leah ya se han ido para allá.

—¡Mierda!

Su primer impulso fue salir corriendo, pero algo se lo impidió, una mano aferraba su cazadora tejana, heredada de Milo, por supuesto.

—Eres rápido, pero vas a echar el pulmón por la boca antes de llegar. Te acerco.

El mejor amigo de su hermano en el mundo entero era Jax. Entre él y su padre llevaban el

taller del barrio, por donde, en algún momento u otro, terminaban pasando todos. Cuando el negocio flojeó, Jax decidió darle vidilla estropeando algunas motos. Fue entonces cuando Milo lo pilló *in fraganti* con su Kawasaki Zephyr 400; el resto era historia. Desde que se habían partido la cara años atrás, eran inseparables. Solo había una cosa que le molestaba de aquella fuerte amistad: que todos soltaran la manida frase de «son como hermanos». No lo eran, porque automáticamente lo convertía a él en el hermano menor.

No quería fantasear con el incesto.

El hospital se encontraba a unos pocos kilómetros a la salida de la ciudad. Noé se aferró a la cintura de Hugo y se parapetó tras su espalda para evitar el viento en la cara.

—Hemos llegado.

El rugido del motor se detuvo y Noé se obligó a acallar sus caóticos pensamientos.

—Gracias. —Tendió el casco en dirección al otro antes de echar a correr.

—Diles que me quedo por aquí, por si necesitan algo —gritó Hugo, a su espalda.

No le dio tiempo a responder, solo alzó la mano por encima de la cabeza indicando que lo había escuchado.

Odiaba ese hospital. En realidad, los odiaba todos; el olor a desinfectante y el zumbido de las máquinas lograban que se le erizara el vello. Quizá su fobia se debiera al tiempo que pasó dentro de uno. Más de medio año postrado en una cama, después, los meses de recuperación para terminar con las constantes visitas y controles. Porque todo en Noé era especial y, a la vez, preocupante. Un corte, una herida, un estornudo… Cualquier pequeño detalle que cualquier otro sabría identificar por el malestar o el dolor, para él no significaban nada.

Un verdadero quebradero de cabeza.

—¡Por fin! ¿Dónde estabas? —Leah se levantó al verle llegar. Parecía muy afectada.

—¿Y Jax? —preguntó, sin tiempo a recuperar el aliento.

Milo adelantó la mano para ponerla sobre su pecho, parecía comprobar si había corrido hasta el hospital. Los latidos estaban acelerados, pero dentro de un rango que estableció como normal, así que su gesto se relajó.

—Estaba muy nervioso, le he mandado a que tomara el aire y se fumara un piti. Seguro que está en el *parking* de detrás.

Las últimas palabras de Milo quedaron flotando cuando Noé salió en estampida por el largo pasillo.

Jax destacaba del montón en la pandilla. No compartía la afición por los tragos ni el humo. Era un apasionado de las motocicletas, pero les tenía un gran respeto; en las peleas, prefería hablar antes que lanzar golpes. Sin embargo, si lo acorralaban, sus puños eran tan temibles como los de su hermano. Jax era el amigo que nunca fallaba. Su hombro era un pañuelo siempre dispuesto a secar las lágrimas de quien lo necesitara y, sin duda, sus consejos eran más confiables que los de Milo.

Ahí estaba, justo donde su hermano había dicho: en uno de los laterales del edificio, frente al estacionamiento de motos. Con un pie apoyado en la pared y la mirada perdida en la oscuridad, su cabello largo y negro le cubría parte de la cara.

—Eh —lo llamó.

Al escuchar, giró la cabeza con lentitud. El joven de la sonrisa sempiterna en el rostro estaba devastado. Noé se fijó en que, a pesar de que no lloraba, sus oscuros ojos se veían enrojecidos, así como la punta de la nariz.

—¿Qué haces aquí? —le soltó, con tono de reproche—. Mañana tienes clases.

La voz de Jax, que normalmente sonaba rasposa, estaba totalmente resquebrajada. Las

palabras salían a trompicones, como si le faltara el aire. Noé se acercó unos pasos y señaló lo que tenía en la mano.

—Sabes que para fumarlo, tienes que encenderlo, ¿verdad?

El otro esbozó una extraña mueca, una sonrisa forzada que no le alcanzó los ojos. Tomó la cajetilla, introdujo el cigarro y la guardó de nuevo en su chaqueta.

Los dos se quedaron juntos en silencio. A pesar de su corta edad, Noé sabía que, a veces, apoyar a alguien era simplemente eso, quedarse de pie, a su lado, sin necesidad de hablar. La mirada de Jax estaba perdida en un punto inconcreto del aparcamiento, mal iluminado por farolas de luz amarillenta que daba un aspecto fantasmal al lugar.

—Se ha derrumbado delante de mí —Jax habló en un susurro—. Joder —suspiró—, cuando lo he visto tirado en el suelo… Es una mierda de padre, pero siempre se ha esforzado.

—Y ya es mucho más que la mayoría —corroboró Noé—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Jax negó con la cabeza, abatido. Miró al cielo y soltó un soplido antes de darse la vuelta para mirarlo.

—Ven aquí.

Fue una petición extraña, pero cuando abrió los brazos, Noé ni se lo pensó. Se dejó caer contra su pecho y lo abrazó con fuerza.

—¿Lo notas? —preguntó Jax, apretando los brazos a su alrededor.

—No, pero escucho tu corazón galopando —respondió Noé.

Creyó percibir un suspiro sobre su cabeza, pero antes de que pudiera levantarla, Jax lo presionó en un gesto que Noé imaginó desesperado. Al final se dejó llevar y rodeó la cintura del otro con la misma fuerza. El aroma a grasa de motor y gasolina envolvía a Jax, pero para Noé, era un perfume embriagador.

—Estoy acojonado, no quiero quedarme solo.

—No estás solo, siempre estaremos contigo.

—Es verdad. —Esta vez sí se pudo escuchar alivio en su voz—. Me duele la cabeza de tanto pensar.

—Pues no pienses.

Jax soltó una corta risotada.

—Cuéntame algo para distraerme —pidió el joven, todavía abrazándolo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No lo sé, cualquier cosa, lo que sea que me ayude a dejar de pensar en mi padre.

—Esta tarde me han castigado —murmuró contra su pecho, rascando la nariz en la tela de la camiseta, pensando en qué podía decir para ocupar una mente tan agitada—. Ah, y hace poco he descubierto que me gustan los chicos —soltó, sin filtros—. Pero no se lo digas a mi hermano.

No pudo notarlo, pero los brazos a su alrededor temblaron.

CAPÍTULO UNO



Más de dos años después

NOÉ

Solo le faltaban tres semanas para los dieciséis.

Noé siempre pensó que aquel momento sería especial. Y no se equivocaba. Aunque su hermano intentara esconderlo, sabía exactamente qué era lo que Milo tramaba.

—Entonces, no habrá una fiesta, ¿no?

Leah, la novia de Milo con la que ambos hermanos llevaban conviviendo los últimos dos años, tuvo que esconder la risa tras la palma de su mano y girarse para no estallar en carcajadas.

—Mira que eres pesado, *Miau miau*, ya te he dicho que no —gruñó el mayor desde la cocina.

—Entonces, si hago planes con amigos, no pasa nada.

—Ah, ¿pero tú tienes amigos? —Milo pasó por su lado y le golpeó la coronilla con los nudillos.

—Gilipollas —rugió entre dientes.

No tenía muchos; más bien, sus amigos eran básicamente los de Milo. No se llevaba mal con los chicos del instituto, pero congeniaba mucho mejor con la pandilla de su hermano, porque había crecido con ellos. Turbo le enseñó a mantenerse encima de una moto antes siquiera de llegar al suelo, Ric era el mejor para aprender a pelear y con Hugo fumó su primera calada, aunque de eso Milo no tuviese ni idea.

Eran una pandilla extraña, más como una gran familia. Podían pasar semanas sin verse, pero cuando se juntaban, era todo un espectáculo, y desde que era un crío, a pesar de la diferencia de edad, Noé estaba con ellos. Se había convertido en el hermano pequeño de todos y no le desagradaba, menos con Jax.

En aquel minúsculo apartamento, de tan solo dos habitaciones, las mañanas solían ser caóticas en mayor o menor medida, dependiendo del turno que tuviera Milo en el almacén. Noé terminó de llenar el depósito de café y dejó la cafetera en el fuego. Bola de nieve, el gato siamés que llevaba viviendo en la casa desde que era solo un cachorrito, saltó por encima de una de las sillas y aterrizó a sus pies. Noé se agachó para acariciarlo detrás de las orejas; antes de levantarse ya tenía otros dos gatos rodeándolo.

—Lo pillo, tenéis hambre.

—Comen mejor que nosotros —se burló Leah, con otro de los felinos en brazos.

Tal vez tenía razón. Pero no podía evitarlo, le encantaban aquellas pequeñas bolas peludas, y era incapaz de ver a uno y no querer llevárselo a casa. Algunos de ellos eran más independientes, entraban y salían del apartamento a su antojo, como si de un *Bed and Breakfast* se tratara. A veces Noé se sentía como un mero dispensador de «bolitas». Sin embargo, otros se habían convertido en una parte de su familia, una muy importante para él.

El olor a café comenzó a inundar el piso. Noé alargó la mano para coger la cafetera cuando Milo lo aferró por la muñeca para detenerlo.

—Las manoplas —advirtió el mayor, lanzándole una profunda mirada.

—La iba a coger por el asa, y el asa no quema —se defendió él.

—Me importa una mierda, usa los guantes.

Después de lanzar la advertencia, Milo salió de la cocina y se encerró en el baño; a los pocos segundos se escuchó el grifo del agua. Noé tomó los guantes térmicos y se los puso antes de coger la cafetera y dejarla sobre la mesa, junto a un paquete de galletas y las tres tazas que había puesto Leah.

—Debes ir con cuidado —le recordó la chica.

—Siempre lo hago.

Era extremadamente cansado que todos estuvieran encima de él. Entendía la preocupación, su peculiaridad —porque se negaba a llamarlo enfermedad— era difícil de sobrellevar y, cuando era más pequeño, dio más de un susto a Milo; por eso su hermano ya no se fiaba. Su madre desapareció poco tiempo después de que le dieran el alta en el hospital y, desde entonces, Milo se había encargado de todo. Y siempre lo hacía sin protestar ni quejarse, solo tiraba para adelante, sin permitirse ni un segundo desviarse del camino. Porque tal vez, de hacerlo, se daría cuenta de lo injusto que era todo aquello, al menos era lo que pensaba Noé.

—Se tiene que hacer la compra sin falta, o mañana no tendremos nada para comer —comentó Leah, arrastrando hacia atrás los mechones de cabello castaño para terminar atándolos con la goma de su muñeca.

—Puedo ir yo —se aventuró Noé, llenándose la taza—. Podría ir ahora mismo…

—Tienes clases —gritó Milo, para hacerse escuchar desde el baño.

Claro que tenía clases, con quince años siempre tenía clases, y Milo nunca dejaba que se las saltara cuando él ni había terminado el instituto. Lo llamaría grandísimo hipócrita si no supiera el porqué, además de que se arriesgaba a que le soltara una colleja.

Su hermano apareció tan solo cubierto con unos pantalones cortos y dejando al aire los abdominales, así como la decena de tatuajes que tenía por el torso, la espalda y el cuello. Noé parecía un *espagueti* si se comparaba con su hermano. Era un poco desesperante, rozando la humillación; no entendía de genética, pero algo estaba mal con él.

—Qué injusticia —murmuró, y ahogó la queja en el primer trago de café con leche.

—No me mires con esa cara —se quejó el otro. Luego se dejó caer de manera cansada en la silla y aceptó la taza que Leah tendía en su dirección—. No puedes faltar a clase.

—A eso se le llama dictadura.

—Por supuesto que lo es —confirmó el mayor—. Aquí se hace lo que a mí me sale de los cojones, sin discusión.

—No sé si Leah va a estar muy conforme con esto.

—No lo estoy —confirmó la chica con una sonrisa.

Uno de los gatos maulló rascando la ventana para salir y Milo se levantó solícito a cumplir el mandato, acarició la peluda cabeza con ternura y, cuando se dio cuenta del gesto tan tierno, escondió la mano como si hubiera cometido un delito. Noé evitó reírse para que no se cabreara más.

—A mí me da que los que mandan en casa son ellos —murmuró Milo, fingiendo enfado.

Siempre se quejaba de los animales, de la gran cantidad de pelo que soltaban y del dineral que costaba su comida, pero se le caía la baba con los gatos y lo disimulaba francamente mal. Noé cogió medio paquete de galletas y las troceó para hundirlas en la taza, después dejó caer la mano al lado hasta ver la pequeña y casi seguro rasposa lengua de una de sus bolas de pelo lamiendo las miguitas entre los dedos.

—No hagas eso, es asqueroso —lo regañó el mayor, que volvió a la mesa para terminar el desayuno.

Noé la apartó y los restregó por la tela del pantalón deportivo; se dio cuenta de que tenía una mancha a la altura del muslo.

—¡Ah! Mierda, tengo que irme o llegaré tarde —se quejó Leah, con la mirada pegada al reloj de la pared—. Creo que saldré pronto de la peluquería, así que yo me encargo de la compra.

—¿Seguro? —Milo cazó a la chica antes de que saliera en estampida.

Ella asintió. A Noé le encantaba Leah, muchísimo, era una hermana más, siempre recordaba haberla visto en casa, era incapaz de visualizar un tiempo en que no estuviera. Leah y Milo llevaban saliendo desde primaria. Cuando eran niños jugaban a las casitas, y el juego había saltado a la realidad, convirtiendo el destartalado piso en un hogar, con Noé en el papel de hijo rarito.

Milo tiró de la mano de ella para rodearla en un abrazo, y ahí llegaba el punto en que Noé tenía que desconectar. En su fuero interno se moría de envidia, aunque de la sana.

—Noé, ¿necesitas algo de la tienda?

—¿Eh?

—Madre mía, Noé, menudo empane llevas hoy… La compra —repitió Milo, y señaló en dirección a los armarios—. ¿Seguro que estás bien? Te veo un poco rojo, ¿te has tomado la temperatura? —preguntó.

Quiso comprobar sus sospechas, pero antes de que se acercara a su frente, Noé lo frenó con un manotazo.

—¡Estoy bien! —exclamó, y se levantó de pronto—. Mira que sois pesados.

Arrastró la silla con tanto ímpetu que casi le pisó la cola a Invencible, el gato atigrado que había recogido unas semanas atrás y ya se había peleado —y ganado— con todos. Se dirigió a los armarios para dar un repaso rápido. Lo que más echaba en falta eran dulces y porquerías, lo que menos frutas y verduras. Tendían a alimentarse un poco regular tirando a bastante mal.

—Galletas para el desayuno, pan de molde, zumo, algo de fruta… —empezó a recitar Noé.

—Vale, vale, frena, relax, *Miau miau* —pidió Leah entre risas, al tiempo que recogía el bolso —. No me voy a acordar de todo, mándame un mensaje después. Me pasaré por el supermercado antes de volver a casa.

—Claro. Hago una lista y te la mando.

Leah se acercó para darle un beso en la frente a modo de despedida. Lo hacía desde que era un crío y aunque ya era mayor, aquel gesto no le molestaba.

—Te veo por la noche —se despidió.

—Eh, ¿y a mí qué? —se quejó Milo, rodeándola por la cintura.

Nuevo momento para desconectar. Noé les dio la espalda. Recogió las tazas y las dejó en el fregadero antes de dirigirse a su habitación. Era martes, le tocaba fregar, pero lo haría después de las clases, porque si no se apresuraba llegaría tarde, como casi siempre, a decir verdad.

—Jax tiene que pasarse para traerme unas cosas; le diré que te lleve al instituto.

Hacía semanas que Milo no se rapaba la cabeza, así que llevaba el cabello castaño algo alborotado y le chorreaba por la espalda.

«Y después soy yo el que no tiene cuidado».

Noé alzó los ojos para lanzar una mirada al techo. En otras circunstancias, hubiese encontrado molesta la sobreprotección de su hermano, pero lo entendía. Además, que Jax lo acompañara al instituto jamás sería un motivo de queja, todo lo contrario.

Era absurdo, pero cada vez que estaba con Jax, se emocionaba. Lo cual ocurría prácticamente a diario; lo que hacía que se viera todavía más patético.

El mayor apareció en el quicio de la puerta y golpeó para llamar su atención.

—Recuerda mandarle un mensaje a Leah para la compra.

—Claro.

—Y no llegues tarde a clase —recalcó.

Noé sacó una sudadera del armario y la lanzó sobre la cama.

—Está llena de pelos —observó su hermano.

Noé miró la prenda. Toda su ropa estaba siempre llena de pelos. Desventajas de ser el esclavo de todos aquellos felinos.

—No importa.

—Así no vas a encontrar novia —bromeó Milo, y salió en dirección a la puerta, respondiendo a la llamada del timbre.

Ahí estaba. El maldito comentario de siempre. Noé soltó un suspiro. Con dos rápidas sacudidas intentó hacer volar los pelos y lo que consiguió fue que Bola de nieve saltara a por las mangas, pensando que era algo con lo que jugar.

—Noé, me voy —gritó su hermano desde la entrada.

—Pues vale —respondió en el mismo tono, a voz en grito. Apartó a Limón con el pie; tenía obsesión con arañarle las deportivas.

—Madre mía, qué escandalosos sois —se quejó Jax, divertido.

Al verlo, los gatos dejaron de molestarle y salieron a la carrera para rozarse contra el recién llegado; adoraban a Jax y él adoraba a los gatitos, Noé sentía celos de ellos.

Cuando Jax apareció, se quedó mirándolo.

La larga y morena cabellera le caía hasta alcanzarle los hombros. Solía recogerlo con una cola media, ni muy alta ni muy baja, bastante suelta, para que le fuera fácil de quitar tan solo deslizando la goma cuando se ponía el casco. Sus ojos eran oscuros y rasgados, perfectamente enmarcados bajo unas cejas negras ligeramente arqueadas, como si pretendieran formar un triángulo, y, para rematar, tenía los dientes un poco torcidos, con uno de los caninos que sobresalía de manera leve por encima del labio inferior, lo que le daba un aspecto un tanto fiero, como el de una pantera.

La fijación de Noé por los felinos era enfermiza.

Desde la muerte de su padre, dos años atrás, se encargaba de llevar el taller solo. Aunque al principio Milo solía echarle una mano, desde que encontró trabajo en el almacén, disponía de menos tiempo. Él se ofreció para trabajar allí unas horas, pero tanto Milo como Jax se negaron. Los dos estaban empeñados no solo en que terminara el instituto, sino en que siguiera estudiando más allá de lo estrictamente obligatorio.

—Joder, Llorón, cada vez estás más gordo. —La voz de Jax era muy profunda. El chico se agachó para rascarle al gato tras la oreja—. ¿Hay café para mí? —preguntó, elevando la cabeza.

—Sí —se apresuró a responder Noé.

—Tu hermano dice que te lleve al instituto —alzó la voz, camino de la cocina.

—Solo quiere asegurarse de que no me salto la condena.

Noé tiró de la camiseta que llevaba y se la cambió por una nueva. Se miró al espejo y pasó la mano por el pelo. Desde que Leah había practicado con él las decoloraciones lo tenía imposible de peinar, se le daba genial el corte y los peinados, pero el tema del color se le resistía. Así que se lo había churruscado un poco, nada que no se pudiera recuperar, o eso decía ella, pero por más aceite de coco que se echaba, se veía muy rasposo, encima, cada mechón iba por su lado, y al igual que los gatos, no le hacían ni puñetero caso.

Sus ojos, tan azules y claros como una tarde de primavera, se desviaron a la pequeña rascada del antebrazo; la tocó con la yema del dedo, aunque no era capaz de sentir dolor, comprobó que no se viera mal. Había más de una decena de marcas en su cuerpo que le recordaban lo prevenido que tenía que ser con todo. Un corte, una caída o simplemente no prestar la suficiente atención, con su instinto de supervivencia totalmente alterado, era blanco fácil para que se complicaran todas las lesiones. Hasta una muela picada podía terminar en una horrible infección.

Nada más ingresar en el instituto, tuvo un par de percances con estudiantes que querían

comprobar de primera mano qué era lo que podía o no sentir, ¿sería lo mismo clavarle un alfiler que una navaja? Intentaron alguna que otra emboscada, con más o menos intensidad de crueldad, pero, así como Noé tenía un rostro apacible de facciones dulces que usaba para ganarse el favor de los adultos con su aparente docilidad, también había aprendido, por las malas que si se dejaba, el mundo le podía pisar. Así que aunque intentaron acorralarlo, nadie lo consiguió. Estaba muy bien entrenado.

—Termino en dos minutos —anunció, al pasar por la cocina en dirección al baño.

—No hay prisa, he venido con la moto. Podemos dar una vuelta antes de entrar a clase.

—¡Sí! —respondió Noé. Demasiado alto, demasiado rápido, demasiado emocionado.

Una ligera risa se alzó sobre su cabeza y, al girarse, Jax estaba de pie apoyado en la desconchada pared del pasillo, con Invencible entre los brazos y mirando en su dirección. Noé tragó con dificultad.

—Digo… Vale, bueno, no sé, si tú quieres… —se corrigió, fingiendo indiferencia.

Montar en moto con Jax era uno de los placeres ocultos e inconfesables de su vida. Solo él tenía el privilegio de subirse en la Suzuki GSX250E del segundo al mando de Hinkon, porque él jamás llevaba a otra persona. Y no era que no aspiraran a ello, muchas chicas pretendían hacerlo, pero sus intentos de camelarlo caían en saco roto. No se dejaba engatusar, en realidad, incluso las trataba con un poco de frialdad.

Cuando salieron de casa eran casi las ocho de la mañana. Jax tendió un casco en su dirección y después se quitó la coleta para enfundarse el suyo. Noé rodeó con ambos brazos la cintura del otro, desprendía aroma a *aftersave* con un ligero toque de grasa de motor, un olor que jamás se evaporaba de su piel, como si el aceite y la gasolina fuese parte de él. Le gustaba. Bueno, no había nada en Jax que le desagradara.

Al igual que Milo, tampoco había terminado el instituto y, de nuevo, al igual que su hermano, no le dejaba pasar una a la hora de faltar a clases.

A Jax le gustaba la velocidad, coger las curvas bien cerradas y la conducción un poco temeraria, sin embargo, cuando llevaba a Noé de paquete solía darle gas, pero sin riesgos innecesarios. Noé cerró los ojos disfrutando de la sensación de libertad. Se resistió más de lo que podía explicar a descender de la moto cuando estacionaron frente a la puerta del instituto, demoró lo más posible el alejarse de él y miró por encima de su hombro dos veces cruzando la mirada con la de Jax, que también parecía reticente a abandonar el lugar. En ocasiones como aquella, Noé dejaba que su imaginación volara.

JAX

Aquel sitio le traía muchos recuerdos. Ni buenos ni malos, solo una fase de la vida por la que le obligaron a transitar. Por suerte, su padre no puso demasiada resistencia cuando le anunció su intención de dejar los estudios. La verdad, ¿para qué quería un graduado si lo suyo era estar en el taller? En cuanto a motores se refería, nadie sabía más que él. Nació y creció en el destartalado garaje. Aprendió a apretar tuercas antes que a caminar. Su vida consistía en estar manchado de grasa por el día y de sangre por la noche. Adoraba las motos y pelear.

Se quedó ahí parado, hasta que la espalda de Noé se perdió entre la marabunta de estudiantes que se apresuraban a entrar antes de que el timbre sonara.

Montó en la moto y dio un par de rondas por el barrio antes de dirigirse al taller.

Aparcó frente a la persiana y echó el candado a su Suzuki, la niña de sus ojos. Dio la vuelta por el callejón y entró por la puerta trasera. Desde el fallecimiento de su padre ya no podía coger muchos encargos, así que dejaba cerrado al público y se centró en atender a clientes de confianza. Además, el barrio tampoco invitaba a pasearse por él; y en los últimos tiempos iba a peor. Por si fuera poco, la gente no solía fiarse de un negocio regentado por un chaval que apenas acababa de cumplir la mayoría de edad.

Estaba claro que no se haría rico, pero mientras pudiera mantener abierto, le bastaba. No era tipo de grandes ambiciones, más bien adoraba la tranquilidad. Estar en calma, rodeado de sus motos, con la música y el olor a gasolina como fiel compañía.

Sacó un paquete de galletas y se sentó en el sofá.

Tenía dos reparaciones de poca envergadura que terminaría de manera rápida y cobraría a precio de oro. Después estaba la moto del fondo, la que Milo había recuperado de un desguace y pretendía regalar a su hermano. Noé cumpliría los dieciséis en unas semanas. Tenía que estar lista para entonces. Sin embargo, cada vez que se ponía con ella, le entraban ganas de parar. En cuanto el chico tuviera su propio medio de transporte, dejaría de montar con él. Era un poco absurdo, pero le gustaba llevar a Noé. Cuando salían a rodar con la pandilla, siempre era su paquete. A los dos les gustaba la velocidad, y aunque siempre era muy precavido, se permitía alguna locura. Algún acelerón, una curva algo más cerrada, y el chico a su espalda apretaba con más fuerza los brazos alrededor de su cintura.

—¡Ah! Maldita sea —farfulló. Se metió la última galleta en la boca, sacudió las migas y se levantó.

Hora de trabajar.

Era cerca del mediodía cuando Jax arrastró la que iba a ser la moto de Noé al centro del local. Curiosamente era el mismo modelo que la suya, aunque más vieja. Estaba en un estado deplorable cuando la encontraron. Milo y Leah se pasaron horas para limpiarla y lograr que algunas partes hasta volvieran a brillar. El trabajo que quedaba era para él.

Tendió una manta en el suelo, se sentó para quedar a la altura del motor y comenzó a trastear.

Conoció a Milo unos cuantos años atrás. Perder el tiempo por las calles era su mayor afición en aquel entonces y, con frecuencia, terminaba en las zonas de aparcamiento de motos. Soltar un cable por aquí y otro por allá. Averías fáciles de solucionar si se sabía dónde mirar. Fue la manera que encontró para que su padre no echara el cierre definitivo al taller. Una de aquellas motos fue la de Milo.

El rubio no tenía ni la edad para conducirla, pero se movía por el barrio imprimiendo su

ritmo al pasar. Jax lo tenía visto. De hecho, los hermanos eran algo así como una leyenda. A la tierna edad de quince años, Milo ya se había labrado una gran reputación y se hacía respetar a base de ganar pelea tras pelea. Fue una enorme gilipollez pensar siquiera en acercarse a su moto.

Lo hizo y le pilló.

Las mejores amistades eran las que nacían después de un buen intercambio de impresiones, y si era con los puños, mejor. Desde entonces eran inseparables, y se había ganado un lugar de confianza a su lado. Su mano derecha, decían algunos. Pero la verdad era que perseguían un mismo interés: que lo poco que quedaba del barrio no se fuera a la mierda.

Pero lo mejor de haber conocido a Milo era tener a Noé en su vida. La perspectiva de su mundo cambió al conocerlo. Era un crío muy gracioso del que enseguida se encariñó. Su particularidad despertaba en todos un fuerte instinto de protección, sin embargo, lo que a él lo dejó fascinado fue su determinación. La manera de pelear contra todo para que sus diferencias no lo lastraran, el ímpetu que ponía para vivir con normalidad. Aunque no era nada fácil y, en aquellos años, sus intentos se vieron truncados una y otra vez. Por cada ocasión que la vida le fallaba a Noé, crecía su admiración por él. Hasta que aquel sentimiento se convirtió en amor.

Al principio fue incapaz de poner un nombre a lo que sentía. Hasta la noche en que su padre murió. Tan solo tenía dieciséis años y su mundo se desmoronaba frente a sus narices, se sintió más perdido que nunca hasta que sus brazos rodearon a Noé. Solo fue un abrazo, necesitaba el contacto, aferrarse a algo que fuera real. Entonces el maldito crío se burló del desbocado latir de su corazón y, con total naturalidad, Noé le confesó que era gay.

En aquel momento todo encajó.

De nuevo Noé lo sacudió poniendo en palabras, sencillas y claras, todo el batiburrillo que anidaba en su interior. Era admiración, era cariño, pero, también, amor.

—¡Eh! ¡Jax!

Los golpes en la persiana lo sacaron del trance en que se había metido.

—A la mierda —gruñó, dejando caer la herramienta que ni había utilizado.

Levantó la persiana hasta la mitad para dejar entrar a Hugo, que corrió directo al baño sin saludar.

—Hola a ti también.

Hugo era uno de los miembros más viejos de la pandilla, fue antiguo compañero de estudios de Milo y, a pesar de haber terminado el instituto, llevaba una mala racha, empalmando un curro de mierda tras otro, sin encontrar nada estable ni que le durara.

El taller era un punto de reunión para muchos de la pandilla, algunos pasaban más horas ahí que en sus propias casas. Extraño era el día que no se le hicieran una visita. A veces solo para saludar, en otras ocasiones para hacerle compañía; cuando alguno de los chicos necesitaba alguien con quien desahogarse, siempre acudía a Jax, pues se le daba bien escuchar.

—Perdona, tío, me estaba meando. —Hugo salió del pequeño retrete con cara de satisfacción.

—¡Pero lávate las manos, cerdo!

—Perdón, perdón… —balbuceó, y volvió a entrar.

Hizo descender la persiana y regresó al lado de la moto, le lanzó una mirada malhumorada y se sintió de lo más ridículo por estar enfadado con ella. Sí, le había cogido manía a un ser inanimado, a un mero medio de transporte.

—Hoy he hablado con un colega. —Hugo regresó con las manos empapadas, goteando por el suelo—. Tiene un amigo en Umi. —El chico buscaba con la mirada un lugar, más o menos limpio, en el que sentarse. Desistió—. Dice que Gin le ha echado cojones y ha detenido uno de

los cargamentos.

Jax, que estaba organizando una de las cajas de herramientas, se detuvo para mirar a su interlocutor.

—Ya era hora —resopló.

Casi toda la droga que terminaba en el barrio de Hinkon entraba a través del puerto. Los chicos de Umi eran la pandilla que lideraba en aquella zona, con Gin al frente. Casi todos eran hijos y nietos de pescadores, condenados a seguir con el negocio familiar.

Enrolarse para malvivir en alta mar durante semanas, incluso meses, para desembarcar y seguir sobreviviendo en tierra firme.

No se llevaban especialmente bien con ellos, aunque tampoco especialmente mal. A veces tenían algún enfrentamiento, más para soltar adrenalina y medir niveles de testosterona que por verdadera rivalidad.

Con los que sí tenían un odio visceral era con los de la zona alta, el barrio de élite y que, bromas del destino, estaba al otro lado del Templo, en lo alto de la colina, siempre mirándolos desde arriba. Niñatos pijos con la vida regalada que se creían «chicos de barrio» por pelear. Matriculados en buenos colegios y con la vida más que solucionada.

Cuando pensaba en ellos le arremetía con fuerza el sentimiento de injusticia. La falta de oportunidades perseguía a tipos como él, como Milo y…, por desgracia, Noé.

Al final Hugo se había sentado en el sofá y comenzó a juguetear con el móvil; Jax decidió seguir también con lo que estaba haciendo; por pocas ganas que tuviera, tenía que dejar la moto perfecta.

—¡Oye! —exclamó el otro de pronto—. ¿Y te has enterado de lo del tipo ese? —Hugo se acercó al refrigerador y gruñó al no encontrar ni una sola lata de cerveza—. ¿En serio? ¿Batidos de chocolate y refrescos de cereza? ¿Qué eres, un crío?

—No me toques las narices. —Jax le lanzó el trapo—. Qué decías de un tipo…

—Ah, sí. Joder, un tal Theo… Un niñato de la zona pija; dicen que se ha hecho con el control de los Tomi al derrotar no solo a Sendo, sino a toda la cúpula. Hay un auténtico revuelo.

Aquella información logró impactarle, tal vez incluso más que lo de que Gin por fin hiciera algo en su territorio.

—Espera, espera —pidió Jax, analizando las palabras—. ¿Qué ha pasado con Sendo?

Hugo pasó dos dedos en horizontal frente a su cuello al tiempo que sacaba la lengua.

—Bueno, no muerto, pero sí en el hospital. Le ha dado una paliza que por poco lo mata.

Jax soltó un silbido de admiración.

Él mismo había tenido un par de encontronazos con los Tomi, con Sendo más en concreto. Sabía de primera mano lo duro que era ese tipo. Bastante acostumbrado a pelear, a pesar de ser un niño de papá. Que alguien lo hubiera tumbado hizo nacer en él la curiosidad.

—Vaya…

¿Quién era Theo y de dónde había salido?

—Por lo visto es un chaval de unos dieciséis o diecisiete años —empezó a explicar Hugo, adivinando sus pensamientos—. Además, que parece un maldito fideo de lo delgado que está, pero tiene la mirada.

—¿Qué mirada?

—Ya sabes, la de quien puede ir con todo porque no tiene nada que perder.

«Oh, sí, esa mirada».



CAPÍTULO DOS



NOÉ

Su rutina mañanera era de lo más larga y tediosa. Desde que sonaba el despertador hasta que salía de la habitación llevaba a rajatabla todo un ritual confeccionado por los médicos y perfeccionado a base de experiencia.

Tenía que tomarse la temperatura, el pulso, la saturación de oxígeno y el azúcar. Comprobar que no tenía ninguna herida en el cuerpo, llaga en la boca o los ojos enrojecidos. De tantas veces que se observaba frente al espejo se aborrecía a sí mismo.

Era una mañana silenciosa. Milo estaba con el turno de noche en el almacén, por lo que a aquellas horas dormía, y Leah empezaba a trabajar en la peluquería más temprano. Se habían acomodado en una convivencia extraña, aunque apacible.

Él también tenía previsto trabajar. En cuanto diera carpetazo al instituto, su intención era encontrar algo con lo que apoyar la economía familiar. No le gustaba ser una carga. A pesar de que ni Milo ni Leah lo sintieran así, él no era capaz de quitarse de encima tan lamentable sensación. Tanto por los quebraderos de cabeza que les ocasionaba, las constantes visitas al hospital o la poca intimidad que tenían como pareja.

Por eso Noé vivía su época estudiantil como mero trámite. Un lugar de paso hasta que lo consideraran un adulto funcional. No buscaba problemas, intentaba tener un perfil bajo y cumplir con sus obligaciones; sin más.

—Buenos días, *Miau miau* —lo saludaron a su espalda—. ¿Vas esta noche al Templo?

Noé tiró la mochila al suelo y se arrodilló para atarse las deportivas, le fallaron los dedos y los cordones se le resbalaron. El ambiente era el propio del mes del año en el que se encontraban, frío; casi con toda seguridad sus manos estaban heladas, aunque él no lo notase.

—Sí —murmuró deshaciendo el nudo para empezar de nuevo, resignado.

—Oye, ¿crees que si me presento allí, Milo dejará que me quede?

—No te lanzará escaleras abajo, si es lo que preguntas.

Noé sonrió, la mala fama de su hermano hacía que lo pintaran como un verdadero psicópata, alguien duro e intransigente y que lideraba a sus chicos con puño de hierro, cuando, en realidad, al único al que no le pasaba ni una era a él.

—¿Podría ir contigo? —tanteó su compañero parado frente a él, ya casi habían cruzado la entrada al instituto—. Tal vez si eres tú quien me presenta…

Noé se alzó de pronto haciendo un quiebro con la cadera, levantó la pierna y la detuvo a escasos centímetros de su rostro; el otro tan solo atinó a cerrar los ojos y encogerse.

—¡No estaba preparado! —se quejó, ante el furtivo ataque a traición.

—Sigue practicando —lo animó Noé, quien recogió la mochila del suelo y golpeó su hombro con camaradería.

No era tan fuerte como Milo, tampoco tan ágil como Jax, ni mucho menos tenía las dotes de liderazgo y seguridad que ambos desprendían, pero se sabía defender y, aguantando palizas, ¡no tenía igual! Sonrió a desgana de su propia broma.

La pandilla se reunía casi todos los viernes y el Templo era la ubicación perfecta para ello. Alejado de la primera línea de casas podían armar jaleo y, desde la cima, se contemplaban las mejores vistas de la ciudad. A Noé le gustaba aquel lugar, salvo por el desafortunado inconveniente de que quedaba demasiado cerca del barrio de los Tomi.

Era noche cerrada cuando volvió a salir de casa. El ambiente era tan frío que cada respiración

estaba envuelta en un vaho blanquecino. A pesar de no ser parte oficial de Hinkon, nadie ponía reparos en su presencia. Ya se habían acostumbrado a ella, era solo un niño cuando comenzó a asistir a las reuniones y siempre lo habían tratado genial. Aunque, sin duda, lo mejor de todo era estar un rato con Jax.

Aquella noche alguien había encendido una fogata, lo que daba al lugar abandonado un aire más aterrador. La pobreza, la suciedad y la decadencia eran la carta de presentación del barrio donde vivían, el Templo solo era un reflejo más de aquel maldito lugar.

—Tendrías que haberlo visto antes, cuando los dioses todavía no se habían rendido con nosotros, era impresionante —comentó Jax, sentándose a su lado, aunque con la mirada orbitando a su alrededor.

—Mi madre solía traernos de pequeños, antes de… Bueno, de… Ya sabes. Aunque en aquella época ya era un montón de basura.

Jax alargó un refresco en su dirección.

Los chicos de la pandilla no se caracterizaban precisamente por ser discretos. Las voces, los gritos y las risas lograban aplacar la soledad y dotar de vida aquel abandonado rincón.

Aparte de los de la banda, también había algunas chicas, amigas de Leah o novias de otros miembros. Al final de la noche alguno de los muchachos perdía la compostura y Milo o Jax los tenían que frenar.

A su lado el pelinegro tomó un largo trago de cerveza y dirigió la mirada al mismo punto donde la tenía él; chasqueó la lengua antes de volver a mirar al fuego frente a ellos. No lo decía, sin embargo, Noé intuía que la actitud condescendiente de algunos de ellos con las chicas le molestaba. Jax no era como los otros; Noé era capaz de enumerar ciento cincuenta mil detalles que lo diferenciaban del resto, y que, por supuesto, lo hacían ser el mejor.

—Ya pronto va a ser tu cumpleaños. —Jax estrujó la lata con la mano y la lanzó al cubo.

—Juum… —murmuró Noé; no muy conforme con el tema de conversación.

—Al fin vas a dejar de ser un mocoso —bromeó el otro, ajeno al mal gusto de la broma.

A Noé se le marchitó el humor. Tan solo se llevaban tres años, sin embargo, la abismo entre ambos parecía insalvable; la culpa la tenía el maldito instituto, y el hecho de ser un robot. Era inevitable; todos le trataban con tal delicadeza que a ojos del mundo solo era un bebé al que proteger y cuidar. Si una mañana se despertara envuelto entre algodones, no le resultaría extraño.

—Tsk —chasqueó la lengua, sin querer hablar más.

El otro se percató, y de pronto soltó una idea que Noé sería incapaz de rechazar:

—¿Rodamos un rato?

Jax había bajado la cabeza para hablar muy cerca de su oído, como si fuese algo que tuviera que quedar entre ellos dos.

Tal vez sí había visto a través de sus pensamientos y los estaba cortando de raíz.

Su voz, masculina y grave, abrió una brecha en su corazón. Noé llevó la mano al cuello, justo en el punto donde el aliento del otro se había estrellado, y pensó en lo agradable que sería sentir el cosquilleo, la sensación de que el vello se le erizara.

Jax se levantó de un salto para tender una mano en su dirección.

—No he bebido. Era sin alcohol —le dijo, como si a Noé aquello le importara—. ¿Vamos?

Podría haber sido el diablo en persona invitándole a bajar al inframundo a sufrir la más cruel y salvaje de las torturas, que Noé lo habría seguido igual. Total, por más que lo torturaran, no sentía dolor. Aunque sí notaba cómo el corazón se le calentaba y el estómago se le encogía solo de pensar en estar a solas con Jax. Pero las cosas jamás eran tan fáciles.

—¡Eeeeeeeeeh! —Milo apareció de pronto, saltando sobre la espalda de su mejor amigo—.

Nina te está buscando, ¡Casanova! —gritó.

Milo tenía poca tolerancia al alcohol y muy mal beber. Tal vez pensaba que hablaba con voz normal, pero los gritos hicieron que Jax llevara la mano al oído mientras que con la otra le propinó un empujón para sacárselo de encima.

—¿Puedes sostenerte en pie? —La voz de Jax sonó cansada.

—Tienes que salir con Nina —adujo Milo, con palabras que se pegaban a su lengua—. Así los miniJax y los miniMilo podrán ser amigos…

—Claro, claro… —canturreó Jax.

Noé buscó a la susodicha. Era amiga de Leah. Se trataba de una chica menuda de largo cabello castaño y ojos de muñeca; de hecho, toda ella lo parecía. Era tan delgada que Noé temía que con un soplo de aire tuvieran que ir a recogerla a otro barrio.

Celos. Infantiles y absurdos, pero tan suyos que no los soltaba.

No solo era con Nina, eran aplicables a todas las chicas que se acercaran, ya que cualquiera de ellas podría ser la afortunada que, al final, robara la atención de Jax.

—Lo siento, Noé —el pelinegro habló de manera entrecortada—, vamos a tener que dejarlo para otro momento. —Jax tiró de Milo para sostenerlo sobre uno de sus hombros.

Noé apretó los puños y se forzó a esbozar una sonrisa. Era pésimo fingiendo, así que sus labios se retorcieron en una mueca, como si acabara de masticar un limón. De hecho, el sabor amargo se aferraba al fondo de su garganta.

—No pasa nada… —empezó, antes de que el otro añadiera más.

—Será mejor que lo lleve a casa. —Jax tiró de Milo, pues se le resbalaba de entre los brazos.

—¿Eh? ¿A casa? ¿Y Nina?

La expresión de Jax mostró confusión.

—¿Qué pasa con ella?

—Te busca.

—Pues no me va a encontrar.

Aquella afirmación, acompañada de una sonrisa ladeada, hizo que el corazón de Noé se estremeciera.

—¿Me ayudas?

—No estoy borracho —declaró Milo, con los ojos en blanco.

Noé soltó un soplido de resignación. Se puso al otro lado del metro noventa de su fastidioso hermano, y ayudó soportando la mitad de la carga.

—Joder, pesa como un orangután —se quejó Jax.

—Y huele igual —añadió Noé con maldad.

JAX

Por norma general, las fiestas en el Templo terminaban a altas horas de la madrugada. Años atrás tenían más aguante, sin embargo, desde la muerte de su padre ya no podía columpiarse; le tocaba ser un adulto responsable y, a Milo, le pasaba más o menos igual. Así que solían ser los primeros en retirarse. Jax lanzó un par de indicaciones a los mayores y otras tantas a los menos borrachos. Lo último que quería era que acabaran buscando pelea con los de otro barrio.

No sería la primera vez, tampoco la última.

Jax cargó con Milo a la espalda, ayudado de Noé. El condenado borracho se movía y le complicaba las cosas, además, balbuceaba incoherencias y el aliento le apestaba a alcohol. Noé no atinaba a sujetarlo y, al final, en un intento de que su hermano no se abriera la cabeza contra el asfalto, pasó el brazo a su alrededor, quedando extremadamente cerca.

Jax era un tío centrado; con gran autocontrol, pero no era de piedra. La cercanía de Noé, el calor que desprendía su cuerpo, el ligero pero abrumador olor del champú, unido a la intimidad que se había creado justo antes de que Milo los interrumpiera, lograron que perdiera fuerza. Tentado estuvo de arrojar a su amigo al suelo y perder la compostura.

No tenía una doble intención con la sugerencia de marcharse con la moto. Sin embargo, sí era verdad que quedarse a solas con Noé era algo que deseaba mucho, a pesar de ser un riesgo. Sin pretenderlo, algo se removía en sus entrañas con insistencia, y cada vez era más difícil ignorar lo que sentía. Tal vez era por las miradas entre los dos o por los silencios que no tenían que rellenar; quizás por los roces casuales y cada vez más frecuentes.

Fuera lo que fuese, llevaba meses con la mosca detrás de la oreja y, por qué no decirlo, con ganas de alargar uno de esos encuentros para ver hasta dónde era capaz de llegar. Después, recordaba que Noé todavía era un crío y, por si fuera poco, el hermano menor de Milo; el instinto de supervivencia lo instaba a refrenar los impulsos.

Leah los siguió después de haberse despedido de todos, y entre los tres lograron dejar a Milo, totalmente fuera de combate, sobre la cama.

—Qué mal beber tiene —lamentó la chica. Se agachó al lado del colchón para tirar de las botas militares—. Jax, si quieres, puedes quedarte a dormir —ofreció.

Quiso declinar la invitación, aunque no sería la primera ni la última vez que ocupaba el destartalado sofá de aquella casa. Leah salió de la habitación y él la siguió. Desde el salón se veía que la puerta del cuarto de Noé estaba entreabierta; en el interior, el chico tiró de los bordes de la sudadera y se llevó consigo la camiseta, dejando a la vista la parte baja de su espalda, la fina línea de la cintura, de piel clara y, si tenía que adivinar, pondría la mano en el fuego a que también suave y cálida.

—Entonces, ¿te quedas? —preguntó Leah, que siguió la dirección de la mirada, aunque Jax fue rápido en apartarla.

—Me quedo.

—Genial —sonrió la chica—. Voy a darme una ducha rápida. Pídele a Noé que te dé una manta.

La puerta de la habitación del adolescente nunca se cerraba, libre acceso para todos los gatos que deambulaban por la casa y que siempre terminaban ocupando su colchón; a veces los envidiaba. Jax se agachó para coger a Bola de nieve y se apoyó en el marco de la puerta. Noé se estaba tomando la temperatura y, justo al lado, el aparato del azúcar mostraba con números

verdes el valor.

—¿Está todo bien?

—Parámetros normales.

Se giró y sus azules ojos se iluminaron, Jax quiso pensar que por verlo a él, aunque tal vez aquel brillo era por la bola de pelo que, apoyada contra su pecho, luchaba de manera feroz contra los cordones de la sudadera.

—Voy a quedarme a dormir, ¿me das una manta?

Una gran sonrisa decoró la cara del chico y Jax se contagió de ella, pero enseguida se sintió estúpido y regresó a su semblante serio, como si no le importara, normalizando la situación y lo que cosquilleaba en su pecho —y en cotas más bajas —.

El chico le tendió la misma manta que usaba siempre. Jax soltó al gato, que maulló mostrando su descontento, y después la dejó en el sofá para quitarse las deportivas. En menos de dos pasos los calcetines se le llenaron de pelos de diferentes colores.

—Oye. —Noé estaba parado a su lado—. ¿Podemos ir mañana?

—¿Qué?

—Con la moto —aclaró.

Jax sonrió y asintió con la cabeza.

—Claro.

—Bueno, a no ser que tengas planes, o algo…

Jax negó. De haberlos tenido, los habría cancelado.

Al fondo, el sonido de la ducha rompió el silencio. Noé dirigió un fugaz vistazo al final del pasillo y después a la puerta cerrada de la habitación de su hermano. Uno de los gatos se frotó contra sus piernas y ronroneó, reclamando atención.

A veces Jax se planteaba qué pasaría si pronunciaba en voz alta aquello que escondía en lo más profundo de su corazón, aunque sabía que no debía. Porque estaba confundido, sin olvidar que era mayor que él. Además del mejor amigo de su hermano. En el fondo, le daba miedo que Noé no sintiera lo mismo porque, aunque le hubiera confesado que le gustaban los chicos, no tenía por qué gustarle él.

—Entonces… —tanteó Noé y, de un manotazo, apartó los desordenados mechones que caían sobre su frente.

—Claro, mañana por la mañana podemos ir al puerto.

La expresión de felicidad en el rostro del chico borró de un plumazo todas las dudas y hasta consiguió que, por un momento, empujara todos sus miedos a la punta de los pies. Jax tomó una respiración y, cargado de determinación, abrió la boca, aunque sin tener muy claro lo que saldría de ella.

—¡Lista! —anunció Leah, pasando por el comedor envuelta en una toalla—. Si quieres darte una ducha, no te cortes —le ofreció.

«Fría, una ducha fría», pensó.



CAPÍTULO TRES



NOÉ

Su lugar feliz.

El instante justo de subir a horcajadas sobre la moto, el momento preciso en que podía rodear el cuerpo de Jax sin que fuera extraño o sospechoso. Porque en cualquier otra situación era impensable, y sin embargo, ahí estaba. No podía sentir con intensidad el calor del cuerpo al que se aferraba, tampoco el tacto de la ropa, así que a Noé no le quedaba otra que centrarse en los olores que llegaban a él. La mezcla de sudor y grasa de motor, así como los restos que quedaban de colonia y, de pronto, toda aquella amalgama que a otro le habría hecho arrugar la nariz, fue sustituida por el intenso olor a sal.

El mar.

Le encantaba. Tan grande, tan inmenso, peligroso y azul.

Noé alzó la cabeza y se medio incorporó sobre los estribos para mirar por encima del hombro de Jax. Escuchó la risotada del conductor, que no se quejó de tan temeraria acción, sino que aceleró para acortar la distancia que los separaba.

Frente a algo tan inconmensurable, los problemas empequeñecían.

El rugido del motor fue acallado por el embravecido oleaje. El sol lucía a medio gas y el cielo se pintaba con brochazos plomizos. Soplaba un fuerte aire, pero no le molestó, dejó que las ráfagas embrollaran su cabello. Desmontó de un salto y trepó por encima del muro para encaramarse a las piedras del espigón. Era una sensación extraña la conexión que sentía por el olor a agua, arena y sal.

Los pasos a su espalda no se hicieron esperar. Jax se recogió la melena y le ofreció otro coletero, pero a Noé le gustaba la sensación de libertad y aquello incluía tener el pelo despeinado.

Las olas rompían contra las rocas y pequeñas gotas llegaron hasta él. A su derecha quedaba el puerto, muchos de los navíos seguían amarrados, seguramente debido al temporal.

—Mi padre solía traerme aquí de crío. —Jax tanteó la estabilidad de una nueva roca antes de saltar a ella—. A veces se traía la caña e intentaba pescar.

Noé lo siguió un par de pasos por detrás, con la vista fija en el lugar donde colocaba el pie. El viento soplaba y lo hacía tambalear.

—¿Se le daba bien?

—De puta pena, por eso digo que lo intentaba. Pero era divertido.

Pocas veces hablaba de su padre. Noé sabía el duro golpe que supuso para él perder toda la familia que le quedaba. Lo devastado que se quedó después del funeral. Ni dormía ni comía. Milo se desvivió por estar a su lado y entre todos lo ayudaron a reemprender el trabajo en el taller, y a regresar a la vida.

Jax saltó a la piedra más cercana al agua y se quedó ahí, oteando la línea del horizonte. El oleaje seguía impactando con fuerza y la espuma saltaba salpicando todo. Ya fuera por el arqueado puente de la nariz o los labios fuertemente apretados, sus rasgos le daban un aire melancólico imposible de obviar. Noé no podía apartar la mirada de él hasta que se volteó, sus ojos se cruzaron y Jax le sonrió. La punta del canino le rozó ligeramente el labio. Había pocas cosas que Noé tuviera claras, y una de ellas era que Jax solo le sonreía a él, a nadie más.

Noé saltó a una nueva piedra atraído por el influjo de los oscuros ojos que no se apartaban, sin descender la mirada, el uno atento a cada movimiento del otro. Él también sonrió, sin notar el

calor que ya teñía sus mejillas. Era un momento mágico, otro de tantos y que siempre se veían interrumpidos de manera abrupta, como si el destino se burlara de ambos. Separados por un par de enormes pedruscos, Noé se dispuso a anular la distancia cuando el rugir de nuevos motores los sorprendieron por la espalda. Antes de girarse para ver qué era lo que pasaba, Jax, mucho más rápido que él, ya descendía de una piedra a otra para regresar al lugar donde había estacionado.

Los reflejos del subcapitán de Hinkon eran dignos de admirar, y su velocidad dejó a Noé impresionado. En un pestañeo, incluso antes de que los chicos de Umi apagaran los motores, Jax ya se encontraba de pie junto a su Suzuki GSX250E, apoyado en el manillar, evidenciando en un solo gesto lo poco que le importaba que estuvieran allí.

Noé se apresuró a saltar del espigón para quedar al lado del otro, aunque Jax se movió, de manera imperceptible, cubriéndolo parcialmente.

—¿A qué debemos tan grata visita? ¿Os habéis perdido?

Aiden, al que todos consideraban la mano derecha de Gin, se quitó el casco y pasó la palma por la cabeza rapada. Una larga cicatriz recorría desde la sien hasta la nuca, como si en algún momento de su vida el cráneo hubiera estado partido en dos. A Noé aquella marca le impactaba.

—No estamos buscando problemas.

La voz de Jax era rasgada y serena. Con su expresión corporal dejaba bien a las claras que, si bien no los buscaba, tampoco los rehuiría.

—Estás en mi territorio, así que no sé yo… —adujo Aiden.

La respuesta de Jax fue de absoluta indiferencia. No se movió un ápice. Noé le observó de reojo, nada en él evidenciaba que se encontraba frente a un posible enemigo y en clara desventaja, al menos numérica.

Uno de los chicos de Umi adelantó un paso, pero la pose de Jax seguía imperturbable, con actitud que rozaba la arrogancia.

—¿Por qué no volvéis al vertedero? —soltó otro, y acompañó la propuesta con un sonoro escupitajo que quedó justo a los pies de Jax.

—¿Vertedero? —El pelinegro soltó una risotada y se llevó la mano a la nariz, indicando el mal olor del lugar en el que se encontraban—. Eso lo dice el que huele todo el día a pescado.

El aludido inició un movimiento de ataque cuando una nueva voz los interrumpió:

—Eh, ¡mirad! Es el chico robot.

Aquella información captó la atención del resto; quienes todavía permanecían sobre sus motos descendieron de ellas, y Noé pudo sentir todas las miradas fijas en él. Fue entonces cuando Jax sí reaccionó, adelantando un paso y quedando por completo frente a él. De pronto, su ancha espalda se interpuso en el campo de visión.

Estiró el brazo, con la palma extendida en su dirección, en una actitud que podía interpretarse como protectora.

—Sabemos que eres bueno peleando —Aiden soltó una carcajada al analizar la situación y viendo la clara ventaja—, pero ¿cinco contra uno? Ni el gran Jax puede con esto.

Noé se tragó la rabia que ascendía por la garganta, porque Jax pensara que debía protegerlo y porque los otros subestimaran lo que era capaz de hacer.

—Cinco contra dos —soltó, cabreado. Luego tomó la iniciativa y se posicionó junto a Jax—. El robot también pelea.

Ignoró la mirada reprobatoria de Jax.

Los de Umi fueron los primeros en atacar, lanzándose en su dirección. Todo pasó a una velocidad sorprendente, o así se lo pareció a Noé. Jax reaccionó con rapidez, empujándolo para

apartarlo de la trayectoria del golpe y alzó el brazo para bloquear el puño del contrario. Noé quiso advertirle, sin embargo, que lo atacaran a traición por el otro flanco debía de ser algo que Jax ya esperaba, porque esquivó con una asombrosa facilidad.

La tensión en el aire era palpable mientras los cinco oponentes los rodeaban, cada uno buscando su oportunidad. Noé también se mantuvo firme, sin dejarse intimidar; a pesar de que los otros aspiraban al prestigio de ser los primeros en derribar al segundo al mando de Hinkon.

La expresión de Jax se cargó de rabia, aunque su determinación no disuadió a los demás, quienes embistieron contra él en un ataque coordinado y feroz.

En un instante clave, Jax aprovechó una brecha y contraatacó con un barrido rápido, derribando a su adversario con una combinación perfecta de fuerza y agilidad. A Noé se le escapó un silbido de admiración. Los otros cuatro oponentes se miraron entre sí, sorprendidos, aunque sin retroceder.

El siguiente en morder el polvo fue un chico de edad similar a la de Noé, quien recibió una violenta patada que lo envió volando hacia atrás, impactando con estruendo contra el muro del espigón.

Doblegar a Jax era como intentar doblar una barra de metal: un intento infructuoso. Fue entonces cuando uno de los de Umi cambió de objetivo, convirtiendo a Noé en su nueva presa.

El primer golpe no dolió. De hecho, ninguno lo hacía. La ventaja de Noé era que todos lo hacían de menos, así que tomó por sorpresa a su contrincante, golpeando con fuerza y precisión. Justo en el momento en que estaba a punto de iniciar su propia batalla, el sonido de un nuevo motor detuvo brevemente la pelea.

JAX

Que lo interrumpieran en ese amago de «cita» lo cabreó. Enfado que no pudo ni compararse a la ira homicida que lo atragantó cuando uno de ellos desvió la atención de él para poner en su punto de mira a Noé.

Uno de los puñetazos de Aiden había logrado abrirle una brecha en la ceja y la sangre goteaba, manchando su piel. Le escocían los ojos y ya no quedaba rastro del frío que sentía por el fuerte viento y la humedad del océano. Se sacudió de encima a uno de los tipos, pero, no había dado ni dos pasos en dirección a Noé cuando de nuevo algo se interpuso en su camino. Esta vez el pie de Aiden impactó de manera certera en su estómago. Sus pulmones se vaciaron de aire y sintió las náuseas ahogándole. Al enderezarse, sus ojos destilaban hiel. Apretó el puño y de un solo golpe, certero y brutal, atizó a uno de los chicos de Umi, que cayó al suelo a plomo con la consciencia momentáneamente evaporada.

Captó un movimiento por el rabillo del ojo y de pronto bramó, cual animal:

—¡Ni se te ocurra tocarlo!

El tipo que pretendía abalanzarse contra Noé titubeó, y en el resquicio de esa duda Noé lo pateó para sacárselo de encima.

Noé era capaz de defenderse por su cuenta, Jax lo sabía, pero mientras él estuviera en pie, lo protegería con todo.

Corrió en dirección al chico y saltó sobre otro que pretendía golpear a Noé por la espalda; ambos rodaron por el suelo. Dos fuertes manos lo alzaron a tirones, arrastrándolo. Sus talones se clavaron al suelo y se resistió. Arremetió contra Aiden, haciendo que el segundo al mando de Umi retrocediera por el impacto.

—¡Noé! —gritó, al verlo acorralado.

Se sacudió a Aiden y llegó a tiempo de interponerse en el puño que iba directo al mentón del chico, usándose a sí mismo como escudo para proteger al otro. Jax se tambaleó después de esos duros golpes.

El sonido de una nueva moto cortó la batalla por un instante.

El recién llegado no era otro que Gin, el líder de la pandilla del puerto. Montado en su Suzuki GSX 400 Impulse, observó el caos satisfecho por lo que veía, hasta que su atención se posó en Noé, que había caído y tenía una rodilla en el suelo. Gin apagó el motor y descendió con lentitud.

—Basta —ordenó.

Todo se detuvo.

El líder de los Umi tenía un aspecto más bien delicado que casaba a la perfección con su voz dulce y aflautada. Con el cabello cortado al ras y los ojos grandes y expresivos, uno podía cometer el error de dejarse engañar. Pero Gin era un tipo de armas tomar. Duro como solo los chicos del embarcadero podían ser. Acostumbrado a batallar contra viento y marea, a enfrentar las inclemencias de las aguas y desafiar a cada uno de los peligros del mar.

Ambos chicos se miraron.

Se conocían desde pequeños y sus hostilidades eran parte de la historia que compartían. A pesar de aquello, había un respeto mutuo y hasta cierta admiración.

Jax se deslizó la mano por la frente; la húmeda pegajosidad de la sangre se enredó en los mechones de cabello sueltos de la coleta. Gin blasfemó al ver a dos de los suyos que no pudieron levantarse, no sin ayuda.

Jax se acercó a Noé para tenderle una mano y que se pusiera en pie. Noé no habló, tan solo se sacudió la ropa, llena de la arena que se acumulaba en la calzada por el fuerte viento.

—¿Estás bien?

A simple vista no se veía nada preocupante, al menos no sangraba; pero Jax sabía que Noé podía no sentir dolor ni con las heridas de gravedad.

Aiden se acercó a Gin para susurrarle, este dio un par de indicaciones; pasados unos minutos los chicos desaparecieron, quedando solos los cuatro.

La mirada de Aiden evidenciaba lo cabreado que estaba por haber tenido que detenerse a la mitad. Tal vez pensara que por fin había llegado el día que lograría vencerle. Jax se sintió tentado de mandarlo a dormir, pues ni en sus sueños alguien como Aiden podría ganarle.

Gin soltó una carcajada viendo las miradas que se dedicaban los dos.

—Bienvenidos al puerto, ¿qué os trae por aquí? —soltó con total naturalidad, en un tono que hasta podría haber pasado por amigable.

—¿Así es como saludáis a los amigos?

—No veo a ninguno por aquí —se burló Gin con condescendencia y en dirección a Jax—. O tal vez sí —añadió, cuando su mirada se detuvo en el chico a su lado—. Joder, Noé, menudo estirón has pegado. Creo que pronto es tu cumpleaños, ¿no?

Jax apretó los puños. La actitud relajada de Gin frente a Noé le molestaba, mucho más de lo que podía mostrar; el destello de los celos bailó salvajemente por sus ojos.

—Esto es increíble… —gruñó.

—Eh, eh… No vayas ahora de víctima, sabías a lo que te exponías al entrar en…

La frase quedó cortada de manera abrupta cuando el puño de Jax se estrelló contra Aiden, dejando que el final de su interpelación sonara entre gemidos de dolor. No podía atizarle a Gin, así que se conformó con su primo.

—¡A la mierda! —se quejó el joven, escupiendo una bocanada de sangre—. ¿Golpeas en medio de una conversación?

—Somos pandilleros, ¿recuerdas? —Fue el turno de Jax de burlarse.

Todo parecía que iba a volver a estallar por los aires, cuando Noé reaccionó posicionándose entre los dos.

—Ya basta —pidió.

—Menudos cojones —balbuceó Aiden con voz nasal.

Sin embargo, a Gin no se le difuminaba la sonrisa de la cara. Sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió. El humo escapó de sus finos labios y se perdió entre la ventisca; antes de dar una segunda calada metió el piti en la boca de Aiden, en un claro «cállate», puesto que estaba a punto de volver a hablar.

—Culpa nuestra —concluyó Gin, con media sonrisa y gesto relajado—. Disfrutad de las vistas y no olvidéis regresar.

—Gilipollas. —Jax se adelantó en su dirección—. Muy subidito te veo, pero después esto es un puto coladero.

Le soltó. Y no se alejaba de la realidad. Los chicos de Umi tenían un fuerte arranque, eran duros y agresivos, pero en los últimos años el puerto se había convertido en la puerta de entrada de demasiada mierda.

—Ten cuidado, Jax. —La expresión de Gin se endureció—. Me he cortado por Noé, pero no tengo problema en partirte la cara.

—Inténtalo —se encaró, con la ceja alzada.

No se llevaba mal con Gin, sin embargo, tampoco dejaba que nadie pensara que podía

pasarle por encima. Además, estaba Noé. La punzada en medio del estómago era más dolorosa que la brecha de la ceja.

Orgullo herido.

Masculinidad pisoteada.

Se enervó de nuevo e hizo ademán de coger a Gin del cuello cuando la mano que lo detuvo no fue la que se esperaba.

Reconocía esos dedos, largos y delgados, con las uñas limadas al ras para evitar heridas innecesarias. Jax desvió la atención hasta clavarse en los azules ojos de Noé y su muda petición de que lo dejara pasar. Ambos se observaron unos segundos cuando Noé se giró en dirección al otro para hablar:

—Gracias, Gin, pero ya nos marchamos.

Un gruñido de disconformidad apretó su garganta, pero Jax se obligó a callar.

La vuelta hasta el barrio fue rápida y silenciosa; no estaba de humor. Aparcó en frente del taller, entró y lanzó el casco al sofá. Este rebotó, y el sonido del impacto contra el suelo rompió el incómodo silencio. Al girarse, para asegurarse de que Noé lo había seguido al interior, se topó con algo frío.

—Necesitas puntos —aseguró el chico, apretando con demasiada fuerza el hielo contra su frente.

La ira de Jax, que todavía burbujeaba cuan pastilla efervescente, se esfumó, bajó la cabeza y sustituyó la mano de Noé, sujetando él mismo el apósito.

—Lo siento, yo…

—Joder, Jax —exclamó el joven, entusiasmado—. ¡Has tumbado a tres tú solo! ¡A uno de ellos de un solo golpe!

Los oscuros ojos de Jax expresaron una tremenda sorpresa, abrió la boca y no supo qué decir. Noé sonreía de oreja a oreja, emocionado.

—¡Eres genial!

Y con aquella sentencia proclamada a voz en grito, Jax sonrió y se olvidó de todo lo demás.



CAPÍTULO CUATRO



NOÉ

Parte de pretender ser un adulto era resolver los problemas por sí mismo. Aunque en ocasiones resultara imposible.

Una persona «normal», al notar algo afilado contra la piel, por instinto se detenía. Noé era especial. No sintió nada cuando el filo de la valla rota del campo de deportes por donde intentaba atajar, a pesar de que Milo le había repetido por activa y por pasiva que no lo hiciera, se clavó cerca de su hombro. La verdad era que no fue consciente del tajo que acababa de pegarse hasta que la sangre goteó en el suelo. Solo entonces se miró con horror para descubrir un profundo corte que traspasaba la sudadera y la camiseta, y que llegaba hasta la piel.

—Oh, mierda, estoy jodido —se lamentó.

Solía llevar consigo un pequeño botiquín, más bien su hermano le obligaba a tenerlo siempre encima; no había nada para solucionar tal estropicio. Cogió la bufanda y la ató alrededor.

En casos como aquel, no le quedaba otra que recurrir a Jax.

No era que no le regañara, también lo hacía, por supuesto, pero no de modo tan exagerado como Milo, y mucho menos como las broncas de Leah. Joder, ella sí le daba miedo cuando gritaba. Leah se había especializado en «reparaciones exprés» y aquello les evitaba muchas visitas al hospital, tanto con él cuando se hacía daño como cuando Milo volvía a casa después de una pelea. Leah primero los ayudaba a desinfectar y vendar, pero después les echaba la bronca y los hermanos solo podían agachar la cabeza y rezar por no volver a hacerla enfadar.

Por lo general, la mala suerte le era esquiva, y el destino dispuso que aquella tarde su hermano estuviera perdiendo su poco tiempo libre en el taller.

Con la puerta del callejón abierta solo una rendija, Noé observó el interior. Ambos amigos hablaban al tiempo que Jax no detenía su trabajo. Tan solo alzaba la cabeza de vez en cuando para atender a algo que Milo le enseñaba desde la pantalla del móvil. A veces Noé se sentía un poco celoso de la camaradería entre ambos. A pesar de que su relación con el mejor amigo de su hermano era natural y fluida, sentía que siempre quedaba algo por decir, o que había una mirada de más o un gesto de menos. Era una sensación absurda, pero que no se le quitaba de la cabeza.

—Deja de distraerme —se quejó Jax, pringado de aceite de motor hasta los codos.

A Milo no le quedó más remedio que deslizar el teléfono de nuevo al interior del bolsillo del que había salido.

—Eres un tío de lo más raro —se quejó, y se acuclilló al lado para quedar a la altura del otro —. ¿De verdad no te gusta Nina? ¡Está loquita por tus huesos! —añadió como colofón, a lo que Jax respondió con una ligera caída de ojos.

A Noé le encantaba aquel gesto tan característico que le ahorraba mandar a la mierda a su interlocutor con palabras, pues lo hacía directamente con la mirada. Con cuidado extrajo una pieza de un motor a medio desmontar y la dejó a un lado, sobre una tela que en otra vida fue blanca.

—¿Es para la moto de Noé? —preguntó Milo.

—Sí.

Noé se sorprendió; ¿una moto? ¿Qué? ¿En serio? ¿Su hermano tenía intención de regalarle su propia moto? ¡Eso era demasiado!

—¿Y el estator?

—Todavía nada —respondió Jax, frotando la grasa de sus manos.

—¡Joder! Solo quedan dos semanas para su cumpleaños, ¿me estás diciendo que no la vas a tener?

—Hago lo que puedo —se defendió el interpelado.

Milo iba a responder cuando su teléfono vibró en el interior del bolsillo. Chasqueó la lengua y señaló a Jax, como advertencia de que aquello no terminaba.

—Voy a ir a buscar a Leah al trabajo y tomaremos algo por ahí —anunció, a pesar de que nadie le preguntara.

A Noé le encajó por su vestimenta. En líneas generales el uniforme de Milo eran chándales desgastados y sudaderas medio rotas, siempre con sus inseparables botas militares a medio atar. Solo en ocasiones especiales cambiaba las prendas deportivas por vaqueros y camisa. Además, se había rapado recientemente, lo que le hacía lucir con la cabeza despejada.

—¿Y Noé? —se interesó Jax.

—Tenía que hacer no sé qué en el instituto. —Milo se puso la cazadora—. Encuentra esa puta pieza. ¡Joder! Me muero de ganas por ver la cara que pondrá cuando le regale su propia moto —sonrió, de manera bastante boba.

Escondido en el callejón, Noé sintió una punzada de emoción en medio del estómago, que de pronto fue sustituida por un irrefrenable sentimiento de pérdida. Si Milo le regalaba su propia moto, ¡se quedaba sin excusas! ¿No podría volver a montar con Jax? Sin siquiera ser muy consciente de ello, se puso de mal humor, y de entre sus labios se escapó un suspiro que ni sabía que estaba conteniendo.

Noé se apresuró a esconderse tras unos enormes contenedores; quería desaparecer por el otro lado del callejón y fingir nunca haber estado allí, hasta que recordó el motivo de su visita. El brazo seguía con una herida que con la bufanda había dejado de sangrar, pero que tenía que desinfectarse y vendar bien antes de ir a casa.

Gruñó molesto.

Noé dedicó un último vistazo al final de la calle para asegurarse de que Milo ya se había marchado y después devolvió la mirada al interior del taller cuando algo llamó su atención. Aunque Jax acababa de decirle a su hermano que no tenía todavía el estator, la pieza que servía para generar la corriente eléctrica, en ese mismo instante sujetaba uno entre las manos.

Tal vez el sentimiento de pérdida era compartido.

Las malditas mariposas de su estómago recobraron la vitalidad; y en el interior de su cuerpo fue de nuevo primavera.

Llevaba una pequeña lista mental con todas las señales —o lo que él creía que lo eran— que le ayudaban a no matar del todo la esperanza con Jax. Que el chico escondiera justo la pieza que faltaba para la moto, tenía que ser una de ellas.

Noé sonrió.

JAX

Era estúpido en mayúsculas.

O sin mayúsculas, no se las merecía, por absurdo.

¿Qué pretendía? Al final no le quedaría otra que terminar la reparación. ¿Qué sentido tenía retrasarla? Jax se frotó con los nudillos la punta de la nariz. El sonido de pisadas en el callejón lo apresuraron a devolver la pieza al cajón de donde acababa de sacarla, el mismo en el que llevaba escondida los últimos tres días.

A veces se le olvidaba cerrar atrás, otras la dejaba abierta para ventilar, aunque tan solo Noé y Milo eran los que entraban por aquella puerta. El resto solía golpear la persiana.

—Eh —farfulló Noé a modo de saludo cuando apareció.

Jax estuvo a punto de devolverle tan elocuente entrada cuando sus ojos se desviaron a la sudadera rota y manchada de sangre.

—¡Joder! —rugió, al tiempo que se precipitaba a su lado—. ¿Qué mierda te ha pasado?

—Me he enganchado con algo —explicó Noé, y tiró del nudo de la bufanda para que el otro evaluara la situación.

Su rostro se crispó de preocupación. Era absurdo preguntar si le dolía, aquel no era un baremo que entrara en la ecuación. Chasqueó la lengua.

—No parece muy profundo —murmuró—. Quítate la sudadera —pidió, y se alejó para lavarse las manos e ir a por el botiquín—. Supongo que estás aquí porque no quieres que Milo se entere.

—¡Bingo! —exclamó Noé. Se sentó en el destartalado sofá—. Siempre me dice que no ataje por el campo de deportes.

—No deberías hacerlo —lo reprendió Jax.

—Sabes que ya no soy un crío, ¿verdad?

—Lo sé. —Con las manos limpias, se recogió el pelo en una coleta—. Sabes que nuestra preocupación no tiene nada que ver con tu edad, ¿verdad? —atacó, sin levantar la mirada del corte, a punto de comenzar a desinfectar con una gasa.

—Sí, sí, sí… —fue el turno de Noé, y lo dijo mezclando las palabras con un soplido que a Jax le pareció cargado de resignación.

Años de peleas lo capacitaban para tratar heridas leves, y a veces hasta graves. Pero con Noé era diferente, siempre lo era. Miró por encima y deslizó la gasa, descubriendo bajo los borbotones de sangre un corte recto y preciso. Si fuese una persona normal, estaría rabiando.

—Necesitaría un par de puntos.

—Adelante, no te cortes —le animó Noé con media sonrisa.

—Eres un gilipollas —escupió Jax, y lo golpeó en la frente—. Ya sé que no te duele, pero no deberías actuar tan a la ligera, me pones de los nervios.

—No me jodas, ¿me lo tomo a la ligera?

Jax levantó la cabeza, abrió la boca como si quisiera replicar, pero al final no dijo nada. Nadie podía acusar a Noé de despreocupado, o de no tener extrema precaución, incluso con las cosas más mundanas. Sin duda, su situación era difícil de llevar. Al final, no le quedó otra que suavizar la expresión y terminó por esbozar una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—No he dicho nada —recapacitó al darse cuenta de la mala elección de palabras.

—No he escuchado nada —le concedió Noé.

Jax limpió la herida con cuidado. Sus dedos eran largos y tenía los nudillos huesudos; en la mano derecha había algunas marcas, cicatrices ya blancas de peleas pasadas. Estaba concentrado, era muy difícil, puesto que Noé no era consciente de que si lo que le aplicaba escocía, ardía o molestaba. De pronto, la mano del chico salió disparada para aferrar la suya. Jax dio un respingo y levantó la cabeza para interrogarlo, pero Noé tenía la atención fija en la mano. Deslizó la yema como si evaluara cada señal. Jax lo dejó hacer, aunque el calor de la punta de ese dedo recorriendo el dorso de su mano lo inquietó. Noé ejerció algo de presión para que diera la vuelta y fue el turno de la palma en recibir el delicado roce.

Jax llevaba trabajando en el taller desde los siete, tal vez ocho años. Por supuesto que sus manos estaban llenas de durezas, en algunas zonas la piel tenía tantas callosidades que, al igual que Noé, había perdido sensibilidad.

Con la gasa en una de las manos y la otra atrapada en aquel dulce contacto, se quedó sin reaccionar. De pronto, como si acabara de percatarse de lo extraño de su comportamiento, las mejillas de Noé tomaron un color rosado intenso, que se percibía mucho más por lo blanca que era normalmente su tez.

—Lo siento. —Lo soltó de golpe y Jax añoró el calor.

Ambos se quedaron con la atención en el otro, tal vez intentando adivinar el significado oculto de lo ocurrido, de hecho, de todo lo que pasaba entre ellos. Cada gesto, mirada, palabra que se quedaba flotando en el aire, era como las gotas de lluvia que poco a poco inundaban un pozo que, después de tantos años, estaba a punto de rebosar.

Uno de los dos tenía que romper el contacto visual primero, y ese fue el mayor, y también, el más cobarde. No había manera de maquillar la verdad.

Jax se centró de nuevo en la herida, deslizando con cuidado la gasa impregnada de yodo, cambiándola cada poco, hasta que dejó de salir manchada en sangre. Aunque no podía esconder la turbación, le había encantado que Noé lo tomara de la mano.

—Jax —susurró el chico, con un hilo de voz.

—Hum.

—Tus manos, ¿están frías o calientes?

Noé siempre había tenido unos ojos grandes y claros que, al igual que su piel, se enrojecían con facilidad; como en ese preciso instante. Tal vez el adolescente no era consciente de ello. No, sin duda no lo era, aquello formaba parte de su peculiaridad. Pero Jax sí pudo observar el tímido rubor que acaloraba sus mejillas. Sonrió, embargado de una calidez abrumadora.

—¿Ahora mismo? Calientes. Las tuyas también.

Noé sonrió, como si ese dato le alegrara.

—Me gustaría poder sentirlo.

Aquellas palabras se pronunciaron en voz muy baja, tal vez incluso de manera inconsciente. Jax no era capaz de imaginar lo que sería vivir sin el sentido del tacto, sin poder apreciar en la piel un gesto amable, un dulce beso, una caricia cargada de ternura. Jax elevó la mano y la posó con mimo contra el rostro del chico; su piel ardía. Noé cerró los ojos un instante y se dejó caer contra su palma.

A pesar de saber que Noé no podía notarlo, Jax puso todo su cariño en aquel simple gesto. Era un momento perfecto.

Noé era tan inocente y puro como un trozo de papel y él solo quería atesorar, aunque solo fuese por un instante, aquello que tanto deseaba.

Quería recortar la distancia, acercar los labios a los del otro, rozarlos, aunque era muy egoísta, pues solo él podría sentirlo. Su nuez de Adán se movió al ritmo de los nervios que tuvo

que tragar. Admiró un instante más la estampa que se presentaba frente a sus ojos, su mano ahuecada contra la tierna piel de Noé, el chico más precioso que jamás había observado. Las largas y claras pestañas creaban una ligera sombra sobre su pómulo, y sus labios, aunque agrietados, lo atraían como la miel.

Sí, era el momento perfecto y, como siempre, se echó atrás. Apartó la mano y se centró en terminar el vendaje.

—Si tienes deberes, puedes hacerte hueco en la mesa.

Los azules ojos de Noé centelleaban, pero el brillo era muy diferente al de un instante atrás. Pasados unos segundos de silencio, simplemente asintió con la cabeza.

Jax tiró las gasas manchadas de sangre y recogió los diferentes botes y vendas. Se acercó al colgador, al otro lado de donde estaban sentados, trasteó un poco entre las piezas de ropas colgadas hasta que dio con algo. Lo olfateó un par de veces antes de lanzárselo a Noé.

—No está limpia, pero no huele mal. —Su tono era cálido, aunque sonó a modo de disculpa.

Volvió a sentarse con las piernas cruzadas frente al motor en el que estaba trabajando. De reojo, intuyó movimiento. Noé no parecía muy dispuesto a hacer sus deberes y él tampoco pensaba que debiera decirle nada más. Todavía estaba intentando procesar lo que acababa de ocurrir, y la estúpida manera en que le había puesto fin.

Se maldijo para sus adentros por lo cobarde que era. Observó a Noé, que también parecía aturdido, sin embargo, y como siempre, se repuso con gran facilidad. Después de coger un batido de chocolate de la nevera se sentó a su lado, tal vez más cerca de lo que debiera, pero en absoluto le molestó.

Jax movió la mano al lado para tomar una de las llaves inglesas. En el gesto, sus dedos rozaron los de Noé.

Unos golpes precedieron al sonido metálico de la persiana al ser levantada.

—¡Jax! —chilló alguien, irrumpiendo de pronto—. Los del puerto están armando follón en el parque.

—¡Joder! —gruñó Jax, quien, de un salto, se puso en pie—. Dejad a Milo al margen, yo me encargo —ordenó.

Su voz cuando hablaba con Noé tenía un tono frío, pero alegre, como el deshielo en lo alto de la montaña, pero cuando se ponía la máscara de subcapitán de Hinkon, la frialdad rozaba a la de una ventisca. Y desde el fin de semana anterior, tenía ganas de un nuevo enfrentamiento con los chicos de Umi. Deseaba que Aiden estuviese por allí.

Noé se levantó dispuesto a seguirle cuando Jax se giró.

—Tú te quedas aquí.

—¿Qué? Y una mierda.

—¡Noé! —gritó, con más severidad de lo que pretendía. Señaló el brazo herido—. Te quedas.

No dejó que el otro replicara. Salió corriendo tras los chicos de Hinkon, dispuesto a hacerse pasar el enfado a base de puñetazos.



CAPÍTULO CINCO



NOÉ

Estaba cabreado.

Se cansó de esperar, así que salió del taller dando un portazo.

¡Era un ultraje! Que Milo lo tratara como a un bebé le molestaba. Que Jax lo hiciera también era… Noé gruñó para expresar todos sus pensamientos en uno y, de pronto, se detuvo. Un relámpago divino cayó del cielo y lo fulminó.

¿Qué diablos era lo que acababa de pasar? Si ya era raro que él tomara de la mano a Jax, ¿qué significaba que después él le acunara la mejilla? ¡Lo había acariciado! Como… como en una película romántica. El típico gesto que terminaba en… ¿beso?

Noé no era muy fan de la televisión, pero cuando la veía, siempre era porque Leah insistía. A ella le flipaban las historias románticas, empalagosas hasta decir basta. Así que, sobre temas ñoños tenía un jodido máster.

Enrojeció hasta la raíz del pelo, aunque no pudo notarlo; tampoco el frío casi helado que lo envolvía. Era última hora de la tarde y la noche le ganaba el pulso al atardecer, la temperatura había descendido unos cuantos grados y la humedad se pegaba a la ropa. Noé actuó siguiendo los protocolos para tal situación: se abrochó la cremallera y se enfundó un gorro de lana hasta cubrirse las orejas.

Sus movimientos eran limitados por la venda en el brazo. Si no fuera por eso, ni se acordaría de la herida.

Agudizó el oído buscando el alboroto.

Si Gin y los suyos habían ido hasta el parque en busca de diversión, lo más probable sería que ambos grupos terminaran en el desguace. Ahí era donde tenían la mayor parte de las escaramuzas. Hacía tiempo que había cerrado, y aunque para Jax seguía siendo una fuente inagotable de piezas —de segunda, tercera y hasta cuarta mano—, para el resto de los chicos era el lugar ideal para medirse con los puños.

No estaban.

Las peleas solían ser épicas, así que pensó que los encontraría en medio de una fuerte contienda. Noé suspiró y el aliento salió con un halo de vapor. Metió las manos en los bolsillos y retomó el camino en dirección contraria. Pasaría por alguna de las tiendas a comprarse unos fideos instantáneos y terminaría de hacer los deberes antes de que regresara su hermano.

Justo cuando se disponía a alejarse de la zona más cuidada del parque, la que quedaba rodeada de arbustos y algún que otro árbol, lo escuchó.

Decían que las madres afinaban el oído con el llanto de sus bebés. Para Noé era exactamente lo mismo, pero con los gatos. Y a pesar del sonido de la calle, algún que otro coche y los últimos pequeños diablos —niños— que quedaban jugando en los columpios, pudo identificar, sin miedo a equivocarse, el lastimero llanto de un gatito. Por lo agudo del tono debía de tratarse de uno recién nacido.

Obviamente, cambió todos sus planes, porque el mundo se detenía si Noé encontraba a un nuevo minino. Siguió el maullido hasta que, justo tras unos altos setos que seguramente nadie podaba desde hacía años, lo vio.

No fue en el gato en lo que primero se fijó, sino en el chico agachado justo al lado de la caja de cartón.

De más o menos su edad, aunque con muchísima más presencia que él. Noé, al igual que su

hermano, solía vestir con ropa deportiva y bastante descuidada. El chico que tenía en frente, sin embargo, lucía de manera impoluta el traje del uniforme de Tomi, la escuela de la parte alta, lo que lo hacía parecer, a ojos de Noé, más adulto. El chico levantó la cabeza lánguidamente, lo miró un segundo y volvió a centrar su atención en la caja. Fue entonces cuando Noé se adelantó un paso para observar también. En el interior había tres gatos recién nacidos; dos ya habían muerto, y el tercero lloraba de manera desesperada. Al ver que el chico no parecía dispuesto a hacer nada y tan solo observaba la escena, agachado y con ambas manos en los bolsillos, fue Noé el que se adelantó para coger al cachorrito entre las manos y llevárselo al pecho, para darle calor.

—*Shhh*, ya está, pequeñín —susurró, con voz dulce.

Como cada vez que tenía a algún ser vivo entre los brazos, Noé empezó a balancearse adelante y atrás, ofreciendo una buena dosis de calma en aquel gesto. Debía de tener un par de días; era diminuto, solo cubierto por una fina capa de vello amarronado y los ojitos fuertemente cerrados, incapaz de abrirlos todavía.

Alzó al gatito, que al perder el contacto arrancó de nuevo con el llanto, moviendo las patitas de manera desesperada, intentando aferrar algo con sus largas y afiladísimas uñas. Noé lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Está bien, campeona, eres una chica muy valiente.

Fue entonces, al volver a acunar a la minina contra su cuerpo, que se dio cuenta de que el otro chico había alzado la cabeza y lo observaba con detenimiento. Tenía unos intrigantes ojos de tono grisáceo, el cabello rubio y algo más largo de como él mismo lo llevaba; su expresión era una combinación entre curiosidad y arrogancia. Una mezcla demasiado extraña.

—¿Es hembra?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Noé enarcó una ceja de manera burlona antes de decir:

—¿En serio?

El rubio soltó una carcajada, seguramente avergonzado de la estupidez de su pregunta. Se levantó de un bote y se sacudió los pantalones antes de volver a fijar la atención en él.

—Ya estaban muertos cuando he llegado.

Sonó a defensa, a pesar de no haber sido acusado.

—En ningún momento he pensado lo contrario.

No solo era por la ropa. El aura que rodeaba a ese chaval era fuerte, densa, casi opresiva, sin necesidad de hacer o decir nada. No le hizo falta más.

—Me llamo…

—Theo —atajó Noé, sin miedo a equivocarse.

—Vaya… —El rubio frenó el gesto de alargar la mano a modo de saludo y al final se echó el pelo hacia atrás—. Tú debes de ser Noé.

Fue su turno de sorprenderse. Que él conociera a Theo era lo que se esperaba, pues al ser el nuevo líder de los Tomi, su nombre ya resonaba entre los pandilleros, sobre todo después de ganar a Sendo y arrebatarle la capitanía de la pandilla. Pero que el mandamás del instituto de los pijos lo conociera a él, resultaba más extraño.

—¿Cómo…?

—La gata te está clavando las uñas y ni te has inmutado.

—¡Mierda! —exclamó, al ver las líneas ensangrentadas en el dorso de la mano—. Joder. Mierda…

—Qué pasada. Me dijeron que no sientes dolor, y resulta que es verdad. —Theo sacó un

pañuelo del bolsillo y se lo tendió—. Toma.

—Gracias.

Las últimas notas de luz se desvanecieron por completo. Sobre sus cabezas, las farolas centellearon unas cuantas veces antes de encenderse y dotar la escena de un tono anaranjado bastante artificial. Contaminación lumínica. El tono ocre de las luces se comía las estrellas del cielo, Noé ya estaba resignado a no verlas.

Echó un vistazo a la caja y una sensación de pena lo embargó. Seguramente habían muerto de hambre y frío. Desvió la mirada, abrumado. Tal vez fuera porque Theo intuyó su pesar. El joven se arrodilló en el suelo, sin importarle manchar aquel —con toda probabilidad— caro pantalón. Hundió las manos en la tierra de uno de los parterres e hizo un pequeño hueco, no demasiado grande, tampoco hacía falta más. En silencio, Theo cogió a cada uno de los gatitos y después de dejarlos, los cubrió de tierra. Todo el proceso fue hecho en silencio, tan solo roto por los maullidos de la única superviviente.

A Noé a veces le daba asco el ser humano.

—¿Quieres rezar algo? —soltó Theo, y ahí pudo ver un amago de puya. No se lo tuvo en cuenta.

—Me voy. Me acercaré a un veterinario para que le echen un vistazo.

—¿Vas a quedártela?

Noé soltó un ligero suspiro de resignación, ¿qué iba a hacer si no?

—Tengo cuatro, uno más no marcará mucha diferencia.

—¡Joder! —exclamó el otro, golpeando el puño de una mano contra la palma de la otra, y su cara brilló como si acabara de entender uno de los misterios del universo—. ¡Por eso te llaman *Miau miau*!

Esta vez Noé no pudo aguantar y, a pesar de su pésimo humor, estalló en una carcajada.

—¿Por qué pensabas que era? —se atrevió a preguntar.

—Porque te ves muy adorable.

Noé cortó la risotada. Ahí estaba de nuevo, lo infravaloraban. Por su aspecto algo aniñado, pero, sobre todo, por su peculiaridad. Era como si estuviera condenado a que nunca nadie, jamás, le tomara en serio.

—No te estaba subestimando, de hecho, me solidarizo contigo, tengo el mismo puto problema —soltó Theo.

Lo observó de arriba abajo. No era demasiado alto, ni corpulento. Sus ojos eran intrigantes, pero el resto de sus facciones resultaban delicadas, y con los largos mechones rubios cayendo sobre su nuca sí daba la sensación de no ser alguien a quien temer, a pesar de que ya había dejado claro de lo que era capaz.

—¿Cómo consigues que te respeten?

—Golpeándoles hasta hacerles escupir sangre.

Lo dijo sin más. Sin ningún tipo de emoción. Con naturalidad. Noé entrecerró los ojos pensativo y concluyó que el chico era sincero, aquella era la manera que Theo había encontrado de hacer que los demás se olvidaran de su apariencia. Tal vez él debía probarlo, pero cuando se imaginó a sí mismo plantándole cara a Milo, por ejemplo, supo que era una pésima idea. Su hermano lo mataría. Theo habló de pronto, cortando el flujo de sus pensamientos:

—Deberías probar —sugirió, como si le regalara uno de los mejores consejos que en su vida podría escuchar.

—Tal vez lo haga —sonrió Noé.

Miró el reloj; todavía tenía tiempo de acercarse al veterinario, sería mejor asegurarse de que

la pequeña estaba sana. Además, necesitaría leche de fórmula. En silencio, Theo observó y alargó la mano en dirección a los arañazos.

—Entonces, ¿no te duele?

Jamás escapaba de aquel tipo de preguntas, a pesar de que la curiosidad del chico le pareció que era un tanto diferente, quizá sincera.

—No es del todo correcto. Sí siento, solo que mi umbral del dolor es diferente al resto.

—Entiendo… —Llevó la mano a la barbilla y se rascó, pensativo—. Dicen que te pegaron una paliza.

Noé afirmó con la cabeza.

—¿Cuando eras pequeño? —Noé afirmó de nuevo—. ¿Quién?

La cara de Noé se quedó corta para reflejar su estupefacción. Abrió la boca y la cerró, pues no tenía ni idea de cómo responder a tan inusual pregunta.

—Perdona, ¿es que acaso es un tabú?

—No. Es solo que nunca me lo habían preguntado de manera tan directa.

—¿Es que nadie tiene curiosidad?

—Creo que es más por no remover las cosas y tal…

—¿Estoy hiriendo tus sentimientos?

Noé sonrió antes de responder:

—No soy tan delicado.

—Eso me parecía a mí… —Theo sonrió, alargó la mano y puso el dedo sobre la cabeza del gatito, que había dejado de maullar—. ¿Y bien?

—Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —repitió su tan conocida coletilla.

—Menuda gilipollez —soltó el rubio, meneando la cabeza de lado a lado.

—Solo fui una bolsa de basura sobre la que unos hijos de puta volcaron sus frustraciones.

—¿De verdad? Quizá, entonces sí estabas en el lugar equivocado.

—Sí, en el barrio incorrecto —soltó Noé, a modo de puya.

—*Wow*…, qué directo —se mofó Theo, pero no pareció darle mayor importancia—. ¿Y cuando te haces una paja? —preguntó, de sopetón.

Noé se atragantó con su propia respiración y tosió, despertando a la gatita, que de nuevo empezó a lloriquear. Alzó la mirada y la clavó en su interlocutor. Con esos ojos grises tan misteriosos y, a la vez, tan profundamente sinceros, al menos en aquel momento. Era una curiosidad genuina, no era una pregunta que buscara el morbo, sino que realmente le inquietaba aquella cuestión, quizá por encima de cualquier otra.

Tan solo llevaban juntos alrededor de quince minutos y ya lo había golpeado con dos preguntas directas, de aquellas que Noé estaba convencido de que más de uno se hacía en silencio, pero tal vez por pudor, vergüenza o porque todo el mundo caminaba con pies de plomo a su alrededor, nadie las hacía en voz alta.

—¿Es una pregunta demasiado íntima? —inquirió el rubio, después del silencio.

—Tú qué crees.

—Que me vas a responder.

¿Lo iba a hacer? Lo iba a hacer.

¿Qué extraño influjo tenía aquel chico? De pronto, lo entendió: en ese corto espacio de tiempo había logrado que se sintiera cómodo, tal vez porque lo estaba tratando con normalidad y sin delicadeza.

—Te voy a responder —confirmó. Después guardó un instante de silencio, no tenía muy

claro cómo dar una respuesta.

—Te la cascas, ¿no?

—¡Joder! ¡Claro! Como todos —se mosqueó.

El otro respondió con una risotada.

—Siento cosas —murmuró—, y me corro, para que lo sepas… Es solo que… no puedo compararlo, no creo que mis orgasmos tengan el mismo nivel de intensidad.

—Interesante.

—¿De verdad?

—Yo me moriría si no pudiera correrme —sentenció—. El sexo es lo mejor.

¿Sí? Ni afirmaba ni desmentía, pues era un virgen de los pies a la cabeza.

—Anda, vamos —dijo el capitán de Tomi.

—¿Ir, a dónde?

Fue el turno de Theo de mirarlo con cara de burla, ante tan estúpido comentario.

—Princesa necesita ir al veterinario —señaló a la gatita.

—¿Princesa?

—Es como la vamos a llamar.

—¿Vamos?

—Va a ser divertido tener la custodia compartida.

—¿Estás loco?

Theo lanzó una mirada al cielo meditando la respuesta.

—Tal vez.

JAX

Iba por el segundo refresco de cereza cuando se escuchó el tintineo de las llaves seguido del amortiguado golpe de la puerta al cerrarse. Milo posó el dedo contra los labios, indicando que se callara. Los pasos de Noé por el pasillo eran prácticamente inaudibles, andaba de puntillas, tal vez con la esperanza de que fuera Leah la que estaba despierta.

La expresión del adolescente mutó al verlos a los tres sentados en el sofá.

—¿Qué es esto, una intervención?

—No estoy de humor para bromitas. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

Milo no era un tipo delicado, de hecho, su tono de voz normal ya podría considerarse un grito, así que cuando de verdad gritaba, lograba que todos los gatos huyeran espantados. Noé no era un gato, pero se le veía en la cara las ganas de desaparecer también.

—Lo… ¿siento?

—¡Te he llamado! —acusó el mayor, señalando el móvil sobre la mesilla.

—Me he quedado sin batería.

—Cuando he vuelto al taller, no estabas —intervino Jax, y tiró de Milo para que volviera a sentarse. Al menos, si no estaba de pie su postura corporal era menos agresiva.

Después de encargarse de un par de idiotas de Umi había regresado directo al taller, solo para encontrarse con las luces encendidas, pero nadie en el interior. Sabía que Noé estaba cabreado por dejarlo al margen, pero ¿qué más podía hacer? Lo había llamado un par de veces sin que nadie respondiera y al final se había encontrado con Milo y Leah, que volvían después de tomar algo.

—Estábamos preocupados —intervino Leah, apaciguadora.

No ocurría demasiado a menudo, Noé no solía hacer nada que alarmara a su hermano. Que hubiera desaparecido del taller y que llegara a esas horas a casa de seguro tenía una explicación, y esta maulló de manera lastimera.

Noé se agachó para dejar la bolsa que llevaba en el suelo y entonces lo vio, recostado entre la mano y el pecho del chico.

—¡Un gatito! —exclamó Leah, quien se levantó de un bote y le arrebató al minino de entre las manos.

—Mierda, Noé. ¿Otro?

—Estaba abandonado, sus hermanos habían muerto, ¿qué querías que hiciera?

Jax sonrió. Le encantaba esa faceta de Noé, era incapaz de ver sufrir a nada ni nadie. No solo ocurría con los gatos, lo había visto proteger hasta a insectos, y se cabreaba cuando alguien pisaba una simple araña.

—¿Por eso llegas tarde? ¿Has ido al veterinario? —intervino Jax, que también se levantó para ir a conocer al nuevo miembro de la familia.

—Es una chica, ¡por fin! —se alegró Leah, pues siempre estaba en clara desventaja—. Tenemos que pensar un nombre bonito…

—Princesa.

—¿Qué?

Noé enrojeció hasta la punta de las orejas, aunque posiblemente no era consciente de ello. Se rascó la nariz, escondiendo su gesto contrariado tras la mano, y repitió:

—Que se llama Princesa.

—Qué nombre más absurdo —soltó Milo desde el sofá.

La pequeñaja debía de tener un par de días de vida, tal vez incluso menos. De pelaje oscuro, casi negro, estaba muy delgada. Leah la alzó y clavó la punta de la nariz en su barriguita, riendo divertida. Jax se moría de ganas de que llegara su turno para cogerla.

Noé llevaba un par de tiritas en el dorso de la mano. A pesar de que los tres lo vieron, no dijeron nada.

Jax tampoco le había explicado a Milo lo del brazo, después buscaría un momento para echarle un vistazo a la herida y asegurarse de que seguía bien.

Noé cogió la bolsa para sacar lo que había en su interior.

—¿Has comprado leche de fórmula? Mierda, Noé, es muy cara —lo reprendió Milo, que todavía no se había movido del sofá.

—Me la han regalado.

—¿Quién?

Princesa tenía el pelaje fino y desprendía un agradable calor. Jax acariciaba con la punta del dedo la cabecita de la gatita, que Leah sostenía contra su pecho. Pero cuando Noé habló, no pudo evitar mirarlo. La situación empezaba a ser, cuanto menos, curiosa. Y no solo por la elección del nombre, que no le pegaba nada. ¿Quién le había regalado todo aquello?

Ya había sacado de la bolsa un bote de leche, un jabón especial para pelaje felino y lo siguiente fueron un par de biberones… Los tres se quedaron mirando al chico, que carraspeó nervioso antes de hablar:

—Theo —respondió Noé, y sin añadir más se dirigió a la cocina.

La mano de Jax se quedó suspendida en el aire e instintivamente ladeó la cabeza en busca de su mejor amigo. Solo les bastó una mirada. Milo se levantó de un respingo y, sin mediar palabra, ambos se dirigieron a la cocina, siguiendo al chico.

—¿Theo? —preguntó Jax nada más entrar—. ¿Ese… Theo?

Noé seguía de espalda a ellos, ignorándolos.

—Noé, para —ordenó Milo. Luego se acercó a su hermano y apagó el grifo, donde enjuagaba las tetinas.

—Ha sido por casualidad, estaba en el parque y he escuchado el llanto de Princesa y…

—¿Theo estaba en el parque? ¿En nuestro parque?

—Que sepas que es público —replicó Noé a su hermano.

—No me toques los cojones.

Jax intervino de inmediato. Milo y Noé siempre discutían, pero nunca peleaban y se veía a la legua que este tema se les podía ir de las manos. Milo estaba preocupado por el chico nuevo de la zona alta, le pasaba siempre que llegaba alguien con quien nunca había peleado con anterioridad.

—Noé… —intentó mediar Jax.

—Joder —lamentó el chico. Dejó los biberones a un lado y se apoyó contra el fregadero lanzando un suspiro de resignación—. He seguido el llanto del gato y me lo he encontrado. Hemos hablado un poco y eso es todo. De verdad.

Noé no mentía. Nunca lo hacía. De hecho, podría haberse inventado cualquier excusa, como que el veterinario se había apiadado o cualquier otra milonga, pero Noé siempre era franco e iba de frente, con todo.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada que no estuviera relacionado con los gatos —respondió Noé con paciencia—. Milo, no soy idiota, ¿vale? Sé que no tengo que fiarme de él, pero, de verdad, parece un buen tío. Me ha acompañado al veterinario y se ha ofrecido a pagar las cosas, ya está.

Milo asintió, no parecía dispuesto a añadir más. Jax quiso dejarlo estar también, pero algo en sus entrañas lo incomodó, sintió que aquel encontronazo no sería ni tan casual ni tan sencillo. Miró a Noé y este tenía también los ojos fijos en él. Cuando fue a hablarle, el chico le dio la espalda de manera consciente y deliberada.

Jax notó un pinchazo a la altura del corazón.



CAPÍTULO SEIS



NOÉ

Si tuviera que describir el día de su cumpleaños en una sola palabra, sería maravilloso. Hasta se le pasó el cabreo con Jax, porque desde el momento de despertarse y ver su desayuno favorito en la mesa, por la comida en familia a la que, por supuesto, fue invitado, todo fue fantástico.

Estuvo muy emocionado, sobre todo viendo los nervios y el estrés de Milo, que intentaba que todo lo que había planeado saliera perfecto, demostrando, una vez más, la magnífica persona que era.

Milo jamás tuvo un buen cumpleaños, pero siempre intentó que los de Noé fuesen inolvidables.

La vida de los hermanos estaba ligada de una manera que pocos comprendían. Tal vez Milo pensara que lo que le había ocurrido cuando eran pequeños era culpa suya. Noé tenía otra versión de aquella realidad; si no hubiera sido por Milo, él habría muerto. Cuando el mayor dejó de confiar en sí mismo, Noé creyó en él el doble. Él sentía que le debía la vida, y Milo, la normalidad que le habían arrebatado.

Por la noche llegó la sorpresa final.

Como no podía ser de otro modo, la fiesta fue en el Templo abandonado, donde se hacían siempre las reuniones de Hinkon. Asistieron todos los amigos de su hermano que también eran los suyos; además de unos pocos compañeros de instituto, chicos que, a la larga, aspiraban a formar parte de la pandilla. Todo el mundo admiraba a Milo, y Noé no era la excepción.

Y sí, tal vez fuera extraño que en la fiesta de su cumpleaños la mayoría de asistentes no tuvieran su edad, pero Noé creció tras los pasos de su hermano mayor, siguiéndole a todas partes, embrollándose en su vida, haciéndose amigo de sus amigos, amando lo que él amaba, siguiendo sus normas, sus consejos, sus leyes…

—Jo, menuda noche. —Leah se sentó a su lado y pasó el brazo por sus hombros—. Milo lleva planeando todo esto meses.

—Lo sé. —Noé buscó a su hermano con la mirada. Estaba al lado de Turbo y Hugo y se reían de manera escandalosa, seguramente de alguna estupidez.

—Yo también tengo algo para ti.

—¿Un regalo?

—Un consejo —soltó Leah, mirándolo con sus grandes ojos marrones—. Solo se vive una vez.

Noé estalló en una carcajada.

—Eso es una canción, creo.

—Este es el mejor consejo que puedo darte: solo se vive una vez, ve a por todas y no pierdas el tiempo dudando. Además, tú no eres así.

Noé enmudeció y hasta su semblante se puso serio; ¿estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo? ¡Imposible! Noé nunca le había dicho a nadie nada sobre Jax, ni a Leah, y eso que ella era su mayor confidente. Leah le dio un beso en la frente antes de irse con Milo, que la llamaba mientras hacía aspavientos con los brazos para captar su atención.

Era el momento del regalo, y en el Templo todos se quedaron en silencio.

Todos sabían de qué se trataba. Hasta él; y aunque se hizo el sorprendido de manera magistral, la ilusión fue verídica, nada de simulaciones. Sabía lo importante que era aquello, el significado oculto tras el regalo: ya era su igual. Con su propia moto por fin entraba, de manera

definitiva, en el mundo de Milo, y nada podía hacerlo más feliz.

La fiesta duró hasta altas horas de la madrugada cuando más de uno comenzó a perder el control y Jax los mandó a todos a casa. Noé se divirtió como nunca y le dio mucha pena que terminara, estaba eufórico, era imposible que se fuera a dormir con tal estado de agitación y Milo debió de verlo, pues se acercó con su casco en la mano.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? —le propuso.

Noé estaba sentado en su moto, jugueteando con el llavero con su nombre, detalle de Leah. La había encendido y probado por el terreno que rodeaba el Templo y la verdad era que sí, le apetecía mucho salir a la carretera y no se le ocurría mejor compañía que su hermano. Bueno, tal vez Jax, pero le hacía mucha ilusión poder echar su primera carrera con Milo. Así que no se lo pensó cuando arrancó para dar gas a fondo.

Funcionaba a las mil maravillas, fina como la seda, se notaba que todos se habían esmerado de lo lindo. Se sentía muy feliz, con el viento soplándole en la cara y el cabello alborotado. Supuso que el tiempo era extremadamente frío cuando al detenerse en un descampado a una decena de kilómetros de la ciudad. Milo tenía la nariz enrojecida y hasta le goteaba. Seguramente él estaría igual.

—Menuda caña le das —canturreó el mayor. Descendió de la moto, se quitó la bufanda y la enrolló alrededor del cuello de Noé.

—¡Eh! No tengo frío.

—Claro que no lo tienes —sonrió Milo.

De un salto se montó en la parte trasera y lo rodeó por la cintura para apoyar la barbilla contra su hombro.

—¿Te gusta?

—Me encanta —respondió feliz.

—Te la mereces.

Eran pocos los momentos que ambos pasaban solos, y cuando lo hacían, los rollos emocionales no iban demasiado con ellos. Así que tener a Milo pegado como una lapa y tan ñoño lo sorprendió.

—No te estarás muriendo, ¿no? —preguntó Noé y se giró alarmado.

—¿¡Qué tonterías se te ocurren!? —acompañó la regañina de un manotazo contra su frente —. ¿Es que no puedo ponerme un poco sentimental?

—No te pega.

—¡Claro que sí! —protestó el mayor.

—Bueno, con Leah, pero no conmigo —meditó Noé.

—¡Porque no te dejas! —atacó Milo. Aunque no se movió, siguió abrazándole por la espalda —. Eres más arisco conmigo que los malditos gatos.

—¡Eso no es verdad!

Milo soltó una carcajada y bajó de la moto de Noé para regresar a la suya, pero se detuvo al lado de su hermano con la mirada fija en él, meditando, tal vez pensando en si hablar o…

—El otro día, cuando llegaste con el gato…

—¿Vas a volver a sacar el tema de Theo?

—No. —Milo se pasó los dedos por la cabeza, que Leah le había vuelto a rapar para la ocasión—. La sudadera que llevabas era una de Jax…

—Joder, ¿le controlas hasta la ropa? —se burló Noé, aunque con cierto nerviosismo por cómo seguiría la conversación. Algo le decía que no iba a gustarle.

—Se la regalé yo —se justificó Milo.

Tenía sentido. Noé se quedó pensativo un instante.

—Me manché en el instituto.

—Prueba otra vez —soltó Milo, y su mirada se endureció.

—Me rompí la que llevaba…

—¿Cómo?

Llegados a ese punto, Noé solo tenía dos salidas: ser valiente, decir la verdad y enfrentar la bronca de su hermano, o intentar salirse por la tangente.

—He visto tu brazo. —Milo cortó sus diatribas con una sola frase. Además, señaló el punto exacto dónde el corte seguía cubierto por un apósito.

—Mierda.

—Sí, mierda. —Milo se sentó en su moto. No encendió el motor, sino que siguió esperando a que hablara.

—Atajé por el campo de deportes y…

—Te he dicho mil veces que no lo hagas.

—Lo sé, pero…

—Está bien —lo cortó Milo con un gesto de la mano, restando importancia—. ¿Vamos? Hace frío.

—¿Y ya está? ¿Sin bronca?

—Tómatelo como el último regalo de cumpleaños —bromeó. Arrancó el motor y se perdió por la carretera.

JAX

La noche había sido increíble, aunque lo verdaderamente increíble fue lograr levantarse aquella mañana. Tenía resaca. Porque a pesar de que empezó con cabeza, pronto a una ronda le seguía automáticamente otra. Era lo que pasaba cuando se juntaban todos. Bebió demasiado. Tal vez para acallar las voces de su cabeza y la ansiedad en su corazón. Porque se sentía tremendamente feliz, viendo a Noé rodeado de tanta gente que lo quería y apreciaba. A la vez, no podía evitar sentirse muy lejos de él. Durante años mantuvo la esperanza de que, conforme fuera cumpliendo años, la distancia entre ellos se acortaría; sin embargo, cada vez sentía que lo que los separaba era más grande.

Y el hombre que acababa de entrar al taller, aun sin saberlo, era el culpable de aquello.

Milo llevaba el cabello recién rapado. Vestía un pantalón deportivo y una sudadera afelpada que tenía pinta de cómoda y calentita, pero que era horrenda hasta lo inimaginable, sobre todo teniendo en cuenta que completaba el *outfit* con sus inseparables botas militares. Cruzó el garaje sin decir nada y se fue directo a la pequeña nevera del rincón para coger un refresco de cereza. Después se sentó en el destartalado sofá.

Jax lo conocía lo suficiente como para saber que pasaba algo. Dejó lo que estaba haciendo, se limpió las manos, arrastró una silla hasta dejarla en frente y tomó asiento, observando a su mejor amigo. Milo dio un par de tragos sin hablar y le pasó la lata a Jax para que la terminara, apurando las últimas gotas. Después la arrugó con la mano y la lanzó al cubo de la basura, al lado de la puerta de atrás.

Era incómodo, sobre todo por la expresión de Milo.

—Dispara.

—Ayer no dije nada porque era su fiesta, pero te agradecería que la próxima vez que le pase algo a Noé, me lo digas.

No lo dijo enfadado ni molesto, pero en aquella petición se pegó un tono cansado, como si tener que recordar aquello le agotara.

—No fue nada, solo un pequeño corte… —replicó; sabía exactamente a qué se refería su amigo.

—Yo decidiré si es o no importante —lo cortó.

Aquella sobreprotección de Milo con su hermano era el principal freno de sus sentimientos hacia Noé; porque sabía que jamás sería capaz de encararlo. Tampoco quería poner a Noé en una situación que lo enfrentara a su hermano. No obstante, en aquel momento algo empujó a Jax a presentar batalla, aunque fuera de manera nimia.

—Ya no es un niño.

El interpelado levantó la cabeza, sorprendido de que el otro le rebatiera. Los ojos de Milo, de un azul muy parecido al de su hermano, se entrecerraron. Sus facciones eran severas y siempre desprendía un aura algo intimidante, un escudo que lograba que pocos se atrevieran a acercarse.

—Para mí, sí —dijo, de manera solemne.

Jax soltó un suspiro.

Era consciente de lo culpable que se sentía su mejor amigo por lo que les ocurrió cuando eran solo unos niños. Milo convirtió aquella desgracia en una rabia incontrolable hacia cualquier cosa que pudiera dañarlo tanto a él como a otros; por eso creó Hinkon. El propósito principal de la pandilla era el de salvaguardar aquello que les importaba. Pero también derivó en toneladas de

sobreprotección hacia su hermano. Podía entenderlo, claro que sí, era capaz de comprender los sentimientos de Milo, y por ello llevaba tanto tiempo cerrando su corazón a cal y canto, pero las fisuras eran inevitables.

—No fue tu culpa. —Las palabras abandonaron su boca sin ser plenamente consciente de ellas, pero, una vez dicho, ¿para qué echarse atrás?—. Solo eras un crío, no podías hacer nada.

Tal vez Milo no esperaba aquello, lo pudo ver en sus ojos, todavía más sorprendidos que unos segundos atrás. Por lo general, ahí terminaría la conversación; Milo no era muy dado a hablar del tema, mucho menos a abrirse; sin embargo, por una vez parecía dispuesto a hablar de ello.

—No puedo evitarlo —murmuró.

Y en aquella sola frase, Jax vislumbró el cargo de conciencia que siempre aplastaba a Milo.

—De no haber sido por ti, quizá hubiera terminado peor. ¿Por qué piensas que Noé te idolatra de esta manera? Para él no eres la persona que le falló, eres quien le salvó.

En todo el tiempo que llevaban siendo amigos, jamás había visto su fachada derrumbada. Porque sus facciones duras, ojos fríos y su pose arrogante, eran una coraza incrustada en su alma y su piel. Solo en contadas ocasiones el gran hombre de hielo permitía que la escarcha se derritiera, y Jax estaba a punto de vivir una.

—¿Eso fue salvarlo? —puso en duda Milo—. La vida de Noé es… —Sus palabras murieron al filo de sus labios, que humedeció con la lengua sin saber cómo continuar—. Es una mierda —añadió.

—No creo que él piense así.

—Porque es lo único que conoce —argumentó con pesar.

No podía replicarlo y sería mentira decir que no lo había pensado. Claro que lo hacía. Como todos. Solo que Jax jamás se quedó atascado en el sentimiento de la pena. Para él, Noé era más que las cosas que no podía hacer o sentir. Noé era la fortaleza de, aun y así, continuar.

—Hay noches que todavía sueño con ese momento. —La voz de Milo sonó amortiguada por la congoja—. Lo veo ahí, tirado en el suelo, con esos hijos de puta dándole patadas y riendo a carcajadas.

Jax se estremeció. Recordó cuando Milo le explicó a Noé que había sido un ajuste de cuentas, una venganza de alguien que iba a por ellos. No era cierto, pero la verdad era tan dolorosa que Milo no quería que Noé supiera que todo había sido por nada. Solo un par de tipos aburridos que decidieron pasar la tarde apaleando a dos críos con pinta de que nadie los echaría de menos.

Y es que no todo tenía un porqué. Fue la maldad del ser humano en el estado más puro, realmente estaban en el lugar equivocado en el peor de los momentos. Era la triste verdad. Toda su vida condicionada por una casualidad.

—Tengo clavada en el cerebro la voz de Noé llamándome a gritos, pidiendo mi ayuda…, y yo no pude hacer nada.

—Lo siento —se apresuró a decir Jax—. ¿Estás bien?

Milo arrastró el dorso de la mano para hacer desaparecer la humedad pegada a sus largas y claras pestañas.

—Sí. No… No lo sé. —Una media sonrisa lastimera apareció en su rostro—. Creo que desde anoche estoy algo sentimental.

Los pasos por el callejón advirtieron de la inminente llegada de alguien más. Aun así, Milo volvió a encararlo, con ojos rojos y expresión todavía descompuesta.

—Solo dime cuando le pase algo, no pido más.

—Lo haré —prometió Jax.

—Joder, ya soy demasiado viejo para esta mierda —soltó, carraspeando para recuperar la compostura.



CAPÍTULO SIETE



NOÉ

No esperaba encontrar a Milo y parecía haberlos pillado haciendo algo «malo», porque los dos tenían una actitud sospechosa. Conocía a su hermano y a Jax, de hecho, era a las dos personas a las que más tiempo había observado a lo largo de los años. Entendía a la perfección sus puntos fuertes y débiles, y tenía más que claro del pie que cojeaba cada uno. Así que, a pesar de saber que había un «algo», también era consciente de que no confesarían, por lo que podía insistir hasta el desgaste o hacer como si nada.

A veces, hacerse el tonto era la mejor opción.

Entró en el taller y lo recibió el olor a grasa de motor y óxido. Le gustaba, porque era el olor que siempre desprendía Jax.

—¡Cumpleañero! —lo saludó su hermano, a voz en grito. Exagerado y demasiado teatralizado.

—Fue ayer.

Tanteó la situación una vez más hasta que decidió sentarse en el sofá, junto a Milo. Jax permaneció en una silla de lo más incómoda —y sucia—. Los miró un momento, pero ya sabía de antemano que ninguno de los dos diría nada.

—Por cierto, ayer no te lo dije, pero te queda muy bien.

Jax tenía la oscura mirada clavada en él y señalaba al pelo. Noé enterró los dedos en su cabello y lo rastrilló hacia atrás. Leah se lo había arreglado para la fiesta, recortando un poco las puntas y volviendo a hacer las mechas. Ahora eran más rubias y se acercaban más a la raíz, sin llegar a tocar el cuero cabelludo, pues Leah tenía miedo de que los tintes o decoloraciones le hicieran alguna reacción y él no se enterara. Así que estaba condenado a llevar siempre un dedo de raíz oscura, aunque no le quedaba mal.

—Leah lo dejó monísimo para celebrar sus dieciséis —respondió Milo, que acarició a Noé como si fuese un animalito de peluche—. Auch —protestó el mayor cuando lo apartó de un manotazo—. ¿Ves?, tan arisco como un gato —lo reprendió, retomando en parte la conversación de la noche anterior.

Noé solo dejó los ojos en blanco por toda respuesta y Jax soltó una carcajada. Siempre decía que le encantaban sus peleas de hermanos, que eran de lo más divertidas. Sí él tuviera un hermano, pelearía igual.

—¿Todo bien con la moto? —preguntó Jax.

«Por el momento», pensó Noé. No iba a negarlo, ya había estado buscando tutoriales en YouTube de maneras de estropearla un poco, solo lo justo para tener una excusa para llevarla al taller y pasar tiempo extra con Jax.

—Sí —respondió—. He venido a buscarte para dar una vuelta. —Miró a Milo—. Podemos ir los tres.

«Que no pueda, que no pueda».

—Lo siento, he quedado con Leah y después voy a hacer horas extra.

Una pícara sonrisa se dibujó en la cara de Noé, que se tuvo que obligar a esconder, y lo hizo tras la palma de la mano, como si bostezara, porque estaba tan contento que las comisuras de sus labios no querían descender.

—Yo sí puedo —se ofreció Jax, y un espectacular brillo logró que su mirada resplandeciera, o eso fue lo que vio Noé—. ¿Quieres que vayamos al otro lado de la montaña? Podemos parar en

el sitio ese de las hamburguesas.

—Joder, qué puta envidia, yo también quiero ser mi propio jefe —lamentó Milo. Se levantó dispuesto a marcharse, aunque antes le lanzó una mirada de advertencia a Jax, que descendió la cabeza como si no quisiera enfrentarlo, y añadió—: Cuídamelo.

—Ni que fuera un crío —respondió mosqueado Noé.

—No me hagas hablar.

Se refería a la herida del brazo, maldita fuera, siempre terminaba por enterarse de todo. Era imposible esconder nada a Milo.

—Y abrígate —soltó su hermano, justo antes de desaparecer.

—Y *ibrigiti*… —murmuró entre dientes el pequeño.

Una hora después conducía por una sinuosa carretera de montaña, con el mar a un lado y la ciudad a su espalda. Era un camino que había hecho cientos de veces, pero era la primera en la que él tomaba el control. Aceleró y desaceleró, se plegó en las curvas y disfrutó de cada instante. Al detenerse en uno de los muchos miradores, Jax lo hizo tras él.

Por lo general, Jax no solía reír demasiado, siempre estaba envuelto en una capa de seriedad, como un manto gris que lo recubría por entero. Sin embargo, las pocas veces que se reía, a Noé le parecía que tenía la sonrisa más bonita del mundo. Además, su canino descolocado hacía acto de presencia, arañando levemente el labio inferior, y Noé tenía que contener el impulso de alargar la mano y tocarlo. Le gustaba, le gustaba mucho, cada pequeña imperfección de Jax le volvía loco.

—Ronronea como un gatito —se enorgulleció el mecánico, observando embelesado su creación.

—Has hecho un gran trabajo —lo felicitó Noé.

—Bueno, ha sido entre todos.

Noé dejó el casco sobre el asiento y se acercó a su interlocutor.

Desde la noche anterior un solo pensamiento bullía en su corazón. «Ya tengo dieciséis», como si aquel número significara algo. No lo hacía. Tampoco le importaba. Porque seguía esperando un momento perfecto que nunca llegaba. Porque esos momentos no existían, o tal vez era que cada uno tenía que crear el suyo.

El primer trueno sonó justo sobre sus cabezas, a donde ambos dirigieron la atención. A lo lejos un rayo partió el cielo oscuro, y por un momento lo llenó de claridad. Los dos chicos volvieron en sí, llevando la atención de nuevo el uno en el otro.

Habían conducido una decena de kilómetros, estaban lejos del barrio, con el mar a sus pies y la carretera serpenteando de manera infinita a su espalda.

Quería besarlo.

Se moría de ganas de hacerlo.

Y tal vez no fuera el momento idóneo, pero era lo suficientemente bueno y no dejaría que nada lo estropeara.

Una primera gota cayó sobre su frente, seguida de otra que se coló por el borde de la chaqueta directa a su espalda. Sintió un escalofrío que nada tuvo que ver con el agua, sino con los ojos de Jax, clavados en los suyos.

—Deberíamos regresar —dijo sin ningún tipo de convicción, aunque dispuesto a hacerlo.

—¿Por qué eres tan valiente con todo menos conmigo?

Lo dejó petrificado, seguro que no se lo esperaba, o tal vez sí, porque llevaban jugando al gato y al ratón los últimos dos años. Noé a veces se sentía como el protagonista de una estúpida novela que tan solo pretendía alargar la tensión entre los personajes sin que terminara de pasar

nada.

—Porque me da mucho miedo cometer un error —le confesó Jax, a media voz.

La lluvia aumentaba en fuerza y pronto se convertiría en un aguacero que los dejaría empapados. Ninguno de los dos se movió. Noé, además, no podía sentir el frío o la incomodidad de la ropa mojada.

—Repito, ¿por qué eres siempre tan valiente, menos cuando se trata de nosotros? Qué más da si es un error. Si nunca lo probamos, nunca lo sabremos.

—Pero…

—¿Y qué pasa con Milo? ¿Y con Leah? ¿Qué pasa con el resto? ¿Qué pasa con la diferencia de edad? ¿Qué pasa si solo nos hemos ilusionado con la idea de gustarnos?

Noé habló de carrerilla y Jax abrió los ojos con sorpresa. El agua de la lluvia se escurría por su rostro y empapaba su cabello negro, dejándolo pegado contra su cara. Abrió la boca, dispuesto a rebatirle. Noé estaba preparado para hacerle frente, cualquier excusa o pretexto se lo refutaría, lo que no esperaba fue lo que pasó.

JAX

De nuevo se repetía la situación, Noé era capaz de poner en palabras todo lo que pensaba. Parecía que no le costaba demasiado adentrarse en su cabeza, hilar sus preocupaciones y verbalizarlas en voz alta.

Mientras él daba tumbos por un laberinto, Noé corría directo a la salida; y jamás podría seguirle el paso ni estar a su altura si no se ponía las pilas.

El agua fría logró despejar su mente, o tal vez fue la dura mirada del chico frente a él. Con esos ojos tan grandes, tan azules, tan expresivos y que tanto adoraba.

No lo pensó, no quería, se negó a ello. Simplemente, adelantó un paso en dirección al otro, empapado bajo la lluvia, con la punta de la nariz roja y la melena despeinada.

Alargó la mano, Noé no se movió, supuso que esperando a ver cuál era su intención, y esta no era otra que besarlo.

Iba a hacerlo.

Jax enredó los dedos en el nacimiento del cabello y le apretó por la nuca; de un seco tirón logró que la distancia entre los dos se esfumara, como también lo hicieron los nervios y las dudas, dejando solo lugar al amor y la excitación.

Nunca había besado a nadie. Siempre fantaseó con que Noé fuese su primer beso y ahí estaba.

Los labios de Jax buscaron los del chico, tan dulces, tan fríos y húmedos, bebiéndose las gotas de lluvia que los empapaban. Se adueñó de su boca de manera apasionada, sin freno y con un punto de descontrol, porque llevaba demasiado tiempo reprimiendo lo que arañaba en sus entrañas. Noé alzó los brazos para rodearlo y ambos se fundieron en un abrazo, mientras sus labios se entreabrían, las lenguas se mezclaban, y terminó el uno invadido por el aliento del otro. Jax notaba el roce de sus bocas y lenguas, incluso el ligero choque de sus dientes; se estremeció por todo lo que aquel beso significaba, y las sensaciones que le provocó. Sin embargo, pasados unos instantes, insuficientes para ambos, Jax se separó buscando la expresión de Noé con la mirada.

¿Estaba siendo muy rudo? ¿Le incomodaba? Pero la pregunta que golpeó a Jax hasta el borde de dejarlo fuera de combate fue: ¿qué estaría sintiendo Noé? Y la respuesta la tenía clara: nada.

Como si hubiera entendido sus inquietudes, Noé descendió la mirada. Toda su expresión, tan envalentonada antes de besarse, desapareció. Era como si con un gesto pidiera perdón. Jax posó de manera delicada los dedos bajo la barbilla y, con una mano en la nuca y otra en el mentón, obligó al chico a que alzara la cabeza. Una vez sus ojos se encontraron, volvió a besarlo. Despacio, muy lentamente, instándole a que volviera a abrir la boca.

—Me gustas —murmuró, pretendiendo que el otro se tragara hasta sus palabras—. Joder… Me gustas muchísimo.

Con la punta de sus narices pegadas y los labios rozándose, Noé sonrió. Sus brazos lo rodearon con más fuerza y si quedaba un solo resquicio entre los dos, se aniquiló.

—A mí también me gustas, Jax.

Y con aquella declaración, volvieron a besarse, aunque la angustia de Jax no desapareció. Quería que Noé pudiera experimentar lo mismo que él. El calor de sus respiraciones, la humedad de la lengua, la ternura de los labios…

—Noé…

—Puedo sentirlo —dijo el chico, con los ojos lagrimeando—. Tal vez no del mismo modo que tú, pero… esto me ha puesto muy feliz. Gracias.

—¿Gracias? —Jax deslizó la mano por su mejilla en una caricia.

—Por haber dado el paso. —Noé soltó una risotada—. Se me había terminado todo el valor durante el discurso. No habría sido capaz de seguir.

Jax soltó también una carcajada que reverberó bajo el eco de la lluvia.

—¿Qué haré contigo? —soltó, y dejó caer la frente contra la del otro—. Me gustaría haber sido capaz de hacértelo todo más simple.

—Si mi vida hubiera sido fácil, ¿dónde habría quedado mi brillante personalidad?

Jax negó con la cabeza ante aquella sublime respuesta que encerraba gran parte de verdad. No quería que aquello terminara, pero no podían quedarse bajo la lluvia y, una vez dado el paso, sintió que podían continuar en cualquier otro lugar, en cualquier otro momento.

De pronto el espacio y el tiempo les pertenecía, solo a ellos dos. Juntos, siempre, sin que nada los separara.

—Tenemos que irnos. Como te constipes, Milo me va a matar.

—¿Se lo vamos a contar a mi hermano? —demandó Noé, con preocupación.

—No lo sé. —Jax golpeó con cariño la punta de su nariz, agachó la cabeza y volvió a besarlo —. Déjame disfrutar un poco más de esto, ya lo pensaré mañana.

Porque el punto fuerte de un idiota era poder hacer las cosas sin pensar, ni antes ni después. Quería ser idiota, al menos un día más.



CAPÍTULO OCHO



NOÉ

No pegó ojo en toda la noche. No podía. Los nervios le comían.

Cuando regresaron al taller, empapados como si acabaran de saltar dentro de una piscina, todo se desarrolló de manera muy rápida. Jax le dejó toallas y ropa para que se cambiara y, por primera vez en la vida, sintió pudor. Nunca había tenido problema en cambiarse frente a Jax, sin embargo, después del beso y la confesión, una timidez estúpida lo invadió de la cabeza a los pies. No pudo saberlo, pero intuyó que estaba rojo hasta la punta de las orejas.

Sentados en el sofá, no tuvieron mucho tiempo para hablar antes de que el taller se llenara de otros miembros de Hinkon que aprovechaban el día libre para perder el tiempo con Jax.

Faltaron cosas por decir, pero las mejores cartas estaban sobre la mesa.

Eran… ¿novios? Aquella palabra hormigueaba en su interior, cuan pastilla efervescente. Se pasó las horas de clase con la cabeza en las nubes y una sonrisa idiota en los labios, al menos fue lo que le dijeron. Intentó aparentar normalidad, pero no era buen actor, sus emociones se le reflejaban en la cara.

Era feliz.

Se sentía pletórico, aunque agotado. Después de una carrera de fondo de más de dos años, por fin tenía la meta al alcance de la mano.

No había nada en el mundo que pudiera estropear tanta dicha, salvo el mensaje que hizo vibrar el móvil en el interior de su bolsillo.

> En el parque, 20 minutos. Trae a Princesa.

«¿Qué cojones se ha creído?». Durante el poco rato que permanecieron juntos, Theo le pareció un tipo interesante. Por un lado, le parecía majo y sincero; por el otro, algo le decía que era pura fachada, que no hacía nada por nadie a no ser que pretendiera sacar algo a cambio.

Los rumores sobre él habían corrido como la pólvora. Hijo de una familia de empresarios, que nada tenía que perder. Hablaban de él como un tipo violento, un verdadero demente que se había hecho con el control de la pandilla de la zona alta al no perder ni una sola pelea.

Milo lo tenía en el punto de mira, y no era para menos. Por lo general, los encontronazos con Tomi eran inevitables, pero, con sangre fresca en el mando, su hermano estaba seguro de que pronto querría medir sus fuerzas contra él. Milo estaba preparado.

Noé releyó el mensaje y suspiró. Ver al gato era solo un pretexto, no era tonto y lo sabía. Aun así, obedeció. Era una manera más de procrastinar con los deberes, pero también quería descubrir qué pretendía. Además, ese chico tenía «algo», no sabía cómo llamarlo, pero hacía que el resto del mundo se plegara a sus pies.

Carisma; eso era.

Igual que Milo o Jax. Theo también contaba con aquel don; el aura del protagonista que lograba que todos lo siguieran sin cuestionarse nada. Desprendía una dualidad imposible de ignorar, era una manzana envenenada, irresistible por fuera, letal al primer mordisco.

Dejó lo que estaba haciendo y se llevó a Princesa, aunque intuía que Theo no le haría ni puñetero caso. De hecho, hasta dudaba que los animales le gustaran. Incluso, por un momento, Noé dudó de si su encuentro con los gatos no fue tan fortuito como había defendido frente a su hermano.

Se enfundó unos vaqueros de pitillo y veinte minutos después cruzó por el desguace para atajar. Lo encontró parado al lado de un árbol, con el gesto ensimismado en algún punto lejano. El capitán de Tomi, con el pelo rubio cayendo por su nuca y el uniforme perfectamente planchado, era como un punto luminoso en medio de la oscuridad en aquel ambiente sucio y destartalado donde tanto destacaba.

Ambos chicos se saludaron con naturalidad. No eran amigos, y Noé no perdió de vista que podían llegar al punto de convertirse en enemigos. Pero encontraba algo muy auténtico en Theo, quizá no se apreciaba a simple vista, aunque tampoco era necesario escarbar demasiado; a pesar de que todo su discurso parecía ensayado, como si fuera un actor y aquella una escena que representar. Tal vez era por la forma de moverse o la manera de hablar, quizá porque Theo era la única persona que lo trataba como un igual.

Pero al final, tal y como pensaba, el interés de Theo en Princesa era nulo.

—¿Solo me has hecho venir para verla? Porque no le estás haciendo mucho caso que digamos —soltó Noé, enterrando los dedos en el suave pelaje de la gatita.

La mirada de Theo lo perforó, como si estuviera analizándolo. Noé tragó con sonoridad; debía reconocer que Theo lo ponía nervioso, tal vez por los ojos, fríos como el hielo, o por la manera en que toda su expresión mostraba una indiferencia calculada.

—Tengo un mensaje para Milo.

Ahí estaba. Se lo esperaba. Theo solo lo había usado para llegar a Milo, era un clásico al que ya debería haberse acostumbrado.

—Soy su hermano, no su secretario —soltó, de mala gana.

¡Qué cojones! Era indignante que lo usaran de simple recadero.

La rivalidad entre ambas agrupaciones era legendaria; los malditos niños pijos, como Milo los llamaba, eran como tener una piedra en el zapato, el recordatorio diario de que unos podían tenerlo todo y ellos no tenían nada. Cuando Sendo lideraba Tomi, fueron muchos encontronazos los que sufrieron. De hecho, las peleas más atroces que Noé recordaba fueron con ellos. Ahora la batuta la llevaba Theo y, por descontado, seguía el mismo camino que su predecesor.

Milo se iba a cabrear.

—El sábado, al anochecer, donde él diga. —La voz de Theo no denotaba emoción alguna.

Noé alzó la mirada escudriñándolo de manera directa. No estaba ansioso, mucho menos sentía miedo. Theo pasó la mano por el pelo, retirando unos mechones que caían sobre la frente. Así, con el rostro despejado, parecía mucho más tierno, una debilidad que él había convertido en fortaleza.

—¿Lo estás retando? —quiso asegurarse Noé.

—Os estoy retando —aclaró el chico, y la mirada que le dedicó a continuación logró que Noé palideciera.

Aquel salvajismo en su mirada era imposible de ignorar. Aunque Noé tenía fe ciega en su hermano y el resto de la pandilla, pues estaba convencido de que Tomi jamás sería rival para Hinkon por más fuerte que fuera Theo, si los subestimaban, terminarían mal.

—Pero cometes un error —le advirtió Noé antes de que se fuera.

—Milo no es invencible —soltó el rubio, con una sonrisa canalla pintada en la cara.

—Tú tampoco —le escupió, con convicción.

—Entonces solo tenemos que ver quién aguanta más.

Noé envidió aquella seguridad en sí mismo y, a la vez, le compadeció. Milo era todo un experto en pisotear egos.

Los maullidos de Princesa lo hicieron volver a la realidad. Mientras regresaba a casa,

repasaba de manera mental lo que acababa de pasar. Si algo le había gustado, fue que Theo acababa de hablarle de igual a igual, de pandillero a pandillero. Metiéndole en el mismo saco. A pesar de no ser miembro oficial de Hinkon hasta que no pasara por su bautismo, un estúpido ritual inventado por Milo y Jax, pero que todos habían seguido al entrar a formar parte de la pandilla. Se trataba de tomar un trago frente a cada uno de los miembros más importantes del grupo; si ellos también bebían, era que aceptaban la admisión.

Un rollo muy pirata.

Una chorrada que le hacía ilusión. Quería hacerlo para poder decir que ya era parte de ellos. Aunque antes tocaría medir sus fuerzas con los de la zona alta.

Milo se subiría por las paredes cuando se enterara de que había vuelto a ver a Theo. ¿Y Jax? Él seguramente también se sentiría molesto, quizá hasta… ¿celoso?

De nuevo, al pensar en Jax se sintió como un auténtico bobo.

¡Su primer beso!

Se estremeció al recordarlo. Acarició a Princesa, a la que aún sostenía entre los brazos; se la acercó al rostro para restregarse contra ella. Estaba seguro de que su pelaje era suave, como también lo debían de ser los labios de Jax, aunque él apenas pudo notarlos.

No importaba.

O tal vez sí lo hacía, pero se negaba a regodearse ni compadecerse de su situación. Se habían besado y lo único que contaba eran las miles de sensaciones que nacieron bajo su piel. El cosquilleo nervioso que se extendió por su torrente sanguíneo que le nubló la cabeza, aceleró su corazón y logró que se endureciera otra parte de su anatomía.

Se habían besado y prometido estar juntos para siempre. Bajo la lluvia que los empapaba de manera lenta, se hicieron un juramento y Noé estaba seguro de que cumplirían, porque no se imaginaba su mundo sin Jax.

Tenía ganas de verlo y estar a solas con él. Reanudar los besos por donde lo habían dejado. Sin embargo, antes tocaba enfrentar la ira de Milo cuando se enterara de que había estado con Theo.

El odio que sentía Milo por los de la zona alta era visceral, tan arraigado en su corazón que echaba raíces hasta su alma.

El ronroneo de Princesa lo acompañó de regreso a casa por las solitarias calles del barrio. A veces tenía la sensación de que era un vertedero, siempre se quejaba y a veces hasta fantaseaba con largarse de allí. Pero aquel era el barrio que lo había visto nacer y crecer. En el fondo le gustaba y tampoco conocía nada más. Giró la llave del piso con unos nervios incontrolables apretando su corazón.

—¡Por fin!

Su hermano lo sorprendió al otro lado de la puerta, lo esperaba. Llevaba la mochila del trabajo en las manos, y estaba a punto de marcharse.

—¿Te vas?

—Tengo turno de noche. —Milo dejó la bolsa en el suelo y tiró de él para que entrara—. Leah está en la cama, no se encuentra bien, ve dentro de un rato a ver si quiere comer algo…

—Claro, pero…

Milo alzó la mano en un gesto para que se callara.

—En el cuenco de las llaves te he dejado el dinero para el dentista, toca revisión…

—Espera, es que…

—¡Déjate de excusas! Tienes que ir y punto. —Milo comprobó que llevaba la cartera.

—No es eso…

—Si te tiene que hacer algo extra, te lo haces, yo pasaré después a pagar…

—¡Me quieres escuchar! —gritó Noé.

—¿Qué? —devolvió Milo, con el mismo tono de voz.

Se querían un montón, pero como buenos hermanos también eran especialistas en cabrearse el uno al otro.

—He visto a Theo.

Milo, que ya estaba con la mochila dispuesto a marcharse, se detuvo en seco y se giró para enfrentarlo.

—¿Qué has dicho?

Noé, con Princesa todavía entre los brazos, valoró si soltarla o quedársela como escudo gatuno. Los ojos de Milo centelleaban en una mezcla de cansancio y cabreo, una mala combinación. Milo tenía muy mala hostia cuando iba de noche y no podía dormir bien.

—He visto a Theo en el parque, tiene un mensaje para ti.

—Maldita sea. —Tiró la mochila al suelo con violencia—. Qué cojones se ha creído, usarte a ti…

—Eh. No te confundas, nadie me ha usado…

Era exactamente lo que había pasado, pero Noé jamás lo reconocería.

Milo se quedó callado, clavando su mirada en él, como cuando era pequeño, se metía en un marrón y se enteraba incluso antes de que regresara a casa. Vivir en un barrio donde todos le conocían siempre jugó en su contra, además, todos los amigos de Milo siempre lo vigilaban. Al menos con la edad había logrado guardar algunos secretos para él.

—¿Y bien?

—Quiere una pelea —respondió Noé. Princesa intentaba escaparse, así que cedió. Se agachó para dejarla en el suelo.

—¿Uno contra uno?

—Todos contra todos, las dos pandillas.

Princesa se perdió por el pasillo, buscando al resto de gatos. Milo estaba pensando. Le conocía aquella expresión: se encontraba barajando pros y contras, pero, sobre todo, estaba muy enfadado.

—El sábado, al anochecer, tú eliges el lugar —añadió Noé, y con eso ya había transmitido todo el mensaje.

—Tsk… Menuda escoria.

—Es buen tío y…

De veras Noé lo pensaba. Aunque Theo y él pertenecían a mundos totalmente diferentes, sentía que, en otras circunstancias, tal vez habrían podido ser amigos.

—Y una mierda —le cortó Milo, con tono tajante—. Deja de relacionarte con él. Solo es escoria.

—¡Eh! No eres nadie para decirme a quién puedo o no puedo ver —replicó con disgusto.

—Tienes razón —concedió el mayor—. Haz lo que te dé la gana, ya vendrás llorando. Esa clase de persona solo te utilizará para lo que necesite, pero ya eres mayorcito. —Se colgó la mochila, dispuesto a salir.

—¿Vas a aceptar la pelea? —preguntó Noé, siguiéndolo al rellano.

—Por supuesto.

Ambos hermanos quedaron el uno frente al otro. Claro que aceptaría, porque Milo nunca rehuía y se enfrentaba a cualquier desafío. En el fondo le encantaba, y de vez en cuando necesitaba recordarle al mundo que él tenía el control.

—Yo también iré.

—Eso ni pensarlo.

Fue una negación tajante que Noé estaba dispuesto a rebatir con las armas de las que disponía.

JAX

Desde la muerte de su padre el piso le parecía solitario, oscuro y demasiado silencioso. Por eso prefería estar en el taller, al menos ahí el olor a motor y gasolina le hacía compañía. Otra opción era ir a casa de Milo; se presentaba con cualquier excusa, ellos fingían no darse cuenta y al final terminaba pasando la noche en su sofá. Milo y Leah eran como los hermanos que jamás había tenido. Eran su familia, la única que le quedaba.

Por eso estaba tan asustado.

No quería estropear las cosas entre ellos e irremediablemente iba en descenso hacia el fracaso. Porque cuando Milo se enterara de lo suyo con Noé, estallaría. Lo conocía lo suficiente como para saberlo, y también que no existía forma humana de evitarlo. Porque el amor era como el dolor de tripa, incontrolable.

—Pareces de mal humor.

Jax acababa de cerrar el taller y se debatía consigo mismo entre ir a casa de Milo o marcharse directamente a la suya. El chirrido de la persiana metálica resonó en la calle desierta, donde las farolas parpadeaban intermitentemente, proyectando sombras en el asfalto. A esas horas el barrio, con sus grafitis y calles estrechas, se sumía en la oscuridad de la noche.

—Pues acaba de mejorar muchísimo —contestó Jax, sin apartar la vista de Noé.

Estaba apoyado en la pared del taller con una expresión que oscilaba entre la timidez y la determinación. Con unos vaqueros estrechos y la sudadera que le había prestado la vez anterior y ya había hecho suya. Desde su cumpleaños llevaba el cabello mucho más rubio y contrastaba con el cristalino azul de sus ojos. Jax lo miró durante un instante más, necesitando grabar cada gesto, cada expresión y mirada.

La tensión entre ellos era palpable, como una cuerda estirada a punto de romperse. Con el recuerdo del beso ardiendo bajo la superficie de sus pensamientos. Jax lanzó un rápido vistazo para cerciorarse de que se encontraban solos antes de alargar la mano y acariciar la mejilla de Noé. Este se dejó tocar; era como un gatito sediento de mimos y a él le encantaría colmarlo con ellos. Se moría de ganas de abrazarlo y besarlo, pero sabía que era demasiado arriesgado. Se conformó con una caricia y las agradables sensaciones que se gestaban en su interior.

—¿Estás bien? —quiso saber, pues los ojos de Noé estaban empañados con algo de preocupación.

Jax apartó la mano.

—¿Has hablado con Milo?

—No. ¿Por qué? —preguntó Jax, intentando mantener su voz firme, aunque una electrizante emoción lo recorría al tener a Noé tan cerca.

—Prométeme que no te vas a enfadar.

Era incapaz de hacer tal promesa y, a la vez, haría todo cuanto le pidiera. Jax dio un paso adelante, sin tener muy clara su intención. Tal vez abrazarlo o quizá…

—Hasta mañana, chicos —saludó una mujer al pasar, sorprendiendo a ambos; se separaron de un bote.

Por un instante se sintió asfixiado. Tan frustrado que se sofocó, porque la distancia entre ellos era algo que no podía acortar, no de momento. Los profundos ojos de Jax se clavaron en el chico, con una expresión contrariada, reflejo de la suya propia.

—Te lo prometo —respondió al fin, tragando las ganas de cualquier otro contacto.

—Esta tarde he visto a Theo.

Aquellas palabras abandonaron los labios de Noé como un susurro, pero a él lo golpearon con fuerza.

—¿Por qué?

Un tizne de celos pintó aquella pregunta.

—Quiere una pelea.

No era la respuesta que buscaba. No le interesaba lo más mínimo lo que aquel chaval quería o dejaba de querer. Jax necesitaba saber por qué parecía que Noé sentía ese amago de simpatía con alguien que no era de los suyos.

—No es tan mala persona como pensáis —lo defendió Noé.

Entendió que Milo ya se había encargado de darle un toque de atención.

—¿Has venido solo para decirme esto?

Noé se rio.

—¿Estás celoso?

«Claro que sí».

—Por supuesto que no.

La sonrisa burlona de Noé se amplió. No le creía, pero tuvo el detalle de no añadir nada más; así, Jax mantuvo a flote su dignidad.

—Tienes que convencer a Milo de que me deje pelear.

—¿Qué? Ni de coña —sentenció.

Jax comenzó a caminar; acababa de decidir que lo mejor era regresar a su casa, se haría una ensalada con los dos tomates que quedaban en la nevera y se sentaría a ver la televisión.

—¿Por qué? —inquirió Noé, que corrió para alcanzarle.

El chico lo tomó de la manga de la chaqueta y lo frenó de un tirón. Los ojos de Noé ardían como el fuego, Jax observó cada gesto en silencio, sin poder decir ninguna de las frases que pasaban por su cabeza. Es peligroso, pueden hacerte daño…

—No me jodas, Jax, tú no.

Con aquella frase Noé cortó de raíz la mala hierba de sus pensamientos. Además, el chico tenía razón.

—Es que no puedo evitarlo —se disculpó.

Una lamentable sonrisa apareció en los labios de Noé y Jax se maldijo por ello. Tenía que luchar contra su instinto de querer protegerlo, porque Noé era capaz de valerse por sí mismo y, además, lo que amaba de él era su fuerza y determinación.

Así que, en contra de lo que sentía, accedió, no le quedaba otra.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga?

—Habla con Milo —repitió el chico, con marcada autoridad—. Me conformo con lo de la pelea, dejemos lo nuestro para otro momento.

A Jax se le acumulaban las conversaciones incómodas con su mejor amigo. Contuvo la risa nerviosa en el fondo de su garganta.

—Joder Noé, dame un respiro —lamentó, con una sonrisa.

—Pero ¿vas a hacerlo?

Jax soltó una profunda respiración y asintió con un cabeceo.

—Qué remedio —lamentó compungido, expresión que contrastó con la de plena felicidad de Noé.



CAPÍTULO NUEVE



NOÉ

La mañana pasó rápida, tal vez porque su cerebro estaba disperso, concentrado en lo que pasaría al anochecer y no en las funciones diferenciales que el profesor se esmeraba en explicar con ejemplos en la pizarra.

Estaba ansioso.

Tenía confianza ciega en Milo, sin embargo, algo en Theo despertaba su instinto de alerta máxima, no sabía qué era realmente, si su mirada, los gestos o tal vez ese aire de arrogante indiferencia. Teniéndolo todo parecía que no tenía nada que perder, y aquello lo asustaba. Aunque sabía que Milo no se dejaba amedrentar por nada ni por nadie, su hermano estaba curtido en mil batallas, como solía decirse. La vida les había pegado tantos palos que se habían insensibilizado a ellos, sobre todo él. Noé sonrió con su propio chiste.

Por el rabillo del ojo percibió un movimiento a su derecha, se giró a tiempo de ver un papelito caer justo sobre la libreta abierta frente a él. Ni se molestó en desdoblarlo. Solo con saber de quién era el mensaje tenía claro el contenido. Otro con intenciones de aprovecharse; ya fuera por su facilidad con las clases o por ser el hermano de quien era, la gente, y en especial los chicos, solo se acercaban con malas intenciones o por algún tipo de interés. Noé aprendió rápido a calarlos. Arrugó la nota para dejarla caer al suelo.

El timbre sonó y antes siquiera de que se callara salió disparado por la puerta. Quería aire. Necesitaba despejarse y estaba ya harto de las clases.

Saltó de dos en dos los escalones que lo llevarían a tan ansiada libertad y justo en el último tramo, Liss, una chica de su mismo curso, se cruzó en el camino. Frenó de manera precipitada, y tuvo que agarrar a la chica de la cintura para no arrollarla.

—¡Lo siento! —se disculpó Noé, ayudándole a recuperar la verticalidad—. ¿Te he hecho daño?

—¡Casi me estampas!

—Perdona.

Cuando Liss levantó la cabeza y se miraron, hubo un cambio; imperceptible, pero que ahí estaba. De pronto la chica sonrió con amabilidad, la misma que Noé veía siempre en las expresiones de cualquiera que se dirigiera a él, sobre todo en el sexo opuesto.

—No pasa nada —murmuró, con tono edulcorado.

Claro que no, de haber sido cualquier otro ya se habría formado un escándalo, pero Noé tenía la carta blanca de la lástima, esa que tanto detestaba, pero que en ocasiones no le molestaba jugar.

—Entonces, me voy.

Al menos no le haría perder tiempo, le escaseaba. Quería llegar a casa para comprobar si Jax había cumplido su palabra. No le hizo falta, porque nada más alcanzar la salida de su cárcel personal, lo vio. Apoyado en uno de los muros delanteros, vestido con unos pantalones de chándal dos tallas más grandes, embutido en un anorak y con sus inseparables botas.

—¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir a buscar a mi hermanito al cole?

Noé cerró los puños con cabreo, aunque se obligó a no decir nada. Milo lo intuyó y soltó una risotada que aún lo encendió más. Le hizo un gesto para que se acercara y le recolocó la bufanda.

Era humillante.

Milo se sintió satisfecho y arrancó a caminar, seguido de Noé, que lo miró extrañado.

—¿Y bien…?

«Que Jax lo haya convencido, que Jax los haya convencido…».

—Me ha llamado tu tutor.

—¡Yo no he sido! —se defendió.

Los ojos de Milo, tan azules como los suyos propios, chisporrotearon. Sus cejas se enarcaron de manera interrogativa y con aquel simple gesto lo invitó a hablar. Noé dio un repaso rápido a los últimos días y no encontró nada que…

—Vale, es por lo del campamento.

«¡Maldito tutor!». Hacía días que lo seleccionaron para cumplir condena durante dos semanas en verano en una especie de prisión al aire libre dónde pretendían masacrarlos a base de problemas matemáticos. No tenía intención de ir, motivo por el que la carta seguía en el fondo de su mochila.

—¡Un campamento de cerebritos! —exclamó Milo, dejando bien patente su ración de orgullo —. ¿Por qué no me lo has dicho? ¡Joder! Es la hostia, ¡mi hermano es un superdotado! —Milo habló con emoción, aunque enseguida se ensombreció—. Me ha preguntado qué me parecía y se me ha quedado cara de gilipollas porque no me has dado la puñetera carta.

—Lo… ¿siento?

—Tu tutor dice que es una gran oportunidad y muy difícil entrar.

—Y la hostia de caro.

Milo detuvo sus pasos y lo miró. Su semblante estaba serio, como cada vez que jugaba su carta de «cabeza de familia».

—De eso no tienes que preocuparte.

Claro que tenía, pero prefirió no abrir más frentes con Milo; lo mejor era enfrentarse a los problemas de uno en uno. Ya tendría tiempo de decirle que no pensaba ir, como tampoco tenía la intención de seguir estudiando más allá del instituto.

Era extraño que los dos hermanos pasearan de manera tan despreocupada por las calles del barrio que los había visto crecer. Desde que Milo trabajaba en el almacén, no tenían demasiadas oportunidades de coincidir y a Noé le pareció casi nostálgico, un recuerdo de aquellas veces que Milo lo acompañaba al colegio, o las tardes que le llevaba al parque a jugar. Le lanzó una mirada de soslayo y contuvo la sonrisa que el agradable cosquilleo le despertó.

—También he hablado con Jax…

¡Ahí estaba! Noé se tensó.

—¿Y…?

—No me gusta que recurras a él para intentar salirte con la tuya.

Milo se detuvo frente a una de las pocas tiendas que quedaban en su calle, abrió la puerta y le cedió el paso.

—Es que a mí nunca me tomas en serio —argumentó Noé.

—Lo sé, y lo siento.

El cerebro de Noé sufrió un cortocircuito ante la efeméride de que su hermano mayor le concediera la razón y ¡hasta se había disculpado! Así que se envalentonó:

—¿Vas a dejarme participar?

Tuvo que contener la euforia. Milo caminó por los pasillos de la tienda hasta pararse frente a lo que buscaba. Ambos se miraron un instante.

—Voy a dejar que vengas.

Ya era todo un logro. Sería la primera vez que Milo le dejara asistir a una de las peleas de

Hinkon, y se emocionó ante la perspectiva. Quizá, una vez allí pudiera tomar parte. No era por la pelea en sí —que también—, sino por el hecho de ser uno más, uno de ellos.

Milo tendía a sobreprotegerlo, pero también lo preparaba para enfrentarse al mundo y no dejarse pisar. Sabía pelear, era fuerte y rápido.

—Con alas.

—¿Qué?

—Las compresas, Leah las usa con alas.

Estaban frente a los estantes de higiene femenina, rodeados de paquetes y cajas de diversos tamaños, formas y colores; Milo se concentró en los diferentes envoltorios, con la mano en alto y sin dirigirla a ninguno en concreto hasta que Noé señaló el adecuado.

—Estas.

—Gracias.

—Oye, pillo bollitos, para las hamburguesas.

Milo asintió siguiéndole por el pasillo, en dirección a la zona del pan.

—Coge cuatro —indicó—. Jax cena con nosotros.

—¿Podré pelear?

—Podrás mirar.

—Pero…

—También puedes quedarte en casa y hacer los deberes —lo cortó el mayor, dejando claro que no había discusión posible.

—Está bien —murmuró.

Cuando salieron de la tienda, el sol parecía más alto, el cielo más azul y el siempre apestoso ambiente mucho más soportable. Noé sonrió feliz, y algo se comprimió en el fondo de sus entrañas porque por fin daba un paso adelante, y cada vez se sentía más cercano a Milo, y también a Jax.

JAX

La oscuridad de la noche los envolvía y el silencio amplificaba el sonido de sus pisadas. No era la primera ni tampoco sería la última vez que peleaban. De hecho, eran pandilleros, casi se consideraba de obligado cumplimiento, aunque eso no restaba para que cada nuevo desafío fuera tomado con la seriedad que le correspondía.

Algunos saldrían heridos, con mayor o menor gravedad. Pero todos estaban ahí porque creían firmemente en lo que hacían; era parte del compromiso que adquirieron al unirse a Hinkon y, también, porque era un modo más de poner a prueba su valía.

En aquella ocasión no usaron su lugar de encuentro habitual, el desguace, sino que después de discutirlo con Milo decidieron hacerlo en un lugar más neutral: el viejo pabellón deportivo, ubicado a las afueras y que hacía un par de décadas que estaba en desuso. Durante aquellos años y puesto que nadie se encargó de mantenerlo, el tono verde de la maleza se había adueñado del lugar. Durante el día era un sitio solitario con verdín en la fachada y flores que se abrían paso por las grietas. Sin embargo, con las luces y sombras del atardecer, el lugar recordaba más a un espeluznante escenario de película de terror.

Incluso tenía su propia macabra leyenda que incluía asesinatos y ritos satánicos. Por supuesto, nada constatado, solo historias que pasaban de boca a oreja, y que cada nuevo narrador embellecía con algún detalle más.

En el desguace cualquier cosa podía ser usada como arma, y los integrantes de Tomi no eran de fiar. Hinkon se valía de sus puños, pero la gente de esa calaña no jugaban limpio, nunca lo hacían, y mucho menos el tal Theo, quien lo demostró al usar a Noé como recadero para llegar a Milo.

Jax se tensó al recordarlo, pero se enfureció aún más cuando al encontrarse con los que serían sus contrincantes, Theo le lanzó una dulce —y muy siniestra— sonrisa a Noé. No quiso ni mirar cómo reaccionaba su chico ante tal saludo. Prefirió ignorarlo por el bien de su estabilidad mental.

Aunque le entraron ganas de mandar a la mierda la pelea e ir directamente a por él.

No podía. Aquel era trabajo de su capitán, así que se conformaría con su segundo al mando. El joven al lado de Theo. Era alto, con el cabello cortado a capas desiguales, como dispares también eran las mechas que lo decoraban. Sería un buen espécimen candidato a pasar por las expertas manos de Leah, seguro que disfrutaría con esos pelos.

A pesar de la apariencia, Jax intuyó que era fuerte, lo confirmó cuando sus miradas se cruzaron; la expresión descarnada no encajaba con los tipos de su alrededor. Aquellos niñatos ricos estaban ahí para divertirse, pero aquel chico no. Algo lo hacía destacar de la amalgama de la pandilla de Tomi, como una piedra mal colocada en una pared perfectamente lisa.

Jax centró la atención en Milo, en el intercambio de palabras que se estaba produciendo a su lado y que no llegó a escuchar. Un breve diálogo entre los líderes de ambos grupos y, de pronto, llegó el primer golpe. Pocas veces se veía a Milo perder los estribos, sin embargo, el niñito rubio había logrado sacarlo de sus casillas.

Todo pasó deprisa.

Después del primer ataque, el rugido de la batalla se incrementó. El chico de pelo atigrado se lanzó a por él, lo esperaba. Sin dificultad frenó a su contrincante, que se repuso enseguida. Ambos jóvenes se miraron y una sonrisa afloró en sus labios.

Le gustaba pelear, desde pequeño lo hacía. Había crecido en un barrio donde imperaba la ley

del más fuerte, donde tenías que aprender a defenderte a base de golpes antes que a razonar, porque el diálogo entre los suyos quedaba descartado.

Así también fue como conoció a Milo.

Con la nostalgia de aquellos recuerdos, Jax alzó la mano y detuvo un puño a pocos centímetros de impactar en su cara.

—Peleas bien —lo felicitó.

No obtuvo respuesta, el otro estaba concentrado en lanzar un puñetazo tras otro; con contundencia y precisión, con el brillo del salvajismo bailando en su mirada.

Definitivamente, no era como el resto.

Jax encajó un par de duros impactos. El dolor se extendió por el cuerpo, aun así no frenó. El estímulo de un buen combate se presentaba ante él y se dispuso a disfrutarlo.

De vez en cuando perdía el ritmo, no podía evitar mirar atrás, en busca de Noé.

El frenesí los envolvió por completo y por un instante estuvieron rodeados en una batalla campal. Pero él solo tenía que concentrarse en un único rival; nadie se atrevió a interponerse en su enfrentamiento.

El segundo al mando de Tomi se lo estaba poniendo difícil, hacía tiempo que no encontraba a un contrincante tan digno —y silencioso— como el que tenía enfrente. Por lo general muchos perdían la fuerza por la boca, no era el caso del chico de cabeza atigrada, que tan solo desviaba la atención en busca de su capitán. Jax decidió aprovechar aquella distracción para lanzar un derechazo directo al mentón y lo derribó.

Lo tenía en el suelo.

Jax levantó la pierna para patearlo en el costado cuando el ensordecedor sonido de unas sirenas se alzó sobre el rugido enfurecido del viejo pabellón.

Los habían delatado.

No le importó. Sumido en el desenfreno no era capaz de pensar, su cuerpo se movía por inercia y el instinto de matar. Pateó al joven en el costado un par de veces, detenerse no entraba en sus planes, hasta que una desgarrada voz tronó en su dirección.

—¡River!

El capitán de Tomi sí pareció reaccionar a las sirenas y, en un parpadeo Jax lo tuvo delante. Theo le asestó un duro golpe que logró que retrocediera. A Jax le costó responder, y cuando logró sobreponerse al agudo dolor, el capitán de Tomi, junto a su segundo al mando, escapaban.

Corrió tras ellos, tan metido en la pelea que le costó reaccionar cuando esta ya había terminado. Los chicos de Tomi huyeron en espantada, sin embargo, él quedó detenido, viendo cómo su oponente se largaba siguiendo a su capitán. Le zumbaban los oídos y no fue hasta que pasaron unos instantes que se activó su propio interruptor mental.

—¡Noé! —exclamó de pronto.

Lo buscó con la mirada, y lo encontró un poco más atrás; al final se había visto envuelto en la pelea, una de sus cejas sangraba. Corrió en su dirección, pero Milo fue mucho más veloz en llegar al lado de su hermano.

El sonido de las sirenas rompía en pedazos la noche. Jax osciló la mirada por el pabellón, muchos de los que podían irse por su propio pie lo habían hecho; otros se quedaron para apoyar a los que necesitaban ayuda para escapar. Comprobó que ya no quedaba nadie de los suyos antes de ponerse a salvo. Le costaba respirar y le dolían los diversos cortes y contusiones.

Un sudor frío le empapaba por entero y justo cuando estaba a punto de moverse, la voz de Noé gritando su nombre lo hizo reaccionar.

Jax se giró para salir corriendo tras los hermanos.



CAPÍTULO DIEZ



NOÉ

Las heridas de la noche anterior eran visibles. Una grieta justo encima de la ceja, y un par de cortes en el labio. Pero por primera vez en mucho tiempo se había sentido tan bien, tan vivo, tan real y auténtico, que nada importaba.

Le había prometido a Milo que se mantendría al margen, pero no pudo y, de pronto, se vio a sí mismo envuelto en la pelea. No quería presumir, pero no se le daba nada mal; estaba orgulloso del resultado. Golpeó y fue golpeado, era una sensación maravillosa. Podía comprender a su hermano y esa afición a pelear. Porque morir sin cicatrices solo indicaba que uno no había vivido, al menos no de manera auténtica.

Sin embargo, llegó la policía y todo fue un caos. Jax desapareció al poco, quería ir a ver a alguno de los chicos y Milo lo arrastró de nuevo a casa.

Nunca fue esclavo del tiempo, y en las últimas semanas sentía que todo jugaba en su contra. Que los momentos en que podía estar a solas con Jax eran muchísimos menos de los que imaginaba, o, tal vez, había aumentado su necesidad de ellos.

En cuanto Milo salió de casa para ir a buscar a Leah al trabajo, Noé se precipitó a escaparse también. Los charcos empapaban las calles y aumentaba el sonido húmedo de sus pisadas. Apenas había dormido y era incapaz de concentrarse. ¿Quién podría después de una pelea? Milo, por supuesto. Su día a día había proseguido como si nada. Él estaba acostumbrado.

Pero para él era diferente.

A aquellas horas de la tarde el barrio estaba un poco adormilado, tampoco era demasiado grande y casi en su totalidad se concentraba alrededor del parque. Su pequeño apartamento se ubicaba en una de las caras y Jax vivía justo en la opuesta. Noé no recordaba haberlo visto antes de que él y Milo se hicieran amigos. Era de perfil bajo, como se solía decir; un chico del montón que llamaba poco la atención. Desde niño ayudaba a su padre en el taller y le quedaba poco tiempo libre para salir y hacer gamberradas.

Cuando el destino cruzó a Milo y Jax, todo cambió. No solo la vida de ellos, también la suya.

Noé se sentía ansioso, no corría, volaba sobre sus pies. Ascendió los escalones de dos en dos hasta precipitarse a la puerta que tantas y tantas veces había golpeado, aunque ninguna con aquella intención.

Los pasos al otro lado se escucharon amortiguados, a Noé le parecieron torpes y en un punto escuchó cómo Jax tropezaba con algo y lanzaba una maldición.

Cuando sus miradas se encontraron, el destello de la sorpresa estalló en los ojos negros de Jax. Noé sonrió satisfecho. No le dio tiempo a que reaccionara, de un empujón lo metió en el interior del piso y selló sus labios con un beso.

—Auch —murmuró Jax.

Su queja no le frenó. Porque las ansias que corroían su interior no le dejaban. Llevaba días conteniendo sus ganas de él, de sentirlo, de comprobar que lo que pasó entre ellos era real y no una alucinación.

Noé tanteó el filo de la camiseta del pijama con la punta de los dedos.

El ambiente del piso estaba cargado y el olor de Jax era una mezcla de champú y desinfectante. Tal vez porque no podía notar nada con el tacto, desde siempre los olores habían tenido un fuerte impacto en él.

Cuando su mano ascendió por uno de los costados, Jax lo aferró de la muñeca para frenarlo.

—*Miau miau*… —ronroneó, con voz grave pero encendida.

—¿No quieres? —preguntó Noé, tan ansioso que las palabras temblaron como si estuvieran por romperse.

—No es eso, pero…

—Sin peros.

Jax asintió con un cabeceo y entreabrió los labios para profundizar el beso. Quería, claro que quería, y el bulto que se clavó en el bajo vientre de Noé se lo confirmó.

Dio un respingo y se apartó, con la mirada clavada en aquella zona del cuerpo de Jax que más que nunca destacaba por debajo del holgado pantalón. En un acto reflejo, Jax llevó ambas manos a la zona de la entrepierna, para esconder la evidencia. Noé soltó una carcajada que le valió una mirada de fastidio.

Su cabello, negro como la brea, estaba despeinado, y en su rostro se apreciaba las marcas de la pelea de la noche anterior. Incluso así, era endiabladamente atractivo, cada pequeña marca e imperfección lo hacían más deseable para Noé.

—Yo también estoy duro —murmuró, para aliviarlo y que supiera que no estaba solo.

—Maldita sea…

Jax se lanzó en su dirección, fundiendo el espacio entre ambos y reduciéndolo a la nada más absoluta. La espalda de Noé impactó contra la puerta y de pronto se vio aprisionado entre ella y el hombre que tanto deseaba. Hambriento, Jax devoraba sus labios con ferocidad, hasta que el sabor a óxido inundó sus bocas. No se detuvieron, porque el fuego encendido entre ellos años atrás encontraba por fin el combustible para arder a su antojo, sin limitaciones. De un brinco, Noé saltó para encaramarse a la cintura del otro, que, con ambas manos sujetándolo, lo llevó a trompicones hasta la cama. Sin dejar de besarse ni un segundo. Sin detener la batalla entre sus lenguas.

El viejo colchón los recibió todavía con la calidez del cuerpo que minutos antes seguía durmiendo en él. Todo olía a Jax.

Las sábanas, la almohada… Su mente se inundó del aroma del chico sobre su cuerpo que lo dejaba sin aliento. Quería volverse uno con él, fundirse de tal modo que nadie fuera capaz de encontrar los límites entre sus cuerpos.

Las manos de Jax recorrían su piel y Noé se maldijo por no ser capaz de notar la calidez de cada caricia. Creció en un mundo que trataba de apagar todas las emociones, mientras él estaría dispuesto a pagar lo que hiciera falta por sentir algo, por insignificante que fuese.

Porque tenía que conformarse con ver la mirada encendida de Jax, oler su excitación y escuchar los suabes jadeos que intentaba evitar sin conseguirlo.

No era suficiente.

Lo quería todo y jamás lo tendría.

Estaba condenado a vivir un amor incompleto y, lo que era peor, era un castigo que arrastraba a Jax.

No fue consciente de las lágrimas que escapaban de sus ojos hasta que Jax se las enjugó con dulces besos; y una vez que tomó consciencia de ello, el llanto se hizo más profuso y la desesperación más desgarradora.

—Lo siento —lamentó entre sollozos.

Jax prosiguió con las caricias, ascendió por los brazos y terminó por acunar su mejilla al tiempo que rozaba con cariño los regueros húmedos sobre su piel.

—¿Te he hecho daño? —inquirió con preocupación.

—Ojalá.

Un destello de comprensión brilló en la encendida mirada del pelinegro, que decidió no detenerse, sino todo lo contrario: siguió regalando caricias y besos hasta que quedaron tumbados el uno al lado del otro, rodeados por el abrazo de la persona más importante de sus mundos.

—Esto es una mierda, ¿verdad?

—No, no lo es.

—Cómo puedes decir que no… Soy un fastidio.

—¿Bromeas? —Jax se incorporó para que ambos se miraran—. Solo saber que sientes por mí lo mismo que yo siento por ti ya me hace estallar de felicidad.

Lo soltó sin más, sin inmutarse ni pestañear. ¿Quién podía decir semejante cursilada sin morirse de la vergüenza? Noé soltó una carcajada que se mezcló con su llanto.

—Joder, qué ñoño.

—¿Te molesta?

—No, me encanta.

Noé se acurrucó contra el cuerpo de Jax, encajando a la perfección entre sus brazos y concentrándose en el sonido de su corazón, que poco a poco se estabilizaba. La calidez del momento los envolvía, creando un refugio en medio del caos de sus vidas.

—Tienes un montón de moratones —murmuró Noé, sin moverse—. ¿Estás bien?

—Ese chico, River, es una fiera. Peleaba como si ya lo hubiera perdido todo.

Noé asintió suavemente y hundió la nariz en el cuello de Jax, aspirando su aroma. Jax soltó una risita por las cosquillas, pero no se movió, permitiendo que Noé siguiera.

—Oye… ¿Milo…?

—Sssshhh —chistó Noé, para hacerlo callar; Jax obedeció sin protestar.

En la tranquilidad de la habitación y el confort de aquella cama, Noé pensó que era todo cuanto necesitaba; con Jax a su lado la vida parecía un poco más amable y menos aterradora. En ese instante encontró una paz que hacía tiempo no experimentaba, sintiéndose seguro y, sobre todo, muy querido.

Pero, como siempre, algo tenía que interrumpir el momento.

El móvil de Noé vibró, rompiendo la serenidad con la entrada de un mensaje. Dudó por un instante, pero finalmente decidió leerlo. Al ver el contenido, suspiró y contestó rápidamente.

Apreciado Noé, ¿estarías dispuesto a malgastar unos minutos de tu ajetreada tarde para vernos en el parque? Tengo algo para Princesa.

Que te jodan 😡

Pero ¿vas a venir? 😣

Noé fue a dejar el móvil sobre la mesilla cuando volvió a vibrar.

—¿Todo bien? —Jax estiró la mano para posarla contra su muslo, llamando su atención.

—¿Es tu hermano?

¿Alguien te ha dicho que no a algo alguna vez?

—No, pero tengo que irme —murmuró, intentando no mirar a Jax a los ojos para evitar ver la decepción reflejada en ellos.

Noé se levantó de la cama con un aire de resignación y tomó el móvil para mandar un nuevo mensaje.

No, que yo recuerde. 😎

Sabía que Princesa solo era un pretexto. La vez anterior que usó la excusa de la gata fue para retarlos a una pelea; Noé sintió curiosidad por saber qué era lo que Theo buscaba en aquella ocasión, aunque le molestara. Era un mal momento; aun así, iría.

Jax se dejó caer de espaldas sobre el colchón soltando un suspiro al techo.

—Está bien —respondió Jax, aunque su voz traicionó un leve rastro de tristeza.

—Esto no ha terminado —amenazó, señalando de manera directa la erección de Jax—. La próxima vez, no nos detendremos.

Jax sonrió de medio lado.

Noé dejó un último beso en su frente y salió de la habitación, llevándose consigo la calidez que habían compartido.

JAX

Siempre creyó que la vida sería más sencilla cuando creciera. Se equivocó. Lo descubrió de golpe, sin tiempo para aclimatarse: pasó de ser un niño despreocupado —dentro de sus posibilidades— a tener que convertirse en un adulto funcional.

No se quejaba, nunca lo hacía, pero temía terminar con una úlcera antes de los veinte. Era imposible vivir con tanto estrés, y es que cuando Milo lo llamó para que fuera, sintió un ardor que le quemó hasta la garganta.

Y ahí estaba.

Milo recogió las piernas sobre el sofá, con cuidado de no molestar a los gatos. En una de sus manos estaba Princesa, encajada entre su palma; con la otra sostenía el biberón.

Era grande, fuerte y con un punto de mal carácter, pero mostraba una paciencia infinita con los cachorros. Ya fueran animales o humanos, con ellos Milo sacaba a relucir una sensibilidad que pocos conocían y que, por qué no decirlo, no le pegaba nada.

Jax sonrió ante tan tierna imagen y se sentó a su lado, aunque la expresión se le congeló al pensar en cómo se tomaría su mejor amigo que estuviera enamorado de su hermano.

—¡Menuda tragona! —le reprendió Milo a Princesa.

—¿Se porta bien? —preguntó, acariciando la cabeza de la gatita.

—Es muy tranquila, nada que ver con los otros. Solo come y duerme.

A veces aquella casa era una locura, cuando los gatos no se peleaban era un remanso de paz, pero había días en que el comedor se convertía en una batalla campal. Pasaba lo mismo con los hermanos. Por lo general se llevaban muy bien, pero cuando discutían era preferible no encontrarse en medio.

—¿Dónde está Noé? —Aquella pregunta llevaba un buen rato rondando su cabeza; en concreto, desde que había llegado, pues pensó que estaría en casa.

—Ni puta idea. —Milo dejó a la gata dormida en su regazo y apartó el biberón—. La verdad, pensaba que estaría contigo.

Jax se crispó de nuevo. Al levantar la cabeza, Milo lo estaba observando. Todavía era pronto, tal vez él y Noé pudieran arañar algo más de tiempo; se obligó a empujar las preocupaciones garganta abajo.

—Lo he visto antes, pero se ha marchado.

—¿Con quién?

«Ya me gustaría a mí saberlo», se dijo, y cuando aquel pensamiento intrusivo invadió su mente, se reprendió por ello. Lo que hiciera Noé no era cosa suya, aunque fuesen… ¿Qué eran? ¡No tenía ni idea!

—Sois como unas madres angustiadas —se burló Leah, que dejó tres refrescos de cereza sobre la mesa—. Habrá salido con sus amigos.

—¡Tal vez está con una chica! —exclamó Milo, y parecía feliz—. El otro día lo vi con una muy mona en la escalera del instituto, creo que se abrazaban.

La mano de Jax tembló a pocos centímetros de coger su bebida. Fue tan evidente que reculó, a pesar de que se moría de sed.

—Déjalo —advirtió Leah—, eres muy pesado con este tema.

No pudo afirmarlo con certeza, pero a Jax le pareció advertir una mirada cómplice por parte de la chica. Era imposible. Pero los nervios se acumulaban y el ardor de estómago cada vez era

más molesto. Con todo el temple que pudo, extendió de nuevo la mano, aferró la lata y se la llevó a los labios soltando un suspiro de alivio; disfrutando del sabor azucarado de la cereza artificial. ¿Noé con una chica? ¿Era ella quien le había enviado mensajes? Tal vez fuera una amiga o… ¡No! Estaba claro que se trataba de una amiga. Todos aquellos interrogantes chillaron muy fuerte dentro de su cabeza. Jax llevó la mano a su sien para masajearla.

—Estáis los dos para el arrastre, los años pesan, eh…

Lo que les pesaba eran las responsabilidades y preocupaciones impropias de su edad; aun así, Leah tenía razón. Un tiempo atrás se metía en un montón de follones y era capaz de levantarse temprano e ir a trabajar. Era la manera de que su padre no se preocupara, mientras cumpliera con sus obligaciones en el taller, el hombre no solía decirle nada, mucho menos controlar lo que hacía o dejaba de hacer.

Esta vez, Jax se había pasado la mañana durmiendo y parte de la tarde aletargado; y no fue hasta que Noé apareció en su puerta que no había sido capaz de levantarse de la cama. Después de irse, se quedó las horas siguientes, repasando frente al espejo los diversos cortes y moratones que dibujaban un mapa en su cuerpo.

Lanzó un repaso rápido a Milo; no estaba mucho mejor, además, había advertido que cojeaba un poco. Ambos amigos se miraron y estallaron en una carcajada.

—Menudo es el tal Theo —soltó Milo, con una mezcla de admiración y fastidio—. El vigor de la juventud, supongo —añadió.

Sobre su regazo, Princesa se despertó. Después de ronronear un poco, rascó el pantalón y Milo la ayudó a descender del sofá. La cachorra se perdió junto con Invencible y Llorón por el pasillo.

—Te dieron fuerte —se burló Jax.

Milo lo observó con una ceja alzada y los azules ojos llenos de maldad antes de soltar una risotada y señalar una gran evidencia:

—Vas despeinado, seguro que no podías ni alzar los brazos para hacerte una coleta.

Lo había pillado.

Leah fue la primera que soltó una fuerte carcajada al tiempo que palmeaba con las manos, dando por buena la hipótesis de su novio.

Era cierto. Le dolía el hombro a rabiar.

—¿Te lo desenredo? —se ofreció Leah, con esperanza.

Le encantaba hacer peinados y en la peluquería donde trabajaba no la dejaban innovar demasiado, por eso siempre usaba a Noé para hacer sus pruebas, y a veces también a Jax; sobre todo en ocasiones como aquella, que no podía ni defenderse. Entendía por qué Milo se rapaba la cabeza. El pelinegro puso cara de resignación, que Leah interpretó como un permiso tácito; se fue corriendo a por sus enseres.

—Estamos jodidos —lamentó Milo en un suspiro, retomando la conversación.

—Venga, lo tuviste arrinconado.

La ferocidad de la pelea no le pasó inadvertida, a pesar de que tuvo sus propias dificultades para poner a su oponente contra las cuerdas. De hecho, todavía no tenía claro cuál habría sido el resultado si no los hubieran detenido. River fue una gran sorpresa. De lo que Jax no tenía dudas era de la absoluta victoria de su capitán.

—Un par de años atrás, lo habría hecho morder el polvo.

—Tal vez… —fingió que no lo tenía tan claro.

—¡¿Lo pones en duda?!

Jax se rio y una punzada de dolor a la altura de los riñones le recordó que no debía hacerlo

tan fuerte.

—Eres el mejor de todos, ¡es indiscutible! —se burló Leah. Había dejado el peine sobre la mesa y se disponía a humedecer el pelo de Jax—. ¿Habéis pensado qué hacer con Noé? —les preguntó, en tono serio.

A Jax le encantaba que le tocaran la cabeza. Cerró los ojos un instante, perdido en la sensación de las yemas de los dedos sobre su cuero cabelludo, pero ante tal pregunta volvió a abrirlos para clavarlos en Milo.

—Mi opinión ya la tienes —le dijo a su mejor amigo.

Milo se rascó la cabeza, pensativo.

Quisiera o no, Noé era ya parte de ellos. Con el regalo de su propia moto y dejarlo participar en la pelea, era una clara evidencia que formaba parte del grupo, era uno más.

—Lo sé, y tienes razón —concedió Milo. Luego se dejó caer contra el respaldo del sofá—. Además, sé que le haría ilusión.

—Tienes que hacerlo oficial, como con el resto —Jax sonrió—. ¿Lo viste ayer? Se defendió sin perderle el ritmo al otro, no le concedió ni una brecha por donde poder atacar —narró Jax, con admiración.

—Lo sé. Es bueno peleando y mucho mejor defendiéndose.

—Le has enseñado bien —afirmó Leah con una sonrisa.

—Hazme una de esas trenzas apretadas que duran un par de días —pidió Jax, ladeando la cabeza para poder hablar con ella.

—Así te ahorras peinarte, eh.

—Joder, no puedes ni imaginar qué dolor tengo en el hombro —lamentó el chico.

Sobre la mesa la alarma de Milo sonó, este gruñó un par de maldiciones antes de arrancar su culo del sofá. Tocaba trabajar. Entró en su dormitorio chillándole a Bola de nieve por dejar su sudadera llena de pelos. Era una escena familiar que se repetía una y otra vez, pero de la cual Jax no se cansaba.

El comedor de Milo era pequeño, con muebles viejos que parecían haber sido rescatados de un mercadillo. A pesar de su aspecto desvencijado, tenía un encanto hogareño en el que Jax se sentía muy a gusto. Los gatos campaban a sus anchas, saltando de una silla a otra o enroscándose en los cojines del sofá, como si fueran los verdaderos dueños del espacio.

Estaba disfrutando del placer de que lo peinaran. Leah, con su característico entusiasmo, le deshacía los nudos con una suavidad que le hacía cerrar los ojos y sonreír.

—Deberías hablar con Milo —murmuró ella; se había agachado para quedar a la altura de su oído y que la conversación quedara entre los dos.

—¿Qué…?

—Que él sea un idiota sin ojos en la cara no significa que yo también lo sea.

Jax sintió terror. Un sudor frío le empapó y si no fuera porque sería imposible, juraría que el suelo tembló bajo sus pies. Leah le tiró del pelo para que reaccionara.

—No sé de qué me hablas…

Intentó salirse por la tangente, pero sabía que era prácticamente imposible, no con Leah. Soltó un resoplido de resignación y contuvo el aliento esperando las siguientes palabras de ella.

—Solo hace falta ver cómo os miráis… No sé hasta dónde ha llegado el tema, pero que hay tema ni se duda.

—Eres demasiado lista… —suspiró Jax.

Aunque no podía verla, sabía que Leah tendría la expresión burlona con cierto toque de superioridad, algo que a veces se le notaba.

—Sea como sea, no dejes que se entere por nadie que no seáis vosotros.

—¿Crees que lo aceptará?

—No le va a quedar más remedio —dijo, aunque sin mucha convicción.

Leah se incorporó para seguir trenzando su cabello. Milo salió del dormitorio tras cambiarse de ropa, se quedó apoyado en el marco de la puerta con una actitud relajada, observando la escena con una media sonrisa.

—Lo haremos mañana por la noche —soltó Milo, de pronto.

Jax, todavía hundido en lo que le acababan de decir, se giró lentamente en dirección a Milo, sin saber a qué se refería. El otro debió de ver su desconcierto, porque añadió:

—Lo de Noé. Mañana por la noche haremos su bautizo, y oficialmente será uno más de los chicos de Hinkon.



CAPÍTULO ONCE



NOÉ

Tenía una voluntad inquebrantable y se le daba de muerte llevar hasta el límite la paciencia de su hermano. La más damnificada ante aquellas peleas era Leah, que tenía que soportar las quejas de uno y de otro e intentar mediar para que ambos llegaran a un punto de encuentro. Era complicado, pues tanto Noé como Milo tenían muy buenas cualidades, pero también muy malas, y la cabezonería se alzaba por encima de todas ellas.

—Dejadlo ya.

—¿Pero tengo razón o no?

—Sí. No… ¡No me metas!

Las heridas de Noé fueron superficiales y no necesitaron demasiado, no así Milo, algo más perjudicado, aunque tremendamente admirado por el «pequeño niño rico». Estaba tumbado en el sofá y su carcajada vino seguida de manera automática de un quejido de dolor.

Tan solo unas semanas atrás, había celebrado su cumpleaños en ese mismo lugar, y ya se preparaban para una nueva ocasión especial: su entrada en la pandilla. Noé estaba como loco de contento, ansioso, esperanzado y atemorizado al mismo tiempo. Para él, formar parte de Hinkon suponía un hito muy especial. La culminación de algo, no sabía muy bien el qué, pero bajo su piel latía una sensación apremiante.

—¿No eres tú el que dice que no soy distinto y que no deje que nadie me trate de manera especial?

Tocado y hundido. Ante aquella afirmación, Milo sería incapaz de responder.

—¿Disculpa? No soy «nadie»; soy tu hermano mayor y aquí mando yo.

—Manda Leah.

—Ahí le has dado, *Miau miau*. —Leah alzó la mano y Noé la chocó con ella.

—He dicho que te vas a bautizar con refresco y no se hable más.

—Eres un hipócrita, tú a los dieciséis bebías de todo.

—Yo soy yo y tú eres tú. Punto.

—¡Dictadura!

—¡Mis cojones! —Milo lo señaló con el dedo y después lo llevó a los labios, indicando que cerrara el pico de una vez.

Solo faltaban un par de horas para dar inicio a su ritual de entrada a la pandilla; se habían pasado las últimas tres discutiendo.

Milo era demasiado testarudo, pero en aquella ocasión Noé no daría su brazo a torcer. Quería hacerlo igual que los demás. Nada diferente. Llegaría allí, mostraría su respeto por los miembros más veteranos del grupo y daría un trago con ellos.

Y Milo, al final, tendría que ceder.

Las horas pasaron lentas, envuelto en un nerviosismo extraño. Cuando salió de casa, a pesar de las bajas temperaturas, ardía por dentro. Daba pequeños saltitos, cuatro adelante y uno hacia atrás, metiendo prisa a los otros dos que iban a paso de tortuga.

La emoción por llegar lo llevó a ascender los escalones a más velocidad que en toda su vida. Lo primero que vio al pisar el último peldaño fue la maravillosa sonrisa de Jax, con su canino torcido rozando el labio inferior.

Noé estaba sin aliento. No notaba el ardor de los muslos, solo la respiración irregular y, al ver a Jax, se le aceleró el corazón.

Estaban todos.

Hacía tiempo que aquello no ocurría.

Milo, Jax, Ric, Turbo, Liam, Hugo y los demás. Los conocía desde niño, los apreciaba como parte de su extraña y disfuncional familia. Entre saludos y manos embrollando su pelo como si fuese un maldito crío, llegó el momento.

Ni recordaba la de tardes que había pasado en el viejo Templo jugando, buscando tesoros que no eran más que baratijas estropeadas por el paso del tiempo o, más recientemente, acoplándose en las reuniones de la pandilla. Noé sonrió sin que el peso de la nostalgia empañara su dulce gesto.

Encendieron un par de fogatas para caldear el ambiente. Las llamaradas se alzaban al cielo, como si pretendieran borrar a lametazos cada estrella. Todo estaba listo, Milo los reunió en lo alto de la escalinata, frente a la entrada al Templo que se caía a pedazos.

Al final quién había convencido a su hermano no fue otra que Leah, como siempre. Ella era la única que tenía la varita mágica para hacer que los hermanos obedecieran.

Noé exhaló un suspiro y una bruma de vaho se extendió frente a la punta de su nariz. ¡Estaba pletórico! Totalmente emocionado y, pronto, algo achispado por el alcohol.

Con todos frente a él, Noé fue pasando de uno a otro, alzaba la copa a modo de saludo y después daba un trago, y cada uno de los miembros de Hinkon correspondió del mismo modo.

Liam, el único de la pandilla que ya no vivía en el barrio, pero que seguía siendo uno más; Ric, cuyas enseñanzas con los puños ahora le eran de gran utilidad; Hugo y Turbo, los más cercanos, siempre estaban en el taller de Jax. Todos ellos estaban ahí.

Lo aceptaban.

Lo había logrado.

Cuando llegó frente a Milo, se emocionó. Quería a su hermano, era su héroe, todo lo que quería ser en la vida. Estar frente a él, de igual a igual, después de todo por lo que habían pasado… Era la culminación de aquellos años juntos. Al abandono de sus padres, a la pérdida de muchas cosas, a los duros momentos, pero también a los felices.

Los ojos comenzaron a escocerle, y Milo estaba igual, aunque disimuló.

Los envolvió un murmullo divertido, voces alegres y miradas cómplices hasta que algo irrumpió estallando el momento. Fue como un trueno en el silencio, una nube negra en un despejado cielo de verano. El cambio no fue nada sutil. Noé se giró para ver el motivo de la discordia y allí lo vio.

Vestía unos vaqueros holgados de talle bajo y un jersey clarito de lana. Con el cabello suelto que caía como cascadas de oro hasta sus hombros y los ojos de un gris plomizo, tan intrigante como el motivo de su presencia.

—¿Qué diablos crees que haces?

El que habló no fue otro que Milo, que acompañó su rugido de un paso al frente e instintivamente muchos lo siguieron.

No daba crédito. Noé se tensó, ¿qué pretendía? ¿Qué le pasaba por la cabeza? Theo era como un amasijo de absurdidades incomprensibles que Noé estaba seguro perseguían alguna finalidad, aunque no supiera cuál.

Theo caminó despreocupado, sin detenerse, como si la cosa no fuera con él, con una arrogancia que ya había advertido muchas veces en su mirada. Justo en el momento en que Milo iba a intervenir, fue Noé el que se interpuso con una mano en el pecho de su hermano para que no avanzara más.

No le disgustaban las peleas y sería la guinda del pastel de su aceptación en la pandilla, pero

no contra Theo, ni de aquel modo.

No pudo evitar mosquearse, así que con ese enfado se dirigió a Theo; quería increparle por haber aparecido en su día. Si pretendía joderle, no lo permitiría. Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron, Noé estalló en una carcajada.

El silencio condensado se rompió por aquellas risas y pronto por los murmullos a su alrededor. A las risotadas de Noé se le unieron las de Theo, aunque algo más comedidas, quizá en el fondo era consciente de que estaba pisando hielo quebradizo.

—¿Tanta prisa tienes por morir? —inquirió Noé, con las carcajadas picándole en la garganta.

Theo alzó los hombros con indiferencia, luchando para ponerse serio. Alzó la mano y River, que justo estaba parado a su lado, depositó en ella un paquete. Si alguien tuviera que describir aquel dúo, la única palabra que se le vendría a la mente sería extraño. Theo era un niñato rico que estaba de vuelta de todo, hasta de la cordura. No obstante, River parecía un chico sencillo, distante y mucho más sensato. ¿Qué hacían juntos? Noé no lo sabía.

—Solo quería pasar a felicitarte. —Su tono era neutro, como si no estuviera rodeado de enemigos—. Y tengo un regalo.

Noé intuyó movimientos a su espalda. Los chicos de Hinkon habían quedado detrás de él y se palpaba el nerviosismo. Milo estaba justo a su lado y Jax… Noé lo buscó con la mirada. Sus ojos oscuros ardían como el fuego. Sin duda, Theo estaba llevando al límite su paciencia. Lo supo por la manera de apretar los puños y cómo parecía luchar por no lanzarse en busca de una buena pelea. A pesar de sus esfuerzos, no pudo callar.

—Tsk, eres tan impresionante… —La ronca voz de Jax rompió el extraño silencio—. Es lo que pretendes que digamos, ¿no? Qué impresionante es que se atreve a irrumpir en una de las reuniones de sus rivales… Por eso estás aquí solo…

River adelantó un paso, el mensaje fue claro: Theo no estaba solo. Fue el turno de Milo de soltar una carcajada; aunque toda su expresión se tornó beligerante.

—Tiene agallas…

—Creo que deberías marcharte ya —propuso Noé.

Las chispas saltaban peligrosas como en un campo de yesca seca y, si prendían, el fuego sería incontrolable.

—¿Y el regalo? —Theo zarandeó el paquete.

Era increíble. Su desfachatez no conocía límites. Noé adelantó un paso, ignorando el gesto de su hermano, que pretendía detenerlo. Theo parecía el único disfrutando de tan incómoda situación, pues a su lado la expresión de River era todo un poema.

—¿Un libro? —dudó Noé, al sopesar el paquete.

—*Romeo y Julieta* —soltó Theo, con media sonrisa embaucadoramente canalla.

La respuesta de Jax no se hizo esperar: se lanzó adelante dispuesto a todo, River apartó de un empujón a Theo y se interpuso, recibiendo un golpe directo a la mandíbula.

La sangre salpicó.

Fue una escena rápida, digna de una película de acción. River era un auténtico guardaespaldas.

—Tranquila, pantera, ya nos marchamos. —Theo se pasó la mano por el cabello, echándolo atrás con gesto despreocupado—. Vuestra fiestecita puede continuar.

JAX

Tardó horas y unas cuantas birras lograr que se le pasara la irritación. Quizás por los efectos anestésicos del alcohol, los celos, asquerosos e insanos, terminaron por difuminarse; o al menos ya no se atragantaba con ellos.

La fiesta continuaba, a pesar de la interrupción. Y aunque ya no estaba cabreado, le jodía enormemente que elogiaran la valentía de Theo por haberse presentado allí.

No era valiente, era estúpido.

Un bastardo temerario con algodón en vez de cerebro.

Un niñato imbécil sin una pizca de respeto.

Acababa de provocarles y ellos no habían respondido. Bueno, él sí lo había hecho, muestra de ello era que la ropa de Noé seguía salpicada con la sangre de River.

—¿Estás mejor?

Una vez que los nervios se calmaron, Noé siguió como si nada. De un lado a otro, feliz, hablando con todos, derrochando esa simpatía innata que siempre rebosaba. Era imposible que alguien siguiera enfadado después de charlar un rato con el animado Noé. Lograba que todo en el mundo se volviera de color de rosa, era su superpoder.

Cuando se giró hacia él y vio su enorme sonrisa decorando su cara, Jax soltó un suspiro y los resquicios del mal rato se esfumaron.

—¿Celos? —insistió el chico, con un fino hilo de voz.

Jax negó con la cabeza. Dio un último trago a la lata de cerveza y la tiró. Con solo estirar los dedos podría acariciarlo, o cogerle de la mano, y no poder hacerlo era una tortura. Tal vez Noé pensaba lo mismo, porque ladeó la cabeza de manera disimulada, como si buscara algo con la mirada y, al hacerlo, sus rostros quedaron juntos, tal vez demasiado.

—Me gustaría poder besarte. —Su voz fue suave, pero resonó en cada recoveco de su corazón. Jax tragó con dificultad.

¿Besarlo? Sería imposible conformarse solo con eso. Lo quería todo de Noé, robarle el aliento y grabar a fuego cada parte de su cuerpo. Estaban tan juntos que sus respiraciones se mezclaban, el cosquilleo sobre sus labios incrementó y, por un segundo, estuvo tentado de mandarlo todo a la mierda, ponerse en pie y proclamar a los cuatro vientos todo lo que sentía por ese chico.

Sus manos se rozaron levemente, la piel de Noé estaba fría, pero era tan suave… Deslizó la yema de los dedos por los nudillos, bajo la atenta mirada de Noé, que sonreía de manera tímida. A pesar de que no sintiera nada de manera física, Jax podía entender el batiburrillo emocional que burbujeaba en su interior, porque él estaba igual.

—Están todos muy borrachos —dijo, lanzando una veloz mirada a su alrededor—. Bueno, yo también lo estoy un poco. —En aquel punto, la determinación flaqueó.

Quería proponerle a Noé escabullirse, tal vez ir al taller, lo que por distancia les quedaba más cerca, y seguir con esas caricias en la intimidad. Pero había bebido y no quería que la desinhibición propia del alcohol y sus ansias por quererlo le hicieran hacer algo de lo que después se arrepintiera.

En verdad, no quería meter la pata, pero su cerebro no funcionaba con normalidad, así que tras dejar caer un momento la cabeza sobre hombro ajeno, llevó sus labios cerca de su oreja y habló:

—Vámonos —rezongó, encendido—. Quiero que estemos solos.

Las calles estaban desiertas, el barrio hacía horas que dormía y ellos se apresuraron a llegar al taller, comiéndose a besos en cada esquina poco iluminada, en cada uno de los callejones, apartados de la vista de todos.

Les faltaba el aliento.

Jax tuvo dificultades para sacar la llave del bolsillo del pantalón. Las ansias los consumían. El fuego que ya se encendía bajo sus pantalones y que amenazaba con abrasarle entero.

Empujó a Noé al interior, se giró para cerrar la puerta, pero el otro tiró de él con ímpetu. Al volverse, la parte superior de la ropa del chico había desaparecido.

La piel de Noé era muy blanca, de músculos suaves, pero bien definidos. Le dio un repaso de arriba a abajo y su mirada se clavó en los pezones, sonrosados y endurecidos por el frío, o tal vez por la excitación. Jax no soportó aquella visión, y se lanzó a por él, en busca de esos dos pequeños montículos tan apetitosos.

No sabía ni cómo se lo habían montado para llegar al sofá, tampoco a cuál de los dos se le ocurrió echar una sábana por encima. En su mente todo estaba borroso y era confuso. Estaba sin aliento y le faltaban manos para poder tocar cada parte de la piel expuesta. La respiración de Noé también era agitada y pronto empezó a soltar roncos gemidos que encendieron todavía más a Jax.

—Te quiero —le susurró con los labios pegados a la curva de su cuello y la mano rebasando el filo del borde del pantalón—. Te quiero mucho, Noé…

Aquella fue una declaración en toda regla, tal vez envalentonado por el alcohol, aunque sin duda amor era lo que sentía, lo que llevaba años aprisionado en su corazón. Amaba a Noé, cada parte de él, sus debilidades y sus fortalezas, todo.

Noé soltó un gemido al escucharlo decir aquello, tiró de su nuca buscando sus labios y lo besó con fuerza.

—¿Sabes una cosa? Yo también te quiero —le soltó, mordiendo su labio.

Jax enloqueció. Siguió acariciándole, ya con la mano totalmente por dentro del pantalón, buscando el roce, notando el calor y la ligera humedad que se acumulaba en la prenda.

—Si algo no te gusta, solo pídeme que pare.

—No te detengas —jadeó el chico.

Jax soltó una risotada.

Con un par de ágiles movimientos lo desprendió de la totalidad de la ropa y, al mirarle, casi se atragantó. Era precioso. Perfecto. Su sueño hecho realidad.

—No me mires así —pidió, ruborizado.

—Joder, eres tan *sexy*…

Noé llevó las manos a la cara, muerto de vergüenza, pero lo dejó seguir deleitándose ante tan perfecta estampa. Jax se quitó la camiseta y lo abrazó, y por fin pudo sentir cómo sus pieles se fundían. Era una sensación maravillosa que Noé no podía disfrutar del mismo modo que lo hacía él, pero, sin duda, lo disfrutaba. Lo sabía por sus gemidos, por cómo las mejillas se le enrojecieron, o el temblor de sus manos, hasta por la humedad en el filo de sus ojos.

Jax llevó de nuevo la mano al bajo vientre, enredando los dedos en el vello, tan rubio que era prácticamente translúcido.

Estaba bañado por la inmadurez juvenil, sin embargo, el tamaño de su erección no debía subestimarse. Jax lo acarició y notó cómo temblaba.

Se arrodilló en el suelo entre sus piernas. Primero colmó de besos sus muslos, hasta llegar al inguinal. Alzó la mirada y se topó con esos dos zafiros que lo observaban con el deleite contenido.

—Voy a chupártela —anunció, y esperó un gesto de afirmación.

—¡Oh! ¡Joder! —exclamó Noé cuando Jax lo envolvió con la lengua.

Las contracciones de su abdomen y la manera en que le tiró del pelo para que parase, le indicaron que estaba a punto de terminar.

—Quiero hacerlo —pidió Noé.

Jax alzó la mirada con su polla todavía aferrada y le dio un largo lametón, de la raíz a la punta.

—Y lo haremos, pero hoy no.

La expresión de decepción no se hizo esperar. Jax volvió a chuparlo, con una pícara sonrisa imposible de ocultar.

—Hoy disfruta de esto —dijo, y continuó con su trabajo.

Claro que se moría de ganas de hacerle el amor, pero no en aquel momento, ni en aquel lugar. Además, tenía que admitir que tener sexo con Noé era todo un reto, no soportaba la idea de hacerle daño, solo quería darle placer.



CAPÍTULO DOCE



NOÉ

Noé despertó aquella mañana en un estado de feliz confusión. Aunque le dolía la cabeza y sentía el cuerpo entumecido por la postura. No sabía qué hora era y tampoco le importaba. Cuando sus párpados por fin se separaron, lo primero que vio fue la dulce mirada de Jax, junto con su sonrisa que dejaba entrever su diente torcido. Ninguno de los dos habló, no querían romper el momento. Noé se encajó mejor entre el borde del sofá y Jax, tan al filo que si se movía terminaría en el suelo, tan seguro por estar rodeado por su abrazo que sabía que aquello no ocurriría.

Al pensar en la escena de unas horas atrás, enrojeció. El sonido húmedo que se alzó, el olor a sudor y sexo, aunque lo que más le excitó fue ver la mirada de Jax, una mezcla entre placer, amor y posesión.

No quería levantarse todavía; necesitaba alargarlo un poco más. Seguía desnudo y Jax tan solo estaba cubierto por la ropa interior. Tenía el cuerpo muy bien proporcionado, con músculos marcados y el mapa de viejas cicatrices que contaban una historia. Noé deslizó la mano por el pecho, cubierto de una fina capa de vello. Jax descendió el rostro para besar su frente y allí se quedó, con los labios sobre su piel. Seguro que cosquilleaba, o tal vez el tacto fuese rasposo por la incipiente barba; no lo sabía, pero le gustaba igual. El momento de intimidad que acababan de crear, la burbuja en la que solo tenían cabida ellos dos.

Nadie más.

—¡Jaaaaax! —El rugido, seguido de golpes metálicos, llegaron desde el otro lado de la persiana—. ¿Estás? ¡Abre!

Ambos chicos saltaron del sofá.

—¿Qué mierda…? —balbuceó Noé, buscando sus calzoncillos.

¿Qué hacía Milo allí? ¿Qué hora era? Jax se enfundó los pantalones y le lanzó a Noé la camiseta. Al otro lado los golpes habían cesado, aunque solo era el instante de calma al que precedería una fuerte tempestad, porque antes siquiera de recordar si cerraron la puerta de atrás, Milo la abrió, irrumpiendo en el taller.

Estaba alterado por algún motivo que desconocía, pero cuando los vio, juntos, medio desnudos, despeinados… Noé se había puesto la parte de arriba, sin embargo, sus piernas seguían al aire; Jax al contrario, acababa de abrocharse los vaqueros, nada más. No había manera de maquillar la realidad. La expresión de Milo se transfiguró, con el rostro crispado de pura ira.

—¡Espera, Milo!

El grito de Noé no frenó a su hermano, que, en dos zancadas, estaba frente al pelinegro, alzó la mano y lo golpeó con tanta fuerza que este perdió pie y cayó al suelo. Si instantes antes la esencia del taller desprendía pura dulzura, paz y tranquilidad, de pronto fue sustituida por el ferroso aroma de la sangre.

En menos de un parpadeo, Milo tenía en la mano una de las herramientas y caminaba furioso en dirección al otro, que todavía no se había puesto en pie.

—¡Para! ¿Qué cojones haces? —gritó Noé, desesperado.

Saltó sobre su hermano y este se lo sacudió con violencia; Noé salió despedido contra uno de los carros donde se guardaban materiales, que se derrumbó junto con el cuerpo del chico. Nada dolió, aunque su visión se tornó roja por la cantidad de sangre que descendía de su frente.

—¿Te has vuelto loco? —gritó entonces Jax.

Noé no veía con claridad, tan solo escuchó un nuevo golpe y, antes de ser consciente del

todo, alguien estaba a su lado. Jax susurró palabras que no alcanzó a entender y le pasó la mano por la cara, para quitar los restos de sangre. Debía de tener una buena brecha.

—¡No lo toques! —bramó Milo, de nuevo a la carga.

Cogió a Jax del brazo y lo tiró contra la pared para alejarlo. Aquello no podía estar pasando, ¿cómo habían llegado a ese extremo? Noé se atragantó con sus palabras, quería gritarle que se detuviera y los escuchara, pero su voz no salió. Su respiración estaba tan agitada que pronto se dio cuenta de que no le entraba nada de aire, se ahogaba. Luchó contra la falta de oxígeno, llevó las manos al cuello e intentó respirar. Un nuevo ruido consiguió sacarlo del trance. Esta vez fue Milo quien terminó de bruces contra el suelo.

Se estaban peleando. Los dos mejores amigos del mundo peleaban y todo era por su culpa.

Las lágrimas descendían como cascadas por sus mejillas y una tremenda congoja lo aplastó.

—¿Estás bien? —preguntó Jax, de nuevo a su lado.

No pudo contestar. Milo volvió a arremeter contra ellos, contra los dos.

—¡Basta, Milo! ¡Noé está sangrando!

Jax se levantó para quedarse parado frente a él, como si fuese un escudo humano. Los ojos de su hermano destilaban tanta rabia que asustaba, Noé no recordaba haberlo visto perder el control de aquel modo jamás. A pesar del mareo, se levantó.

El taller era un desastre, las herramientas estaban desperdigadas por el suelo y había manchas de sangre por donde mirara. Se asustó al ver tal cantidad. Osciló la vista hasta encontrarse con Jax. De su pecho desnudo descendían regueros sanguinolentos, y tenía el pelo empapado y apelmazado. Cuando quiso acercarse de nuevo a él, algo se lo impidió. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo moverse.

—¡Maldita sea! —gritó Milo, y tiró de él para separarlo de Jax—. ¿Cómo has podido?

—Milo…

La mano de su hermano se alzó; Noé no creyó que fuera a golpearlo, pero inconscientemente se plegó sobre sí mismo. El impacto no llegó, porque Jax lo detuvo, agarrando el brazo que lo amenazaba en el aire. Las fuerzas de los dos chocaron y, por un instante, nada se movió.

—Tranquilízate… —pidió Jax, con los dientes apretados por el esfuerzo.

—Milo, escucha…

Sabía que si se lo explicaba, si hablaba con Milo y le contaba lo que pasaba, lo mucho que se querían, lo que sentían el uno por el otro, lo entendería. Su hermano lo comprendería, porque Milo siempre estaba de su lado, siempre lo apoyaba y protegía. Era el pilar sobre el que sustentaba toda la confianza que le quedaba en la vida.

Pero cuando buscó los ojos de Milo, solo vio rabia y un profundo dolor.

Noé enmudeció.

En un rápido intercambio de movimientos, Milo se zafó del agarre, tomó a Noé del brazo y lo arrastró hasta la puerta trasera. Fue brusco, pero en los pocos pasos pareció que comprobaba el estado de Noé. Después, lo empujó a la calle.

—Vete, o no respondo —advirtió el mayor.

Noé lanzó una última mirada a los dos hombres más importantes de su vida. No quería, pero sabía que si se quedaba empeoraría las cosas. Milo no atendería a razones así que claudicó y se mostró obediente.

—Está bien, ¿sí? Me voy… —intentaba buscar el contacto visual con su hermano al tiempo que hablaba—, pero Milo, por favor, déjame que te lo explique todo —suplicó Noé, cogiéndolo del brazo hasta que este se lo sacudió—. Te espero en casa, ¿vale? Milo, por favor… Ven a casa y hablemos.

La puerta se cerró frente a sus narices sin que su hermano dijese nada más.

Las gotas de lágrimas y sangre descendían como ríos carmín que tiznaban sus mejillas. Corrió hasta casa, buscando a la única persona que podía detener la pelea.

Subió los escalones de dos en dos. Le faltaba el aliento. No se dio cuenta de que iba descalzo, tampoco llevaba pantalones; nada de aquello lo frenó. Cayó sobre la puerta y la aporreó con los puños insistentemente; gritó a pleno pulmón mientras arremetía con locura contra la madera.

—¡Joder! ¿Quién…? ¿Noé? Mierda, Noé, ¿qué ha pasado?

JAX

Todo había ocurrido tan deprisa que su cabeza seguía procesando la información cuando de nuevo se encontró frente a frente con Milo. Con la cara desencajada de la rabia y los ojos al borde del llanto.

Cabreado y dolido.

Jax sintió un nudo en el estómago. Quiso hablar, pedirle perdón, pero las palabras se quedaron atrapadas en su caja torácica cuando impactó contra la pared donde acababan de estamparlo.

Resonó hueco en su interior, como si los pulmones se le hubieran desplazado.

—Tienes que estar de puta coña… —Aquel grito llegó acompañado de un puñetazo—. ¡ES MI HERMANO! ¡Joder!

Una lluvia de golpes que apenas pudo detener lo dejó aturdido.

—Milo… —balbuceó, y una bocanada de sangre manchó a su interlocutor.

—¡Cállate! —rugió sin detener el ataque—. Te metí en mi casa, en nuestras vidas… ¡Me has traicionado!

Una mezcla de sudor y sangre se escurría por su frente, pómulos y mentón; durante un momento todo quedó detenido salvo por el goteo constante que creó una mancha rojiza en el suelo. Les faltaba el aliento.

Lo último que pretendía era hacerle daño a su mejor amigo, pero las cosas habían salido de aquella manera, tocaba afrontarlo. En el fondo, siempre lo supo.

Milo no mostraba la menor comprensión cuando se trataba de asuntos que afectaban directamente a Noé. Su sobreprotección y la rabia contenida ante cualquier peligro que acechara a su hermano menor lo hacían inflexible. Esta actitud se debía tanto al amor profundo que sentía por Noé como al miedo constante de perderlo, algo que jamás admitiría en voz alta.

—¿Cómo has podido? Entonces… —comenzó Milo, con un hilo de voz—, tú eres el motivo por el que no quiere ir al sitio ese de las matemáticas, y por el que tampoco va a seguir estudiando.

Aquella información era nueva para Jax y por un momento se quedó en *shock*. Nunca le había preguntado a Noé cuáles eran sus planes para el futuro, siempre dio por sentado que, con lo inteligente que era, seguiría con sus estudios. Tal vez influenciado por las expectativas de Milo y sus propias ambiciones, ambos no lograron terminar el instituto, y, de forma inconsciente, proyectaron en Noé esa frustración.

Jax titubeó.

Estaban separados por un par de pasos, toda la rabia incontrolable inicial dio lugar a una apatía extraña. Milo era una marioneta con los hilos recién cortados. Todavía se mantenía en pie, pero de un momento a otro caería.

—Déjame que te lo explique.

—Eres un hijo de puta.

—¡Joder! Tienes que escucharme —gritó, cabreado—. Estoy enamorado de tu hermano.

Los ojos de Milo recobraron el brillo de la batalla. Apretó los puños, pero antes de poder moverse, Jax fue más rápido y se apartó.

—Desde hace mucho tiempo… Le quiero —añadió. Si no era por las buenas, se lo haría entender por las malas.

Ambos hombres se miraron antes de lanzarse el uno contra el otro. Milo esquivó el primer golpe de Jax, girándose rápidamente y lanzando un puñetazo que impactó en el estómago de su oponente. Se dobló, pero respondió con una patada lateral que hizo retroceder al otro.

—¡Estarás con mi hermano por encima de mi cadáver!

Si así tenía que ser, que así fuera.

No se detuvieron ni un segundo. Milo lanzó un derechazo que apenas bloqueó con su antebrazo. Con un rápido movimiento, esquivó otro puñetazo, Milo se agachó y lo agarró por la cintura, levantándolo del suelo y arrojándolo contra una pared. Jax cayó pesadamente; antes de que pudiera recuperarse, el otro se abalanzó sobre él, agarrándolo por el cuello con una mano firme y segura.

—¡Joder! ¿Os habéis vuelto locos? ¡Parad!

La femenina voz los sorprendió por la espalda, pero a pesar de aquella interrupción, Milo no soltó el agarre, al contrario: la presencia de Leah lo incomodó tanto que apretó más su cuello, hasta que, por un momento, Jax pensó que se lo partiría.

Los ojos de Milo ardían con una mezcla de furia y determinación, mientras mantenía su agarre, respirando pesadamente. Finalmente, Jax dejó caer los brazos, aceptando la derrota.

—¿Qué cojones haces, Milo? —le increpó ella—. Suéltale.

Leah caminó con cautela, era consciente de que acercarse a dos bestias enfrascadas en una pelea podía llegar a ser peligroso. Jax quería decirle a la chica que no se preocupara, pero con dificultades apenas le entraba un hilo de aire para mantenerse consciente. Al final, la garra contra su garganta se abrió, permitiéndole respirar. El odio que desprendían los azules ojos de Milo era más profundo que un océano y sus siguientes palabras lo dejaron congelado en el lugar:

—Para mí, estás muerto —escupió con rabia.

Y sin volver a dedicarle una mirada, se marchó.

—Pero ¡joder! —Leah dudo, quiso salir corriendo tras Milo, pero Jax tiró de ella para frenarla.

—¿Y Noé? ¿Está bien?

Leah dirigió su atención a la puerta por donde su novio acababa de desaparecer, y regresó a él. Estaba alterada, con los ojos enrojecidos al borde del llanto. Aun así, tomó una respiración para reponerse y asintió.

—Tenía una fuerte brecha en la frente; tengo que llevarlo al hospital, pero no quería moverse si antes no venía… Qué diablos, Jax, ¡te dije que tenías que contárselo…!

—Lo siento, no quería que terminara así…

—No es tu culpa.

Aquellas palabras aliviaron su corazón.

—Yo…

—No te preocupes. —Leah alargó la mano y la enredó en su cabello, tanteando el lugar por donde seguía sangrando, valorando la profundidad del corte—. Se le pasará. Dale tiempo, ya lo conoces.

Jax asintió. Lo conocía muy bien. Milo era su mejor amigo, casi como su hermano. Por eso le dolía tanto la situación. Miró a los ojos de la chica, tan tristes que lograron que se sintiera peor. Al final la había cagado y les acababa de poner las cosas difíciles a todos.

—Aunque tiene razón… —susurró Jax.

¿La tenía? Necesitaba reordenar sus ideas.

—¿Qué? ¡No! ¡No la tiene!

—Lo mejor será… —Le falló la voz, así que carraspeó para intentarlo de nuevo—: Voy a

marcharme unos días.

—¿Por qué? ¿Dónde vas a ir?

Era una excelente pregunta. No le quedaba nada ni nadie en el mundo, ellos eran su única familia y el barrio el único lugar al que pertenecía.

Pero no podía dejar que Noé le viera en aquel estado. A sus heridas de la pelea contra River se le acababan de unir unas nuevas, apenas podía caminar y el hombro le dolía como si le hubieran arrancado el brazo.

—No lo sé, pero lo mejor es que desaparezca.

Además, quizá así Milo enfriaba la cabeza.

El suelo estaba desordenado, lleno de herramientas y piezas, y en la pelea una de las motos había caído al suelo. Ni se molestó en levantarla. Tomó un papel y garabateó una despedida. Sacó las llaves del bolsillo para desprender del llavero la del taller.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó Leah cuando alargó ambas cosas en su dirección.

—Dáselo a Noé y dile… Bueno, no le digas nada.

—Pero Jax…

—Lo siento mucho, Leah —dijo, rompiendo a llorar—. Lo siento muchísimo.

Jax miró el taller que tanto amaba una vez más y se marchó, dejando a Leah totalmente desconcertada.



CAPÍTULO TRECE



NOÉ

Le habían dado cuatro puntos y recomendaron que se quedara un par de días en casa. «Si le duele, que vuelva». Pero lo que le dolía era el corazón.

Cuando Leah lo dejó a solas en la habitación y apagó la luz, fue el pistoletazo de salida para todas las lágrimas que tenía acumuladas. Lloró acurrucado en la cama, con un tremendo agujero en el pecho que no podía sentir, pero que sabía que estaba ahí y era real.

Verlos pelear fue lo peor del mundo.

La lluvia golpeaba contra la ventana y así siguió hasta el amanecer.

El día estaba tan gris como su humor. Le costó levantarse de la cama, intuyó que por el cansancio y las largas horas sin conciliar el sueño. El piso estaba en absoluto silencio; se vistió con ropa deportiva y salió de la habitación. Pensó que estaba solo hasta que, al entrar en la cocina, se encontró con Milo.

No sabía cuándo había llegado. Cuando Leah y él volvieron del hospital, todavía no había rastro de su hermano. La pelea había dejado diferentes marcas y señales en su rostro y cuello, la parte visible por la sudadera. Milo ni siquiera alzó la mirada, lo ignoró. Se tomó lo que quedaba en su taza y se levantó para marcharse.

—Espera… —intentó llamar su atención—. Milo, por favor…—suplicó, siguiéndole por el pasillo.

Su hermano agarró la mochila que estaba tirada en el suelo y se marchó. El sonido de la puerta hizo que Noé diera un respingo. Tuvo que aguantar las ganas de llorar, o quizá era que ya se había secado por dentro.

Se quedó ahí parado, sin saber qué hacer a continuación.

Leah le había dado la nota de Jax, una simple disculpa y la promesa de que volvería. ¿Dónde estaba? Jax no tenía más familia que ellos.

Noé se sentó en el sofá, acurrucado contra Invencible, que, como intuyendo que lo que necesitaba, por primera vez se dejó manosear.

Con la lluvia que no había cesado durante horas, las calles estaban desérticas. Se le hizo muy extraño entrar en el taller sin que Jax estuviera dentro, era como invadir su privacidad, pero, si le había hecho llegar la llave, era porque quería que la usara.

Las marcas de la pelea seguían visibles. Herramientas por el suelo, una de las motocicletas tiradas y sangre, mucha sangre. Noé se estremeció; ¿cómo estaría? ¿Se encontraba bien? Comenzó a recoger mientras reflexionaba sobre la tarde anterior. Pensaba en la conversación que debió tener con Milo mucho antes, quizá años atrás. Si hubiera sido más sincero con su hermano, tal vez no habrían llegado a ese extremo. No habría tenido que soportar las constantes preguntas o bromas sobre conseguirse una novia. Ni habría pasado por el mal rato cuando Milo le mostró dónde guardaba los preservativos, «para cuando te traigas a una chica».

La culpa era suya. Debió ser sincero con su hermano y así se habrían evitado aquellos momentos.

Se sentó en el suelo y miró alrededor. Se había distraído por unas horas limpiando, no notaba dolor, tampoco el cansancio. Sin Jax y sin su hermano, Noé se sintió más solo que nunca. Con una profunda tristeza que no sabía cómo gestionar, pero llorar no era la solución.

Sacó el móvil y se puso en contacto con la única persona a quien, en ese momento, le apetecía ver. ¿Por qué Theo de entre todos? No era su amigo, o al menos no debería serlo. Sin

embargo, en esas semanas había llegado a pensar que tal vez era la única persona capaz de entenderlo. Había algo en su manera de actuar, en su retorcido sentido del humor y en la forma en que afrontaba la vida, que le hacía sentir una conexión. Aunque lo tenía desconcertado. Por un lado, sabía que solo se aprovechaba en su propio interés, pero a la vez, sentía que era un buen chico y, a su manera, se preocupaba por él. Y si lo había llamado, también era porque a pesar de tener a mucha gente alrededor, no quería involucrar a nadie. No quería que el resto de la pandilla tuviera que tomar partido a un lado u otro. No quería hacerles eso. Bastante la había cagado ya.

Era última hora de la noche cuando se encontraron, como siempre, en el parque. Por un segundo estuvo tentado de decirle que fuera al taller, porque no quería moverse de allí. Después, pensó que a Jax no le haría ni pizca de gracia; y si llegaba a oídos de Milo, las cosas entre ellos todavía estarían más tensas. Si es que era posible.

Nunca habían estado realmente enfadados. Claro, se habían peleado millones de veces, como cualquier par de hermanos, era una parte fundamental de su relación. Pero esos conflictos siempre se resolvían rápido. Que Milo ni siquiera lo mirara, le resultaba extremadamente doloroso.

Como casi todas las veces, Theo llegó acompañado de River. Conversaban de manera animada, o más bien Theo hablaba y el otro escuchaba con mucha atención, aunque con expresión relajada. No fue hasta que sus miradas se encontraron que el moreno cambió su semblante y su mirada se endureció. A Noé le quedó claro que River estaba ahí en contra de su voluntad.

Quizá había metido la pata al llamarle.

—*Oh, Romeo, eres tú Romeo*… —soltó Theo con una carcajada. Después se apresuró en su dirección y tomó asiento a su lado.

—Corta el rollo, no estoy de humor.

La lluvia había cesado, pero el ambiente seguía húmedo y el banco estaba mojado. El agua caló por los pantalones y empezó a mojarle el culo. A diferencia de él, que ni ganas de vestirse había tenido, Theo llevaba un traje con camisa y corbata; quizá en otra persona ese atuendo resultaría ridículo, pero Theo parecía estar hecho para eso. Era elegante, casi imponente. Desprendía seguridad en sí mismo y un halo carismático que lo envolvía por completo.

—Entonces, querido Noé, ¿qué quieres de mí?

Aquella pregunta sonó extremadamente burlona, pero Noé supo que hablaba con sinceridad. Noé recogió los pies sobre el banco y abrazó sus rodillas para darse un calor que era incapaz de sentir.

—No lo sé. Hablar, supongo.

—Por supuesto, aunque me temo que no soy muy bueno escuchando.

Noé sonrió sin ganas.

—Ha pasado algo… Milo y Jax… y… Bueno… Mi hermano está tan cabreado que esta mañana ni me ha mirado a la cara —balbuceó, consciente de que lo que decía no tenía demasiado sentido.

—¿Porque eres gay?

Fue como si cayera un trueno en un día despejado. La expresión de Noé, ya de por sí rígida, se congeló todavía más.

—¿Lo sabes?

Theo sonrió de medio lado.

—Yo lo sé todo.

Noé se pasó la mano por el pelo, agobiado. Siempre supo que algún día tendría que «salir del

armario», pero nunca imaginó que sería así ni en esas circunstancias. Se sentía expuesto, aunque, extrañamente, también aliviado y comprendido por Theo.

—¿Y qué piensas?

—¿De que te gusten los tíos o de que tu hermano sea un homófobo de mierda?

Aquella declaración le impactó. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que Milo hubiera reaccionado de aquel modo por homofobia. Que juzgara a su hermano con tal ligereza le molestó hasta tal punto que instintivamente reaccionó como llevaba toda la vida haciendo, como había visto que reaccionaba prácticamente todo el mundo a su alrededor. Lanzó una mano hacia adelante con clara intención de agarrar del cuello a Theo y hacerle tragar sus palabras, sin embargo, antes de que sus dedos lo rozaran siquiera, una fuerte garra le frenó. Noé ladeó el rostro para encontrarse con la fría expresión de River, que con una sola mirada le dio a entender que, si lo intentaba, traería consecuencias.

—Tranquilo. —Theo extendió la mano y la apoyó en el antebrazo de River. Sus ojos se encontraron y se mantuvieron por un instante—. No pasa nada.

Noé reconoció esa mirada, ya la había visto antes. Finalmente, entendió la conexión entre ambos. Tras unos segundos, River lo soltó, convencido de que sus intenciones homicidas se habían desvanecido. Luego, le tendió algo en su dirección.

—Para ti —le dijo, y era la primera vez que el segundo al mando de Tomi le hablaba de manera directa.

Descolocado, Noé cogió lo que River le daba, era una caja y dentro había un bocadillo. Noé lo miró con curiosidad.

—Me apuesto lo que quieras a que no has comido nada —explicó River. Después se alejó para darles intimidad.

—Lo siento, yo… —Noé se sintió conmovido y, a la vez, avergonzado—. Perdona, no quería reaccionar de este modo, es solo que…

—Estás jodido, lo sé —le interrumpió Theo.

Noé asintió con un gesto de cabeza.

—Debería haber hablado con mi hermano y explicarle lo que sentía… Es mi culpa.

Theo lo miró con una expresión reprobatoria, pero no dijo nada. Le quitó de las manos la caja y retiró el envoltorio antes de devolvérsela. Hasta que no dio el primer bocado, Noé no se dio cuenta del hambre que tenía, estaba famélico.

—Entonces, todo es culpa tuya —dijo Theo, dándole pie a que siguiera.

—Sí… —respondió Noé, pero antes de añadir más, recapacitó.

Necesitó la mirada burlona de Theo para reformular aquello que sentía en su interior. Sí, tenía parte de culpa y se sentía triste por ello, pero también estaba cabreado. ¿Por qué siempre tenía que sentirse responsable de todo? ¡No era justo!

—¡No! —exclamó de pronto sacudiendo las manos, lo que casi logró que se le cayera la cena —. Mi hermano es un gilipollas. Entró y, al vernos juntos, sacó sus propias conclusiones. No dejó ni que me explicara… Empezó a golpear a Jax. ¡Joder! ¿Y por qué cojones se ha largado? ¡Me ha dejado solo! Siguen tratándome como a un crío y toman decisiones por mí, como si yo no pintara nada. —Noé estaba frustrado y, después de todo el día aguantando lo que se comprimía en su interior, estalló—. No puedes imaginarlo, pasé de rozar el cielo a verme en el infierno en un parpadeo.

Theo, que hasta el momento lo había mirado fijamente, desvió los ojos al cielo. Fue como si meditara si hablar o seguir escuchando, así que Noé se calló, esperando una palabra, tal vez un consejo…

—Aunque no lo creas, he pasado por algo parecido.

—¿En serio?

Theo le dedicó una sonrisa melancólica, tan sincera que, en aquel instante, Noé pudo intuir todo lo roto que se escondía bajo aquella superficie tan perfecta.

El rubio se acercó, apoyando una mano en el hombro de Noé, suspiró y se inclinó hacia atrás antes de continuar.

—Hubo un chico… Hace ya algún tiempo… —dijo; su voz bajó a un susurro. Theo siempre hablaba de manera un tanto exagerada, incluso artificial, como si hubiese ensayado todas sus líneas. En aquel caso, hablaba desde el corazón—. Él me gustaba mucho, pensé que estaba enamorado.

A Noé aquella repentina confesión le sorprendió. Theo no parecía de los que hablaba demasiado de sí mismo.

—¿Y qué pasó?

Tal vez no era una pregunta que debiera hacerle, pero sintió curiosidad, y era la primera vez que veía a ese Theo tan humano. El rubio soltó un bufido, pateando distraídamente una hoja seca.

—Me partieron el corazón. Descubrí lo que ya sabía: que nunca he tenido a nadie al lado que se preocupe por mí —continuó Theo—. Quizá es por eso que me he convertido en una mala persona. Soy ruin, interesado y manipulador. Lo único que me mantiene de una pieza es el asco y el odio por todo lo que tengo a mi alrededor.

Noé se quedó sin palabras. No sabía cómo reaccionar, y el otro tampoco parecía necesitar que lo hiciera, que validara o refutara su afirmación.

—Contigo es diferente —dijo Theo con una leve sonrisa—. Ellos lo han hecho porque te quieren y, a su manera, piensan que están haciendo lo mejor para ti. En el fondo, es bonito.

—No lo es.

—Yo creo que sí. —Theo se levantó y sacudió los pantalones, como si quisiera librarse de un peso invisible—. No te preocupes demasiado por tu hermano, se le pasará. Es imposible que alguien esté mucho tiempo cabreado contigo. Y Jax… volverá, porque te quiere —afirmó con una sonrisa, dándole una palmadita en la espalda—. En fin… ¿Sabes cómo se soluciona todo este mal rollo? Con una buena pelea. Puede que vaya a la zona del puerto, hace tiempo que no hablo con Gin —añadió, guiñándole un ojo con picardía.

En aquel momento, River reapareció de entre las sombras, como si nunca se alejara demasiado y estuviera pendiente de cada movimiento de Theo, para anticiparse a cualquier necesidad que este tuviera.

Noé los observó marcharse calle abajo, caminando hombro con hombro. Parecían dispuestos a ir a las nubes y la lluvia juntos. De repente, se sintió impulsado a correr al centro del camino. Poniendo las manos alrededor de su boca, gritó:

—¡Yo no lo creo!

Theo se giró para mirarlo, así que añadió:

—No creo que seas una mala persona.

El chico sonrió y levantó la mano a modo de despedida, mientras River le echaba una mirada de curiosidad a Noé antes de seguir a Theo.

JAX

Desde hacía horas una fina llovizna lo impregnaba todo. El ambiente era húmedo y apestaba a mar.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —Gin encendió un cigarrillo y se sentó en una de las dos sillas que había frente a la mesa.

—Solo necesito unos días, hasta que…

—¿Cuánto son unos días?

—¡Joder, Gin! Casi no me puedo ni sujetar la polla cuando meo, ¿no podrías tener un poco de consideración?

Era de noche y hacía frío. El humo comenzó a condensarse en el pequeño salón, sin que Gin se planteara abrir la ventana para que entrara algo de aire. Echó de menos su casa.

—No somos amigos, ¿lo sabes?

—Lo tengo muy presente.

Se lo había dejado claro nada más verle llegar.

Jax se removió inquieto en el sofá y una punzada de dolor ascendió desde la parte lateral de la espalda hasta las cervicales. Estaba realmente jodido. Milo siempre había sido un tipo de armas tomar, pero desde aquella lejana primera pelea, nunca habían vuelto a cruzar sus puños. El tiempo lo había hecho mejorar, o él se había ablandado.

—¿Vas a explicarme qué ha pasado? —Gin se levantó para ir a la cocina.

—No.

Jax aceptó el refresco que le ofreció, pero después de un par de intentos, fue incapaz de partir la anilla. Gin suspiró resignado antes de hacerlo por él.

—Estás en mi casa, pretendes dormir en mi sofá y comerte mi comida, ¿no tengo derecho a saber por qué? Vosotros dos siempre habéis dado asco de lo unidos que estabais, ¿cómo la has cagado tanto?

—No es de tu incumbencia.

—¿Le has levantado a la novia? ¡Oh! ¡Joder! ¡¡¡Te lo has montado con Leah!!! —Se sentó en la mesa y recuperó el cigarrillo.

—¡¿Pero qué cojones dices?!

—Ya decía yo, Leah es demasiada mujer para ti.

Cualquier mujer era demasiado para él. Jax dio un sorbo al refresco y elevó los ojos al techo. Estaba agotado.

—No me gustan las tías —soltó, sin más, sin filtros, sin pensar en las consecuencias. Lo dijo porque estaba harto de callarlo—. Nunca me han gustado.

—Espera… —Gin aplastó la colilla, parecía procesar la información. De pronto, su mirada cambió—. Oh…. ¡¡¡OH!! Oh, oh, oh… ¡Estás con Noé!

—¿Qué? ¡No!

—Solo hay dos cosas que hagan perder los estribos a Milo, y si no es Leah, tiene que ser Noé… ¡Joder! —Gin soltó una risotada—. ¿Tan poco aprecias tu vida? La madre que te parió… ¡Es su hermano! ¡Es un niño!

—No lo es. Mierda… ¡JODER! —exclamó, furioso—. Solo nos llevamos poco más de dos años…

—Ya te vale, Jax, eso no se hace —amonestó, aunque sin demasiada convicción.

—Que te jodan, Gin… Ahora mismo, no necesito esto…

—Necesitas alguien comprensivo, que te apoye y dé palmaditas en la espalda, ¿no? Lo siento, has venido al lugar equivocado.

—Vete a la mierda.

—El que está en la mierda eres tú —se burló, sin esconder lo mucho que le divertía la situación—. Milo no te va a perdonar en la vida.

Jax levantó la mirada y la clavó en Gin. Hablaba muy en serio, y tal vez tuviera razón. Sí, la tenía. Jax lo sabía, aunque hasta el momento se negaba a aceptarlo. Milo jamás lo aceptaría. De un plumazo se acababa de joder la vida, y lo que era peor, la de Milo y Noé también.

—¿Qué cojones hace este aquí? —La voz de Aiden lo sorprendió por la espalda.

Jax no había escuchado ni la puerta, tampoco advertido su presencia hasta que el grito lo había taladrado. En dos rápidas zancadas el segundo al mando de Umi se acercó a él y lo aferró del cuello de la sudadera, alzándolo del sofá de un fuerte tirón. Jax no se molestó ni en defenderse, no era solo cansancio y dolor, era una apatía extrema, una sensación de pérdida que le impidió moverse.

—Suéltalo, Ai. Es mi invitado.

Aiden dudó y buscó una confirmación visual de lo que Gin decía. Pasaron unos instantes en que pareció pelear consigo mismo hasta que sus dedos se abrieron, no lo dejó sin más, sino que lo empujó con rabia de vuelta al sofá.

—Maldita escoria de Hinkon.

—No te pases —advirtió Gin.

—¿Desde cuándo eres tan buen samaritano?

Gin esbozó una media sonrisa que resultó bastante espeluznante. Estaba claro que su ayuda no era desinteresada y Jax lo sabía; aceptaba el precio porque de otro modo no tenía nada. Quedarse debiendo un favor a Gin era una deuda que, supuso, sería capaz de pagar.

—Me lo cobraré algún día —advirtió Gin, sin más—. No te quepa duda —añadió para Jax.

—Tsk… —Aiden no parecía conforme con aquello, pero no era de los que cuestionaban las decisiones de su capitán—. Después, ventila. La basura huele mal.

—Que te den —murmuró entre dientes Jax.

Los chicos de Umi intercambiaron un par de palabras antes de que Aiden volviera a largarse, no sin antes dedicarle una expresión de asco, que no acompañó de un escupitajo porque Gin lo habría matado.

Jax conocía a ese par desde hacía mucho tiempo, incluso antes que a Milo. Hacía ya bastantes años, cuando el taller iba mal, su padre solía trabajar haciendo algunas chapuzas en los barcos pesqueros. Gin y Zack eran hermanos, y Aiden, su primo. Eran inseparables y armaban follón por donde pasaban. Siendo niños sus travesuras solían ser infantiles, pero su nivel de crueldad aumentó con los años y, en una de esas, el hermano de Gin terminó en la cárcel.

Era un tema tabú del que Gin se negaba a hablar. Aunque todos sabían que Zack cargó con todo para que los pequeños se libraran. Alguien tenía que mantener a la familia, y desde la cárcel no podían hacerse a la mar.

Jax se pasó la mano por la cabeza. Las costras de sangre reseca dificultaron el proceso, tenía el pelo enredado y asqueroso.

—¿Puedo darme una ducha?

Gin, que acababa de encender un nuevo pitillo, lo miró con la ceja alzada.

—No puedes ni sujetártela, ¿cómo vas a lavarte?

—Tal vez necesite un poco de ayuda —murmuró Jax, tragándose el ya nulo orgullo que le

quedaba después de haber tenido que recurrir a un enemigo.

—Ni de puta coña, paso de lavarte el culo.

Jax se dejó caer hacia atrás en el sofá y llevó el antebrazo hasta cubrirse los ojos. Ahogó un rugido de frustración y se obligó a tragarse las lágrimas que ya apelmazaban el borde de sus pestañas.

—Tsk. —Gin chasqueó la lengua—. Das pena. Anda, vamos… Pero solo voy a lavarte el pelo, no pienso verte desnudo.

—Gracias —dijo Jax entre dientes.

«Joder, no puedo caer más bajo».



CAPÍTULO CATORCE



NOÉ

Noé no quería volver a casa, pero no tenía otra opción. Sabía que eventualmente tendría que hablar con su hermano; Milo no podía estar enfadado para siempre, ¿verdad?

Al llegar al portal, echó un vistazo rápido a las motos aparcadas. Allí estaban la suya y la de Milo. Aunque era un poco cobarde, esperaba que Leah hubiera allanado el terreno.

Al subir, escuchó que ambos estaban hablando. Después de años de convivencia, Noé había aprendido a darles el máximo posible de intimidad, ya fuera quedándose en la calle o desapareciendo en su habitación. No solía escuchar sus conversaciones, pero aquella ocasión era diferente. Necesitaba saber a qué se enfrentaba.

Se quedó en silencio, aguzando el oído, mientras se apoyaba contra la pared del pasillo. La voz de Milo sonaba agitada, mientras que Leah mantenía un tono más calmado, intentando razonar con él. Noé sintió un nudo en el estómago, sabiendo que la próxima conversación con su hermano sería crucial.

—Oh, venga, Milo. ¿Has estado ciego todo este tiempo? ¿Acaso has visto a Jax arrancar la atención del motor de una moto por algo que no sea Noé?

—Entonces, ¿tengo que aceptarlo, sin más? No puedo. No me pidas que me calme, Leah. ¡Me han mentido!

—Milo, cómo vas a hacerle esto a Noé…

—¡Joder! ¿Y qué pasa conmigo? —bramó Milo y su voz reflejaba un profundo enfado—. ¿No tengo derecho a estar cabreado?

Noé volvió a cerrar la puerta. No quería escuchar más.

Si lo suyo con Milo no tenía solución, si en algún momento se veía empujado a tener que elegir a uno de los dos, no podría. Quería demasiado a su hermano, era su familia, su apoyo, su salvador… Pero Jax era el amor de su vida. ¡Qué injusto era todo!

Subió los escalones que llevaban a la azotea, forzó la cerradura y se coló. Ni recordaba la de veces que lo había hecho siendo solo un niño, le gustaba estar ahí, con la ciudad a sus pies.

Se sentó al borde de la cornisa, balanceando las piernas en el vacío.

¿Dónde estaba Jax? Necesitaba que volviera. Tenían que hacerle frente a su hermano los dos. Milo no podría seguir cabreado cuando viera lo bien que estaban juntos.

Milo siempre decía que solo buscaba su felicidad, empezaba a pensar que era solo una frase hecha.

—Eh.

La voz llegó a su espalda. Noé se giró a tiempo de ver a Milo ajustar la puerta. Dio un par de pasos y se detuvo. Ambos hermanos se miraron, y ninguno de los dos parecía dispuesto a decir nada. Al final Milo se acercó a donde estaba.

—¿Me vas a empujar?

Un destello de rabia cruzó la azul mirada del mayor, incluso apretó el puño. No estaba de humor para bromas.

Milo dejó una bufanda sobre su coronilla y se sentó a su lado. Noé obedeció la muda orden, enrollándola alrededor del cuello. Los hermanos perdieron la vista en la línea del horizonte, en los últimos puntos de luz que se alcanzaba a divisar.

—Es bonito. —Milo habló con un hilo de voz.

—¿En serio? Siempre dices que es un vertedero.

«Y nosotros la basura que han arrojado en él».

—Lo es, pero es nuestro; es el lugar donde nacimos y al cual pertenecemos.

Noé observó a su hermano mayor, tratando de adivinar sus pensamientos. No solía ser de los que se ponían filosóficos y, con lo cabreado que estaba, ese cambio de actitud resultaba de lo más extraño.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—He escuchado la puerta, lo he imaginado.

—¿Y por qué estás tan dócil?

—Leah me ha dicho que intente hablar contigo sin chillar.

—Es todo un detalle, te agradezco el esfuerzo.

Ambos se miraron en silencio, hasta que Milo no pudo contenerse más.

—Joder, Noé, ¿cómo has podido? —Se pasó la mano por la nuca, su voz quebrada por la emoción—. ¿Desde…? ¿Por qué…? ¿Qué pasa con tu futuro?

—¿Futuro? ¿De qué hablas?

—Tú eres brillante, Noé, cuando te miro resplandeces. Eres como las luces esas dentro de los túneles.

—¿Las que indican la salida?

—¡Exacto! Tú lo has dicho, la salida. Tienes que largarte de aquí, tienes que ir a la universidad y hacer grandes cosas.

Noé soltó un suspiro apesadumbrado, sabiendo hacia dónde se dirigía la conversación.

—¿Por eso te has cabreado tanto por lo de Jax?

—Si él está aquí, nunca vas a marcharte.

—Y no tiene nada que ver con que los dos seamos…

—¿Que los dos seáis tíos? Sí. No. ¡No lo sé!

Se le veía nervioso, se tambaleaba adelante y atrás y por un momento Noé temió que se cayera de la cornisa; una altura de más de cinco pisos los separaba del suelo.

—Yo metí a Jax en nuestras vidas, ha sido mi mejor amigo desde hace años y… Me siento traicionado.

Aquella palabra sonó como un estruendo. Era fuerte. ¿Traición? No imaginaba que Milo pudiera sentirse de aquel modo. Ambos quedaron callados, mirando el horizonte. Las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos, creando un paisaje casi mágico tras la tormenta. La presión de su hermano hacia sus planes de futuro era algo que siempre había sentido, pero no pensó que terminaría por aplastarlo. Noé se pasó la mano por el pelo. Estaba cansado, de manera física y emocional. Totalmente derrotado, no quería discutir más, y mucho menos por ese tema. A la vez, necesitaba que Milo entendiera su posición, su negativa de seguir con los estudios y que nada tenían que ver con Jax.

—La universidad nunca ha entrado en mis planes. Cuando termine el instituto, quiero buscar un trabajo.

La confesión de Noé hizo que Milo se levantara bruscamente de la cornisa, tirando de su hermano para alejarlo del borde.

—¡Menuda gilipollez! —gritó, olvidando la contención que Leah le había pedido.

—Es mi decisión.

—¡Pues es una elección de mierda!

Noé, aunque no quería discutir, tampoco pudo callarse.

—¿Es que eres tonto? —le increpó—. ¿No puedes entenderlo? ¡Tú lo has dado todo por mí! Si no fuera por ti, no habría sobrevivido.

La falta de comunicación era lo que les había arrastrado a ese punto, así que estaba dispuesto a poner todas las cartas sobre la mesa. Aunque fuera removiendo toda la mierda.

—Eso no es cierto.

—¡Claro que lo es! Joder, Milo, llevas toda la vida sacrificándote por mí… Solo quiero devolverte un poco de lo que me has dado… Ser útil, trabajar, tener dinero, mudarme… No quiero ser más una carga.

—¿Qué? ¡No! ¡Tú no eres ninguna carga! —El nerviosismo se pegó a su tono de voz.

—No podemos vivir siempre juntos… Tú y Leah os merecéis tener una vida normal.

Milo frunció el ceño, tratando de procesar las palabras.

—Yo no lo veo así.

Noé sonrió con pesar y acarició la cabeza de su hermano, imitando el gesto que solía hacerle él cuando de niño se enfurruñaba.

—Te quiero, Milo. Eres el mejor hermano del mundo y siempre, siempre, siempre estaremos unidos…, pero no soy tu responsabilidad.

—Claro que lo eres.

Noé se pasó las manos por la cara, desesperado. Era absurdo, hacer cambiar de parecer a Milo sobre ese tema era imposible. Llevaba tantos años haciéndose cargo de todo que ya había asumido que era su papel en la vida. La sensación de ser un lastre se sintió mucho más pesada.

—No merecías tener que sacrificarte por mí todos estos años… —intentó expresarse Noé, apesadumbrado—. Nadie te los va a devolver.

¿Cómo sería capaz de pagarle por tanto? Ya tenía asumido que aquella sería su eterna deuda.

—No entiendo lo que dices, Noé.

—No eres mi padre, pero llevas todo este tiempo viviendo como uno. Tienes veinte años, te mereces disfrutar de la vida, ¡vivirla! Y dejar que yo haga lo mismo con la mía.

La expresión de Milo indicaba que no estaba de acuerdo con sus palabras. Noé extravió la mirada al horizonte. Había tomado una decisión. Quizá sonara contundente, y no quería que su hermano se sintiera herido, pero tenía que decirlo.

—Voy a empezar a tomar mis propias decisiones.

Milo dejó escapar un suspiro profundo.

—¿Aunque te equivoques, tengo que dejarte?

—Claro, y apoyarme cuando meta la pata.

Ambos se quedaron en silencio, asimilando las palabras. Noé miró a Milo con una mezcla de determinación y amor fraternal, mientras las estrellas brillaban con nula intensidad sobre ellos en la fría noche.

—Estoy muy enamorado de Jax —declaró, y buscó la mirada de su hermano—. Tal vez no puedas entenderlo, pero vas a tener que respetarlo.

Milo fue a abrir la boca, pero Noé alzó la mano para impedir que hablara.

—No te estoy pidiendo permiso. Solo te estoy informando. Aunque sí hay algo que me gustaría que hicieras por mí.

Milo lo miró con un reflejo en los ojos que mostraba su determinación, dispuesto, una vez más, a desvivirse por lo que Noé le pidiera.

—Haz que Jax vuelva —ordenó.

JAX

La vida en el puerto era dura. Cuando no estaban en alta mar, tocaba dedicarse a las reparaciones, o a la pesca a pequeña escala. Jax se sorprendió de lo minucioso que podía ser Gin. Daba un aspecto de bastardo despreocupado, pero las responsabilidades que tenía, a su corta edad, hicieron que Jax se solidarizara con él.

Por lo general, solo veía a Gin peleando. Observarlo durante horas, sentado en el suelo, cosiendo las grandes redes de pesca, concentrado en dar cada una de las puntadas, fue extraño. Aiden ya sabía que estaba allí, pero no sería bueno que el resto de la pandilla de los Umi supiera de su asilo político. Así que no había puesto un pie fuera de esas cuatro paredes en los dos días que llevaba ahí refugiado.

Una vez más, Gin demostró que, a pesar de sus diferencias y rivalidades, todos terminaban rigiéndose por el mismo código y eran incapaces de dejar a alguien tirado en la calle.

Si hubiera sido al contrario, Jax habría actuado igual.

Arrastró una de las sillas hasta la ventana y perdió la mirada en el inmenso mar. Después de unos cuantos días de lluvia el cielo lucía despejado, y los postreros rayos de sol tintaban el horizonte de tonos violáceos. Desde esa posición privilegiada podía ver a Gin y un par de chicos dando martillazos a unas cubas de madera; a pesar del frío tiempo del invierno, todos estaban en manga corta y sudados. A veces le daba por quejarse del trabajo en el taller, pero ni de lejos era tan exigente como la vida de los pescadores.

El sonido de una moto detuvo el trabajo. Aiden descendió y, por su semblante preocupado, Jax intuyó que ocurría algo malo. Se levantó de la silla y abrió la ventana para asomarse. Después de una corta conversación, los dos chicos arrancaron a correr en dirección al muelle y, en un acto reflejo, tanto Gin como Aiden miraron en su dirección.

Jax se crispó.

No dudó ni un segundo. Se metió en el piso y fue directo a la puerta. Cuando estaba por bajar la escalera Gin lo interceptó para, de un empujón, meterlo de nuevo dentro.

—¿Desde cuándo los de Hinkon dais tanto por culo? —lo acusó, cabreado.

—¿Qué ocurre?

—El complejo de superhéroe de tu cuñado —bufó Gin, que ya se había desnudado y estaba con el cambio de ropa.

—¿Qué pasa con Milo? —inquirió con nerviosismo, sin poner atención a cómo Gin se había referido a su mejor amigo.

—El muy idiota está en la zona de los cargueros. ¡Joder! Va a fastidiarlo todo. —Gin, resopló hastiado—. Theo debe de haberse ido de la lengua.

Fue un momento de confusión, Jax no tenía ni idea de qué pintaba Milo con Theo. La puerta se abrió por segunda vez y Aiden lanzó un gruñido para que Gin se apresurara. Ambos salieron a la carrera y Jax, sin dudarlo, los imitó. No fue hasta llegar a la calle que Aiden se percató de que los seguía.

—¿Dónde crees que vas?

—Con vosotros.

—Déjalo —ordenó Gin—. Aunque no estás en condiciones de pelear, si te conviertes en un estorbo no voy a preocuparme por ti.

Jax aceptó con un cabeceo.

¿Quién tenía que pelear? ¿Milo y Theo? ¿Hinkon había traspasado las fronteras para una escaramuza con Umi? ¿Milo lo buscaba? ¡¿Qué demonios pasaba?! No entendía nada. Tampoco importó. Saltó a la parte trasera de la moto de Gin y se aferró a su cintura.

Al llegar al puerto, Jax no tardó en entender, al menos en sus aspectos más básicos, toda la movida: Theo estaba filtrando información a Umi.

No podía ser una coincidencia. El puerto era un coladero y llevaban un tiempo batallando con Umi porque cada vez entraba más droga al territorio. Y justo cuando las discusiones escalaron a más, y cuando ellos necesitaban estar más alerta, Umi empezó a interceptar cargamentos de droga con una eficacia inusitada.

La forma en que los chicos del puerto se movían, cómo sabían exactamente a dónde ir y qué buscar, no era normal. Esto no era fruto de un simple golpe de suerte, sino de información privilegiada. Theo les había estado pasando información, indicándoles el nombre del barquero y el número de contenedor que venía con sorpresa. Eso explicaba por qué últimamente Gin iba un paso por delante. Pero Jax no sabía si Theo lo hacía por un motivo altruista o por alguna estrategia personal. Aunque estaba más a favor de la segunda.

—¿No era de madrugada? —puso en duda uno de los chicos.

—Se han adelantado.

—O Theo nos la ha jugado —soltó Aiden.

Gin lanzó una mirada severa. A Jax le sorprendió esa confianza casi ciega en un niñato de la zona alta, cuando para él estaba claro que solo jugaba en beneficio propio.

Tampoco tuvo mucho tiempo para analizarlo. Pronto se encontró parapetado tras unas cajas, procesando lo que se le venía encima. Todo había sido precipitado y todavía no se había recuperado de sus heridas.

Con el sonido lejano del oleaje rompiendo contra el muelle y el ruido constante de los motores de los barcos, su mirada se desvió al otro lado y lo vio, igual que él, escondido tras unos enormes contenedores: Milo.

Ambos se observaron por un instante; la expresión de Milo mostraba claramente su perplejidad por no entender qué hacía allí.

Le habría gustado acercarse y hablar con él, pero cualquier movimiento revelaría su posición. A su lado, Gin murmuró una maldición entre dientes.

Hinkon y Umi, juntos en un mismo lugar y colaborando. Quién lo hubiera dicho. Aunque compartían objetivos similares, su enemistad era antigua y sus enfrentamientos legendarios.

Gin, que conocía el puerto como la palma de su mano, se deslizó entre las sombras hasta identificar la embarcación que buscaban. Estaba atracada al final del muelle, pero les era imposible acercarse a ella.

—Joder, han aumentado la vigilancia. —Aiden, agazapado entre unas redes, evaluaba sus opciones.

—Qué esperabas, Ai, ¿que nos lo sirvieran en bandeja? Después de las últimas veces era de esperar que se pusieran las pilas.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé —confesó Gin, que se pasó la mano por la frente con nerviosismo.

Era comprensible. No eran policías ni estaban entrenados para eso, solo eran chicos de barrio que habían aprendido a pelear. Querían evitar que la droga entrara y, las veces anteriores, habían tenido éxito. Aprovechando la escasa vigilancia y su conocimiento del puerto, se colaban y simplemente arrojaban la mercancía al mar. Sin embargo, esa vez todo era diferente, la tensión en el aire era palpable y sabían que no sería tan sencillo.

A su derecha el sonido de un motor llamó su atención y, cuando una furgoneta aparcó cerca de ellos, Jax tuvo una idea.

—Debe de ser su transporte —apuntó Aiden.

—Tenemos que evitar que lleguen a ella.

—O que salgan del puerto —añadió Jax, ya totalmente metido en el tema—. Puedo jodérsela.

No esperó a que nadie respondiera y se lanzó a la carrera, deslizándose con sigilo bajo el vehículo. Le dolía el brazo y notaba todo su cuerpo rígido por las lesiones, pero sabía que no sería difícil evitar que arrancara. Buscó el cable de la batería; lo encontró rápidamente y, con un tirón firme, lo desconectó. Luego, localizó el cable de encendido y lo cortó haciendo sierra con las llaves. Así, la batería quedaría sin contacto y el motor no podría arrancar.

De pronto, escuchó un fuerte estruendo, seguido de unas voces y gritos. Jax tardó unos instantes en salir de debajo de la furgoneta y, al hacerlo, observó que todo había estallado.

Desde el carguero descendieron una decena de personas que se encontraron cara a cara con ambas pandillas. No estaban preparados para lo que se les venía encima. Jax buscó con la mirada y se cruzó con la de Milo por un instante. Sin perder más tiempo, se lanzó contra uno de los tipos que transportaba una caja, dispuesto a hacer lo necesario para detenerlos.

No tuvo dudas. Sin pensarlo dos veces, se precipitó a la pelea.

—¡Jax! ¿De dónde cojones has salido? —preguntó Liam, a su lado.

Milo había llamado a toda la caballería, estaba Hinkon al completo, salvo Noé.

Jax corrió en dirección al final del muelle, Hugo pasó por su lado, con su salvaje mirada destellando de euforia; le encantaba pelear. Aunque no era una simple escaramuza con los chicos de otro barrio, donde a pesar del aparente caos, tenían sus reglas. Aquello era una pelea real, y pronto quedó patente que pelear puños contra navajas era demasiado peligroso. Envuelto en la batalla, en el desorden momentáneo que sobrevino después del primer disparo, fue cuando Jax comprendió la magnitud de a lo que se enfrentaban.

Algunos de aquellos tipos tenían armas de fuego.

Sintió el polvo en el aire y el sudor en la frente. A pesar del dolor que se acumulaba en su organismo, no se frenó; si se paraba a pensarlo, su instinto de supervivencia le haría dar media vuelta. Jax derribó a uno de los tipos de una patada en el abdomen y se giró de inmediato, atraído por el ruido. A su lado, Turbo pasó arrastrando una larga cadena, dispuesto a usarla como arma. Jax buscó con la mirada algo que pudiera servirle como defensa.

La luna se reflejaba en la superficie del agua y pronto el ruido molestaría a los vecinos de la primera línea de casas. La policía no tardaría en llegar. La adrenalina recorría cada fibra de su ser mientras se enfrentaba a esa locura. ¿Dónde estaba Milo? Tomó un palo y corrió en dirección a la escalera del barco, un destello plateado captó su atención. Las sombras anaranjadas que se proyectaban en el suelo bailaban, mientras los gritos y los golpes llenaban el aire, hasta que un rugido atronador pronunciando su nombre logró que detuviera su alocada carrera. Reconoció la voz de Milo entre todas las demás.

—¡Jax! ¡Detrás!

No fue consciente de nada hasta que algo lo empujó, sacándolo de la trayectoria de un cuchillo. En la distancia, el sonido de las sirenas fue un recordatorio de lo que les esperaba si los pillaban allí. Jax bajó la mirada a su vientre, buscando la sangre, esperando el dolor, pero no llegó. Sin embargo, a sus pies había un gran charco rojo. Cuando sus ojos se enfocaron, reconoció a Milo, ensangrentado.

—¡No! Joder… No, no… —chilló, cayendo de rodillas—. ¡Milo!

—¡La pasma!

El frenesí a su alrededor, los gritos y el olor a hierro en el aire. Escuchó un nuevo disparo y gente que corría en desbandada. Alguien tiró de su hombro, pero no se movió. Escuchó motores que se alejaban, pero no se movió. Alguien le llamó por su nombre, pero no se movió.

Apretó con fuerza el costado de Milo, por donde se estaba desangrando.

—¡Jax! Tenemos que irnos —bramó Hugo, cogiéndolo del brazo—. No puedes quedarte.

Lo que no podía era irse.

—Vamos —insistió Ric.

—¡Largaos, que no os pillen! —les gritó Jax a viva voz.

—¿Y tú?

Jax miró el rostro cada vez más pálido de su mejor amigo.

—Yo me quedo con él.



CAPÍTULO QUINCE



NOÉ

Le iba a estallar la cabeza. Sentía que algo en su interior estaba a punto de romperse, una presión insoportable buscando la salida. Noé llegó al hospital casi al mismo tiempo que la ambulancia. Tan pronto como recibió la llamada de Turbo, él y Leah salieron corriendo. Apenas recordaba cómo había conducido hasta allí; el trayecto había sido una nebulosa de ansiedad y miedo.

—¿Dónde está? —gritó, desesperado, al entrar al hospital.

La sala de emergencias estaba llena de gente, pero todo se desvanecía ante la urgencia de encontrar a su hermano. Leah trató de calmarlo, aunque ella misma estaba al borde del colapso.

—Acaban de meterlo.

Noé se giró. En su confusión mental no había visto a Ric, al lado de las puertas.

—Todo ha sido muy rápido, pero creo que estaba consciente —explicó Hugo, y se acercó a Leah para abrazarla—. Tranquila.

Estaban allí. Noé soltó un suspiro, como si el hecho de no tener que enfrentarse a aquello solo, le aliviara. Aunque poco le duró.

—Oye, Noé, hay algo más… —empezó Liam.

—Jax estaba en el puerto —soltó Turbo—. Él ha sido quien se ha quedado con Milo, pero ha llegado la policía…

—Lo han detenido —terminó Ric.

El mundo de Noé era sencillo. Los estudios, las peleas y estar en casa con los gatos. Ese pequeño universo que se había construido se sustentaba sobre dos pilares fundamentales, y acababan de quitárselos. No fue consciente de que estaba mareado hasta que todo a su alrededor brilló con intensidad. Se sentó en una de las sillas de la sala de espera con la cabeza entre las manos y ahogó un grito, mordiéndose el interior de la boca hasta notar el sabor de la sangre.

¿Jax estaba en el puerto? ¿Por qué…? No entendía nada, pero en aquel momento era incapaz de pensar en más de una cosa a la vez.

—Noé…

Alzó la cabeza y aceptó el refresco que uno de los chicos le dio, y tras un largo trago, sintió que volvía a respirar.

—No puedo pensar —reconoció Noé.

—Eh, tranquilo —dijo Turbo—. Estamos aquí para lo que haga falta. Hugo irá hasta la comisaría a ver qué puede hacer.

—Cuando me entere de algo, os llamo.

Noé asintió con un cabeceo.

En aquella sala blanca, las horas parecían detenerse. Nada se movía, el tiempo no pasaba y era imposible hacerlo retroceder. Por la mente de Noé se deslizaron muchas imágenes, algunos recuerdos que lo hacían sonreír y otros tan tristes que desgarraban. No podía evitar mirar a Leah, tan triste y devastada, o al resto de chicos que no se habían sentado ni un solo segundo, caminando de un lado a otro de la sala, sin preocuparse siquiera de sus propias lesiones.

Finalmente, un doctor entró en la sala de espera. Noé y Leah se levantaron de un salto.

—¿Milo? —preguntó Noé, con la voz temblorosa.

—¿Eres familiar?

—Soy su hermano.

—Hemos logrado detener la hemorragia, pero fue necesario reparar el daño interno. Ha

entrado a quirófano para ser operado de inmediato. Ahora está estable, pero su estado es grave. Las próximas horas serán cruciales.

Noé sintió cómo el peso del mundo caía sobre él.

—¿Podemos verlo? —preguntó Leah.

—Sí, pero está sedado. —Hizo una pausa—. ¿Es usted familiar?

Leah asintió lentamente.

—Soy su novia —dijo, con voz firme pero temblorosa.

El médico se ajustó las gafas, con expresión seria.

—Lo siento, solo los familiares directos pueden entrar a la unidad de cuidados intensivos —indicó—. Deberá esperar aquí.

—¿Qué? No… —se apresuró Noé, tomando a Leah del brazo para arrastrarla.

—Lo siento.

Los grandes ojos de Leah estaban a punto de desbordarse. Noé dudó, pero Ric se acercó a ellos, tomando a la chica por los hombros, donde se derrumbó.

—Ve tú, nosotros nos quedamos aquí —le dijo.

El pasillo estaba lleno de luces frías y el zumbido constante de las máquinas. Unos pocos pacientes, así como otros familiares, se movían lentamente, como si cada paso resonara en la gravedad de la espera.

Noé siguió al doctor, sin saber muy bien si tenía que decir algo o preguntar. Pensó en Milo, y cómo siendo solo un niño tuvo que lidiar con las mismas cuestiones, la misma incertidumbre y el mismo miedo arañando desde el interior. Milo se sobrepuso como pudo, aparcó a un lado su infancia y jamás la recuperó.

En la sala de la UCI los boxes de cortinas se alineaban a ambos lados, separando a los pacientes con paneles de tela. El sonido de los monitores y el murmullo de las conversaciones del personal médico llenaban el aire, y Noé, con el corazón en la garganta, buscó a Milo entre las cortinas que se movían levemente con cada paso.

—Está en el box siete —le dijo el hombre—. ¿Hay algún adulto que…?

—Solo estamos nosotros —cortó Noé—. Y Leah.

El médico asintió con un leve gesto y después retiró la cortina para dejarlo pasar.

Fue escalofriante.

Milo estaba lleno de contusiones, vías y tubos. Noé titubeó un instante antes de acercarse al borde de la cama. No notó que las lágrimas se deslizaban ya por sus mejillas. Alargó la temblorosa mano, pero no se atrevió a tocarlo, por si le hacía más daño.

—Solo puedes quedarte unos minutos. Una enfermera vendrá a buscarte —le dijo el médico.

Siempre había pensado que era un tipo duro, inquebrantable, que el hecho de no sentir dolor lo convertía en una especie de superhombre capaz de enfrentarse a todo. Pero en aquel momento, al lado de aquella cama, con Milo debatiéndose entre la vida y la muerte, se dio cuenta de que era solo un niño asustado, que a pesar de su pataleta, seguía dependiendo de Milo; y no quería que aquello cambiara.

Noé miró alrededor, no había nada más allá de la cama y los monitores. Milo estaba muy pálido, así que los moretones y cortes de la cara contrastaban con intensidad. Al final se acercó y adelantó una mano para tomar la de su hermano.

Que no se moviera era extraño, ni tirando de memoria recordaba haber visto a Milo dormir. Siempre se levantaba temprano y se acostaba tarde, en los últimos meses incluso trabajando por las noches. Así que observar a su hermano en aquella situación se le hacía doblemente extraño, sobre todo cuando su mente le traicionaba para recordarle que no dormía, y que quizá no

despertara. Entre temblores lo sujetó con más fuerza.

—Está bien, Milo, tú ganas. —Las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas—. Me quedaré contigo hasta los cuarenta. Iré a la universidad, estudiaré mucho y después buscaré un buen trabajo. Te lo prometo; pero recupérate, ¿vale? No puedes dejarnos solos… Leah y yo te necesitamos.

Movió la mano de Milo, instándole a que despertara, pero no observó ningún cambio. Los nervios se lo comían desde dentro, y no sabía cuánto tiempo podría aguantar ahí de pie, llorando como un maldito crío, sin terminar de derrumbarse. Asustado y solo.

—¿Sabes?, deberías pedirle a Leah que se case contigo. No es justo que ella tenga que quedarse fuera. —Noé se pasó la mano por la cara y se sorbió los mocos—. Cuando salgas de aquí, te acompañaré a comprarle un anillo, que tú no tienes gusto.

El horario de visitas en la UCI era muy restringido, por lo que pronto tuvieron que separarlo de Milo, asegurándole que le avisarían inmediatamente si despertaba. Al salir nuevamente a la sala de espera, se encontró con lo que ya se temía: un par de agentes de policía conversando con Turbo y Ric. Noé se deslizó en silencio hacia donde estaba Leah, quien, al verlo, se levantó y lo llevó aparte.

—¿Cómo está?

—Dormido —respondió Noé. Se sintió extraño. Leah era quien más merecía estar al lado de Milo en aquellos momentos y, sin duda, a quien su hermano desearía ver cuando abriera los ojos —. ¿Cuánto llevan aquí? —inquirió, señalando con la cabeza.

—Acaban de llegar. También quieren hablar con Milo cuando despierte.

—¿Van a acusarlo de algo? —se inquietó Noé.

—Estaban en el lugar equivocado en el peor momento —murmuró Leah.

Aquella puta frase otra vez.

Noé asintió. Aunque sabía que no era verdad. Había tenido tiempo de ir hilando cabos. Entre la llamada, lo poco que le habían contado, la repentina aparición de Umi y Jax, sabía que no se equivocaba al saber quién era el culpable de todo: Theo.

JAX

Jax estaba sentado en la fría y pequeña celda del calabozo, con las manos temblorosas todavía esposadas frente a él. Las paredes de color gris reflejaban el frío del lugar, y el sonido de las puertas metálicas cerrándose resonaba en el pasillo.

Sentía una fuerte presión en el pecho que nada tenía que ver con los golpes y heridas que decoraban todo su cuerpo. Estaba agotado, pero cada vez que cerraba los ojos volvía a verlo. Con el cuerpo ensangrentado, la piel pálida y la luz de sus ojos apagándose. Aún notaba la calidez de su sangre, que por más que apretaba la herida continuó saliendo a borbotones. Le tuvieron que apartar de Milo entre tres policías, porque se resistía a dejarlo.

En el último momento, antes de cerrar los ojos, los labios de Milo se movieron débilmente. Jax, con el corazón en un puño, creyó escuchar un murmullo apenas audible: «Lo siento».

No, él era quien lo sentía. Debería haber hablado con Milo desde el comienzo, haberle explicado a su amigo los sentimientos que comenzaba a albergar por su hermano. Desde que se conocieron, Milo y él fueron inseparables. Para Jax, Milo era como su alma gemela, alguien con quien reír, llorar y compartir todo. Su mejor amigo en el mundo y, sin embargo, le había mentido. Definitivamente, Milo no tenía nada por lo que disculparse. Todo había sido culpa suya.

Llevaba horas con el culo aplastado contra el frío banco de metal, a cada pequeño sonido reaccionaba, estaba acojonado, tenía mucho miedo de que alguien se acercara para decirle que Milo estaba muerto. Jax escuchó pasos que se acercaban desde el pasillo; se encaramó a la reja, buscando a la persona que estaba por llegar.

Fue a decir algo, pero las palabras se quedaron atravesadas en su garganta.

El agente le lanzó una rápida mirada cargada de desdén, sacó un conjunto de llaves que tintineó en el silencioso calabozo e indicó a Jax que se apartara de la puerta. Obedeció; no le quedaba otra. Esperó a que el hombre abriera la puerta y alzó las manos cuando se lo ordenó. El agente comprobó las esposas antes de indicar que lo siguiera.

No era su primera detención, había pasado hasta dos veces por comisaría. Aunque no muy a menudo, a veces terminó envuelto en algún follón. En ambas ocasiones su padre se encargó de todo y nunca, jamás, se lo recriminó. Jax siempre pudo contar con su ayuda, sin embargo, en aquel momento…

—Puedes hacer una llamada —indicó el agente, señalando el teléfono que estaba en la mesa, en mitad de la sala.

El hombre tomó asiento en la silla de al lado, dispuesto a escuchar.

Jax caminó al otro lado. Con las manos esposadas le costó un poco mover la silla; se sentó y clavó su atención en el teléfono.

—No tenemos todo el día —apresuró el hombre, con cansancio.

—No tengo a nadie a quien llamar.

—¿Un familiar? ¿Amigo? ¿Abogado?

Jax negó con la cabeza.

No podía llamar a Noé ni a Leah, seguramente ambos estarían en el hospital. Tal vez todos lo estuvieran. Además, ¿cómo sería capaz de enfrentarse a ellos? Todo era su culpa. Y estaba aterrado, mientras no supiera el estado de Milo, en su mente seguía vivo, no quería hacer una llamada y que lo sacaran de su error. Jax se pasó la mano derecha por la cara y la izquierda le

siguió. Le dolía la piel de las muñecas. Tomó una profunda respiración sin saber qué hacer.

—En serio, ¿no hay nadie?

Jax alzó los ojos, anegados en lágrimas, y movió la cabeza en negación.

—No —balbuceó entre sollozos—. ¿Necesito un abogado? No puedo pagar uno.

—Tsk… —El agente se reclinó sobre la mesa, observándolo—. Chico, estabas en el lugar equiv…

—Sí, lo sé —lo cortó, harto de aquella maldita frase—. ¿Cuánto puede caerme?

—Depende de lo que encontremos para acusarte —respondió.

—No he hecho nada.

—Si me pagaran por cada vez que he escuchado esto, sería rico. —El agente soltó un suspiro y su gesto se relajó—. Si solo te encuentran culpable de disturbios serán entre seis meses a dos años… El problema lo tendrías si te relacionaran con la droga.

—¿Qué pasaría?

—Podrías enfrentar una condena significativa, entre cinco y quince años de cárcel, dependiendo de las pruebas y de la interpretación que le dé un juez a tu participación.

—Vamos, estoy jodido —soltó Jax. Intentó reír, pero la mueca se juntó con el llanto y reflejó una imagen lamentable.

—Pareces un buen muchacho. —El hombre señaló al teléfono—. Piensa, cualquiera que te pueda echar un cable.

En aquel momento, a Jax solo se le vino una persona a la mente, una mirada tan gris como el futuro que le esperaba si no realizaba aquella llamada.

—No hay nadie.

—Está bien —dijo el hombre, y le hizo un gesto para que se levantara.

Diez minutos después de regresar a la celda, Jax ya no soportaba estar ahí encerrado. Se levantó y volvió a sentarse una docena de veces. Miró entre los barrotes, queriendo llamar al agente. Cambiaba de opinión cada treinta segundos. ¿Hacer una llamada o no? Justo cuando estaba a punto de volver al banco metálico, el agente apareció de nuevo.

—Hay un chico fuera —dijo el hombre.

Jax se levantó de golpe y se lanzó hacia la puerta.

—No tienes permitidas las visitas hasta que te interroguemos, pero dice que no te preocupes, que tu amigo está fuera de peligro.

«Fuera de peligro» resonó en su cabeza como música celestial, aliviando su angustia, aunque solo fuera un poco.



CAPÍTULO DIECISÉIS



NOÉ

Estaba tan nervioso que hasta le hormigueaba el cerebro. Había pasado las últimas horas entre la comisaría y el hospital. No recordaba la última vez que había dormido. Al mirarse al espejo, no se reconoció. Su piel, ya de por sí pálida, había perdido todo el color. Estaba cansado y tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de desfallecer. Milo, Jax, Leah… Todos contaban con él.

—¡Eh! *Miau miau* —lo llamó Turbo, que estaba sentado al lado de la puerta de la comisaría, fumando un cigarro—. ¿Ha despertado?

Noé negó con la cabeza y se sentó a su lado.

Habían estado haciendo turnos entre los chicos; mientras unos se quedaban en el hospital, otros hacían guardia en la comisaría, esperando el momento en que pudieran entrar a ver a Jax. Habían pasado casi cuarenta y ocho horas, tiempo en que deberían presentar cargos o soltarlo y todavía no le habían dejado tener visitas.

Jax tampoco los había llamado.

Era muy triste que, en una situación como aquella, él pensara que estaba solo; cuando todos, sin excepción, permanecían a su lado. Lo único en lo que pensaba Noé, era en lo doloroso que debía estar siendo para Jax.

—Ha venido un hombre hace un rato, dice que es abogado.

—¿De oficio?

—Demasiado bien vestido, parecía un tío con clase.

Noé pensó en esa tontería; la ropa no solía decir más de una persona que el dinero que podía malgastar en ella. Milo siempre vestía con ropa deportiva y de mala calidad, y era el mejor hombre del mundo.

—¿Dónde está?

—Ha entrado, dice que hablará con el comisario. —Turbo se encogió de hombros—. No sé, pensaba que a lo mejor Leah o tú…

—Nosotros no podemos pagar a uno de los que van con traje —intentó bromear Noé.

Esperó a que Turbo terminara el cigarrillo y entraron juntos. Era la tercera vez que se acercaba a preguntar si ya podían ver a Jax; la oficial del mostrador le miró con cara de pocos amigos, pero antes de llegar a ella, el hombre bien vestido lo interceptó.

—Perfecto, ¿sois los amigos de Jax? —inquirió el hombre, que cogió a Noé de la manga para llamar su atención.

A Noé no le gustaba que lo tocaran. Eso, sumado al cansancio y los nervios acumulados, lo llevó a sacudirse al hombre con violencia; incluso lanzó una maldición que quedó entrecortada por lo apretados que llevaba los dientes.

—Tranquilo, muchacho, me llamo Mike, soy abogado.

—No hemos llamado a ninguno —intervino Turbo, que se posicionó frente a Noé.

—Lo sé. Estoy aquí porque leí la noticia en el periódico local, solo quiero ayudar.

—No tenemos dinero.

—¿Puedo invitaros a un café?

Turbo lanzó una mirada a Noé, y ambos asintieron sin necesidad de palabras. Si algo les había enseñado la vida era que nadie hacía algo por nada, pero Mike les explicó que había perdido a un hermano por culpa de las drogas y, cuando leyó el caso en los periódicos, quiso

echar un cable. Habló de Jax como un héroe y les aseguró que, llevando bien el caso, saldría en medio año, quizá incluso menos. Las pruebas eran circunstanciales y no había nada que relacionara a Jax con las drogas, como mucho podían acusarlo de pelea callejera, desorden público y resistencia a la autoridad, ya que se resistió a la detención por no querer soltar el cuerpo de su amigo.

Ante aquel detalle, el corazón de Noé se estrujó.

No podía ni imaginar lo que debió de sentir Jax. Tragó con dificultad y, cuando fue a coger la taza, derramó parte del contenido. Turbo se apresuró a limpiarlo.

—Y esto, ¿cuánto nos va a costar? —inquirió Turbo, tomando las riendas.

Solía decirse que, cuando una persona carecía de alguno de sus sentidos, los otros se agudizaban. Noé tenía una fuerte fijación por los olores, pero también era muy bueno en interpretar las expresiones de la gente, motivo por el que el sutil cambio en el rostro de ese hombre no le pasó inadvertido.

—Ya os he dicho que solo busco ayudaros.

Noé soltó una risotada. Justo cuando Turbo estaba por añadir algo, Noé dejó la mano en su antebrazo para callarlo. Mike mentía, al menos no decía toda la verdad, y Noé no era estúpido. Sabía sumar.

—Está bien —aceptó—. ¿Cuándo podremos verlo?

—Me temo que hasta el juicio van a mantenerlo aislado.

—¿Va a quedarse en la comisaría?

—Voy a intentarlo, pero lo más probable es que lo lleven al correccional en espera del juicio.

¿Cuánto podría ser eso? Noé palideció. No podía estar tanto tiempo sin ver a Jax, y le daba mucho miedo que él no aguantara. Necesitaba hacerle saber que todo estaba bien, que no lo culpaba por lo de Milo, pero, sobre todo, recordarle lo mucho que lo quería y que, pasara lo que pasase, él lo iba a esperar.

Media hora después se despidieron del abogado que quedó en que los llamaría en cuanto tuviera alguna novedad, y les juró que haría todo lo posible para lograr que Jax saliera cuanto antes.

Noé no lo dudaba.

—¿Vuelves al hospital? Te llevo.

—No, tengo que hacer un par de cosas antes, ve tú.

—¿Seguro?

Asintió con la cabeza.

Había perdido el hilo de las horas. Pero la tenue llama de la esperanza permanecía, y Noé no dejaría que se apagara.

De nuevo aquella noche la pasó solo en casa. Leah no se había alejado del hospital ni un solo momento; por más que lo hubieran intentado, la cabezonería que siempre decía que tenían los hermanos se había pegado a ella. Por suerte, los chicos se estaban encargando, no la dejaban a solas ni un segundo, así que Noé se tomó un pequeño descanso, un paréntesis necesario para volver a retomar esa mierda que estaba viviendo.

A primera hora de la mañana, llegó a la parte alta de la ciudad, más en concreto al instituto donde asistían los chicos de Tomi. Estaba agotado, pero eso no le impidió armar un poco de jaleo. Noé no se dejó impresionar por los altos y lujosos edificios, ni por el centenar de estudiantes perfectamente uniformados que se cruzaron a su paso, observándolo con curiosidad. Al llegar al aula que le habían indicado, entró sin dudarlo. Ignoró las miradas sorprendidas de los alumnos, se dirigió directamente a la mesa de Theo y se sentó en ella. Con un gesto desafiante,

puso los pies sobre el escritorio, adoptando una actitud relajada, pero claramente provocativa. Estaba dispuesto a esperarle, dejando claro que su presencia no era una simple visita.

—¡Qué cojones! —gritó alguien al abrir la puerta.

Theo entró por el pasillo formado entre los estudiantes. Sus miradas se cruzaron y, por primera vez, Noé vio la estupefacción en los ojos de Theo. Finalmente, llevaba la delantera. Desde el momento en que se conocieron, Theo no hacía más que jugar con él. Lo había utilizado, no sabía con qué fines o qué sacaba de todo eso, pero no importaba. Noé estaba harto y, después de todo lo que estaba pasando, no se lo iba a perdonar.

Noé no se inmutó ante el movimiento a su alrededor; ¿iban a golpearlo? Podría soportarlo. Pero, de pronto, todos se detuvieron con un simple gesto de Theo. El capitán de Tomi se acercó a él con indiferencia, y de un manotazo le hizo bajar los pies del escritorio.

—Todos fuera —ordenó, y no necesitó repetirlo.

Una vez a solas, ambos chicos se miraron. Noé se levantó y se acercó a él, para quedar parado frente a frente, extremadamente cerca. Metió la mano en el bolsillo y extrajo un fajo de billetes que arrojó a la cara de Theo.

—Por el abogado —le soltó con desprecio.

El rubio no apartó la mirada y dejó que el montón de billetes revoloteara en el suelo. Tal vez estaba a punto de preguntarle cómo había sabido que el tal Mike iba de su parte, y Noé sentía el impulso de reprocharle no solo lo ocurrido, sino también que él lo subestimara como lo hacía el resto. Que lo tomaran por gilipollas lo cabreaba.

Pero el tiempo fue lo único que transcurrió entre ellos. Pasaron unos segundos sin que nada se moviera hasta que, al final, Noé descendió la mirada, cansado.

—¿No piensas recogerlos?

—¿Agacharme por esta calderilla? —soltó Theo, con prepotencia—. Aunque me intriga, ¿de dónde lo has sacado?

—He vendido la moto —soltó Noé, indiferente.

—Ya veo.

La puerta se abrió, nadie en su sano juicio interrumpiría en esa aula, salvo River. Este entró y lanzó una rápida mirada en su dirección. Noé no tenía intención de iniciar una pelea y ya había hecho lo que se proponía. Así que dio media vuelta, dispuesto a irse, cuando la risa de Theo lo atacó por la espalda.

—¿Y ya está? ¿No vas a decir nada más? ¿Eres tan cobarde que no me lo echarás en cara? —soltó, con la arrogancia que lo caracterizaba—. No sabes lo fácil que ha sido jugar con todos vosotros —añadió, con la sonrisa aún colgada de su cara.

Toda la furia contenida en Noé explotó de golpe. Girándose con una rapidez que ni siquiera River pudo anticipar, lanzó una patada brutal contra Theo. La deportiva de Noé chocó contra el pecho del otro con una fuerza despiadada, enviándolo a través del aula hasta estrellarse contra una montaña de mesas y sillas. El impacto resonó con un estrépito metálico que cortó de raíz la aparente calma del lugar.

El revoltijo de muebles caídos se convirtió en una especie de trono improvisado para Theo, que quedó tumbado en medio del caos. Sus ojos grises se alzaron lentamente hacia Noé, reflejando una tristeza calculada que se convirtió en una sonrisa cruel. Con la sangre todavía en sus labios, Theo empezó a reír, lanzando unas carcajadas que mezclaban dolor y satisfacción en igual medida.

—Felicidades —dijo Theo, con su voz cargada de un sarcasmo mordaz—. ¿Sabes?, debo admitir que me encanta cuando me tiran al suelo. Aunque no te hagas ilusiones, Noé. En nuestra

próxima cita puede que no me encuentres de tan buen humor.

—Eres un bastardo —ladró.

La mueca de diversión en el rostro de Theo fue un insulto que solo aumentó la rabia de Noé. Ante la idea de no poder controlarse, se marchó.

JAX

Después de la primera pelea con Milo, cuando solo tenía trece años, se dedicó a seguirlo durante unos días. El fuerte impacto que le causó fue suficiente para que él, que no solía entablar demasiada relación con los chicos de su misma edad, quisiera conocerlo mejor.

Tal vez fue por lo duro que pegaba, por el fuego en su mirada, o quizá por las crudas palabras que le dedicó; no lo sabía, pero desde aquel momento Jax se obsesionó.

Un par de días después, todavía con la cara marcada y moratones por todo el cuerpo, se atrevió a dar el paso. Quería pedirle perdón, en primer lugar, por atreverse a tocar su Kawasaki Zephyr 400. Él mejor que nadie sabía la importancia de su moto para un hombre —porque, aunque solo tuvieran trece o catorce años, se consideraba uno—. En segundo, porque respondió con violencia, lo que había sido divertido, pero se arrepentía.

Jamás pensó que un encuentro fortuito, y otro intencionado, cambiaría su vida hasta el punto de no tener vuelta atrás.

Aquella lejana tarde se acercó a él sin saber muy bien qué decirle. Al reconocerlo, Milo se puso en alerta. Todo su gesto cambió, anticipando la pelea, y esa actitud fue a peor cuando, a voz en grito, un niño salió corriendo del colegio y se les acercó. Milo empujó al pequeñajo hacia atrás, y le lanzó una mirada dura y desafiante.

Jax reaccionó alzando las manos con las palmas al frente, no quería molestarlo y mucho menos que pensara que iba a hacerle algo, a él o al niño… De pronto su mirada se desvió al crío, tenía nueve o diez años y sus grandes ojos azules capturaron de inmediato su atención, hasta que se fijó en el hilo rojo que descendía por entre el cabello dorado.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —exclamó Jax, arrodillándose delante del chico e ignorando a Milo—. ¿Estás bien? —preguntó, y llevó la mano a la herida—. ¿No te duele?

—¡Maldita sea! ¿Otra vez? —gruñó el mayor, y de un empujón lo hizo a un lado para examinar a su hermano—. ¿Qué ha sido ahora?

El interpelado se encogió de hombros como respuesta.

—El taller de mi padre está aquí al lado, tengo un botiquín —propuso Jax.

Milo lanzó una mirada furiosa, pero se relajó un poco, quizás evaluando que no tenía malas intenciones. El hilillo de sangre seguía descendiendo de la blanca frente. Milo miró hacia el interior del colegio, como si estuviera considerando entrar. Fue entonces cuando, en un arrebato, Jax tomó de la mano al chico para llevárselo.

—¡¡Suelta a mi hermano!! ¿¡Qué crees que estás haciendo!? —exclamó Milo.

—Ayudarte —soltó, como si fuese lo más normal. Después se giró en dirección al niño—. Tengo batidos de chocolate.

El chico esbozó una sonrisa tan radiante y que desbordaba tantísima alegría, que Jax se vio envuelto en una agradable calidez, sintiendo una inesperada emoción que le revoloteaba en el pecho.

—Me llamo Jax.

—Yo Noé.

—¡No le digas tu nombre! —bramó Milo, quien alargó la mano para sujetarlo y arrebatárselo.

—¿Por qué? Es tu amigo, ¿no?

¿Amigos? Jax no solía emplear demasiado aquella palabra, así que no pudo evitar

entusiasmarse al escucharla.

—No.

—Sí.

Ambos hablaron al mismo tiempo.

Jax observó cómo Milo lo miraba con una intensidad que parecía querer cortarle en pedazos, aunque no pronunció ni una palabra más. A pesar de que el taller no estaba tan lejos, Jax notó que Milo estaba inquieto, mientras que Noé permanecía impasible y sin derramar una sola lágrima.

—¿En serio, no te duele? —preguntó Jax, frunciendo el ceño mientras examinaba la herida de nuevo.

Noé negó con la cabeza.

—Nunca duele, porque soy un robot.

El sonido de una porra contra los barrotes lo despertó. Jax se incorporó en el catre de aquella celda en la que llevaba atrapado los últimos tres días. Se encontraba totalmente sudado y confuso, aunque con una agradable sensación en medio del pecho. Le costó desperezarse y dirigir la atención al agente que lo llamaba.

—Tú, gilipollas, levanta. Ha venido tu abogado.

—No tengo ninguno —puso en duda Jax.

—Parece que ahora sí.



CAPÍTULO DIECISIETE



NOÉ

A esas alturas, regodearse en lo cansado que estaba, era una soberana gilipollez. Lo estaba, y mucho, aunque lo que más le preocupaba era que después de setenta y dos horas, Leah seguía allí, no se había movido del hospital ni un solo instante.

Al menos habían trasladado a Milo a una habitación. No era grande ni bonita, y pronto les tocaría compartirla, pero, al menos, Leah podía estar ahí.

Milo no había despertado, sus constantes eran buenas ¿o habían dicho estables? Y el médico era optimista afirmando que, en breve, despertaría. Habían reparado el daño interno y, según evolución, podría hacer vida normal. Aunque no sería en el almacén, porque lo habían despedido.

La historia de sus vidas. Cuando las cosas iban más o menos bien, el universo les pisaba para que recordaran que tenían que volar a ras de suelo.

Noé miró de soslayo a Leah, sentada en la silla al lado de la cama. Por suerte, su jefa, que era una pariente lejana, fue bastante comprensible con la situación. Si no, habrían tenido verdaderos problemas.

Apoyado en la pared de enfrente de la cama observaba a su hermano. En solo esos días se le notaba más delgado, la mandíbula y los pómulos mucho más marcados y los moretones habían pasado a un color amarillento que le daban un aspecto cadavérico algo escalofriante.

Unas pisadas en el pasillo hicieron que dirigiera allí su atención. La puerta estaba entreabierta y salió por ella.

—¿Cómo va? ¿Ha despertado?

Noé, con el ánimo hundido, negó con la cabeza.

—Oye, hazme un favor —le pidió a Hugo—. Llévate a Leah, aunque sea a la fuerza. Necesita comer algo decente y descansar.

—No me voy —dijo ella.

Noé se giró, sorprendido de tenerla a la espalda y mucho más de no haberse dado cuenta ni escuchado sus pasos. Realmente estaba agotado.

—Venga, Leah, necesitas dormir un poco —insistió Noé.

—Claro, vamos a hacer una cosa —dijo Hugo, intentando parecer animado—. Te llevo a casa, te das una ducha y duermes un rato mientras yo te preparo mis famosísimos macarrones con carne y verduras. He mejorado la receta, ya verás.

Leah negó con la cabeza y se dio media vuelta para regresar al interior de la habitación cuando Noé alargó la mano para retenerla.

—Por favor —suplicó—. Estás en las últimas, y si tú caes, ya sí que no voy a poder con todo —pidió, sin darse cuenta de lo enrojecido de sus ojos ni esa humedad que apelmazaba sus pestañas—. Te juro que te llamaré si despierta, pero vete.

—No.

—No seas cabezona —la reprendió el chico.

—Solo unas horas —insistió Hugo—. Lo justo para que repongas fuerzas. No te dejaré dormir mucho, lo prometo.

—No.

—¡Joder, Leah! —estalló Noé, cabreado.

—¡Está bien! —bramó, en el mismo tono enfadado—. Pero llama para cualquier cambio —

advirtió, con el dedo alzado para enfatizar sus palabras—. Y tú —dijo, en dirección a Hugo—, como no me despiertes en dos horas, te haré llorar.

—Lo prometo —respondió, alzando la mano.

Leah se metió dentro para ir a por sus cosas, y ambos chicos se miraron con complicidad. Una vez a solas, Noé se sentó en la silla al lado de la cama, con el codo apoyado en el reposabrazos y la barbilla contra su palma. A esas alturas había intentado de todo para hacer que su hermano despertara: hacerle promesas a cambio de que abriera los ojos, hablarle de todo lo que les quedaba por hacer, y hasta suplicarle.

—Bastardo gilipollas —soltó de pronto, levantando la cabeza—. ¿Qué te crees que eres, la Bella Durmiente? ¡Despierta! O te juro que yo mismo lo haré a guantazos. ¿Ya es suficiente, no? Tenemos una conversación pendiente y voy a exigirte que nos pidas perdón, esto no va a quedar así. Te comportaste como un verdadero imbécil y no te voy a perdonar fácilmente, así que abre los ojos y sigamos discutiendo o despierta y suplica que te perdone, pero ¡hazlo!

—¿Podrías dejar de gritarme?

Noé levantó la mirada para toparse con los azules ojos de su hermano. El corazón le dio un brinco. Todo él lo dio, levantándose de la silla.

—¡Joder! —exclamó, sin creérselo—. Hostia puta. Leah me va a matar.

Una sonrisa bastante lastimera se dibujó en la cara de su hermano.

—Lleva aquí todo el tiempo y justo ahora la has mandado a casa —soltó, tosiendo con la garganta seca—. Ley de Murphy.

—¡Voy a llamar al…! —Tropezó con la pata de la silla y se cayó contra los pies de la cama —. Médico...

—Tranquilo, *Miau miau*… —se burló su hermano por la torpeza—. Solo dale al botón —dijo, llevando la mirada al dispositivo de llamada sobre su cabeza.

Noé sonrió avergonzado.

Desde que estaba en el hospital, sin saber si despertaría o no, Noé se preguntaba cómo fue capaz Milo de llevarlo todo adelante siendo solo un niño. Era verdad que en aquella época su madre todavía estaba presente en sus vidas. No de la mejor manera, pero estaba. Sin embargo, Milo debió de sufrir mucho; normal que fuera tan desconfiado y protector. Siempre valoró lo que su hermano hacía por él, y en aquel momento sentía que valorarlo no era suficiente. Qué duro debió de ser, y qué difícil se lo puso él de pequeño.

—¿Por qué lloras? —Milo intentó mover la mano, soltó un quejido y se quedó quieto

En un acto reflejo, Noé se secó las lágrimas, dio un par de pasos y se sentó en la cama, tomando la mano de su hermano entre las suyas.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Milo negó con la cabeza.

—Debo de estar muy drogado.

Lo estaba. Le habían administrado un cóctel con un poco de todo, calmantes, relajantes, antibióticos y mil nombres más que Noé era incapaz de recordar.

Entró una enfermera, y al ver que había despertado, lo felicitó. Tras comprobar el gotero y las constantes vitales, les informó de que en breves pasaría el médico para darles un parte detallado. Le explicó a Milo un poco sobre la operación y le mencionó qué síntomas eran normales y cuáles no.

—Voy a mandarle un mensaje a Hugo, está con Leah.

Milo asintió. Le costó un poco, pero al final llevó la mano al costado, palpando con los dedos el vendaje, y soltó un suspiro apesadumbrado.

—Oye… —dijo, con un hilo de voz—. ¿Dónde está Jax?

Aquella pregunta lo atravesó como un rayo. Noé tragó con dificultad. Dejó el móvil sobre la cama antes de clavar la atención en su hermano.

—Se quedó contigo hasta que llegó la ambulancia, los de emergencias dijeron que, de no ser por él, te habrías desangrado.

—Ya veo…

—Está detenido —soltó; cuanto antes informara a su hermano, mejor—. No hemos podido verlo, pero tiene abogado, uno de los buenos.

El semblante de Milo se oscureció. Noé tampoco sabía muy bien qué decirle, o si había hecho bien. Estaba muy débil y acababa de despertar, lo último que quería era que se preocupara.

—Noé… —empezó, con voz trabada—. Lo que pasó…

—No importa —lo cortó el menor, con una sonrisa.

—Sí, sí que importa —siguió Milo—. No sé cómo… No pensaba…

—De verdad, Milo, da igual.

—¡No! —exclamó. Después le dio un ataque de tos.

Noé se acercó para dejar la mano sobre su pecho, le habían dicho que no le diera agua. Al cabo de unos segundos, se calmó. Milo agarró la mano de su hermano, y la apretó con la poca fuerza que tenía. Noé fue incapaz de notar el contacto, pero verlos a los dos, con los dedos entrelazados, le gustó.

—He recordado la primera vez que… Ah, joder —lamentó, seguramente le costaba hilar los pensamientos—. El día que se presentó frente al colegio y nos llevó al taller de su padre, para curarte una herida.

Noé sonrió al recordar ese momento, aunque un poco desdibujado en su mente. Aquel encuentro fue la primera vez que él y Jax se vieron, y por poco que pudiera, no quería olvidarlo, a pesar de que los detalles se desvanecieran con el tiempo.

—Después no hubo manera de sacarte de allí —siguió Milo, y Noé sintió curiosidad por a dónde quería llegar—. Yo quería irme, pero tú te sentaste en el taller y te negabas a volver a casa. Joder, qué cabezota eras —lamentó, con una sonrisa—. Te pasaste la tarde entera con Jax, pasándole las herramientas mientras que yo me quedé sentado en el sofá, aburrido y totalmente ignorado.

—Me acuerdo de eso —sonrió.

—Si lo pienso bien, esa conexión entre vosotros siempre existió.

Los hermanos se miraron por un instante, sin necesidad de palabras. No hicieron falta disculpas ni perdones; todo quedaba olvidado. Lo único que importaba era seguir juntos, unidos por el vínculo irrompible del amor fraternal.

JAX

Cuando salió después de setenta y dos horas encerrado, sus ojos lagrimearon por la luz. El día estaba despejado, el cielo azul y el sol en lo alto; por fin pudo respirar. Tomó una profunda inhalación, llenando de aire sus pulmones. Se sentiría libre, si no fuese por las esposas que ataban sus muñecas. Había sido duro, y todavía no acababa; de hecho, faltaba lo peor.

Siguió al agente hasta el vehículo que lo trasladaría a la penitenciaría local. No podía negarlo, estaba acojonado. Durante ese tiempo no le habían dejado ver a nadie, y pensaba que era lo mejor. No quería que Noé lo viera tan acabado. Se sentía tan poca cosa que no podía ni pensar en dejarse ver.

Después de un corto trayecto en coche llegó al destino. Jax alzó la mirada para encontrarse con altos muros terminados en alambrada. Se dedicó a vivir la vida que quería; por un momento, incluso se creyó por encima del bien y del mal. Con veinte años se sentía en la cima del mundo, invencible, nunca pensó que daría con los huesos en ese lugar. Un par de semanas atrás estaba en un feliz sueño, después de confesar sus sentimientos. Y de pronto era arrojado a una pesadilla de la que no veía el final.

Lo empujaron al interior, más frío y oscuro de lo que pensaba. El oficial que lo acompañaba depositó toda su documentación, así como la orden de detención y los objetos personales que le requisaron en el momento de su arresto. Después, entró en la sala de procesamiento, un guardia le indicó que se sentara en una silla metálica. La habitación estaba iluminada por luces fluorescentes que acentuaban la austeridad del lugar. Sin mucha ceremonia le tomaron una fotografía y capturaron sus huellas dactilares; «como en las películas», pensó, aunque vivirlo no le hacía gracia.

Transitó por toda la rutina procedimental, y vivió cada nuevo episodio con ansiedad y miedo, sin saber qué pasaba a continuación.

—Vístete —le ordenaron.

Nunca había tenido pudor, pero después de la revisión médica, sentía que ya lo había vivido todo. Así que tomó la ropa sobre la camilla y se cubrió con ella; se lanzó un rápido repaso y suspiró.

Siguió al funcionario, que hablaba con voz monótona, explicando las normas y el funcionamiento. Jax era incapaz de centrarse en nada, casi ni podía respirar, mucho menos atender la verborrea incesante del hombre que, a base de repetir toda aquella parrafada, ya no le daba el menor valor. Para él era su día a día, algo sin importancia, pero para Jax era vital. Necesitaba aprender a sobrevivir en un mundo completamente diferente al que conocía.

El ambiente era opresivo y desolador. Con largos y estrechos pasillos mal iluminados que daban la sensación de pretender tragárselo. Allá donde mirara todo eran paredes de hormigón, desnudas y frías.

El sonido de las puertas metálicas que se cerraban con un estruendo que resonaba por los corredores, acompañando los pasos apresurados de los guardias y el murmullo constante de los reclusos. Sintió las miradas curiosas que se clavaban en su espalda. Era la novedad y el resto observaba con detenimiento a su paso.

Ascendió por unas escaleras hasta el segundo piso, último corredor. Jax tragó la ansiedad que se acumulaba en su pecho y que le producía unas inmensas ganas de gritar.

Finalmente, llegaron a una celda al final de uno de los pasillos. La puerta de metal chirrió al

abrirse, revelando un espacio reducido y austero.

—¡Zack! Aquí tienes al nuevo —le informó, el funcionario, a voz en grito.

Jax se quedó quieto, observando su entorno con una mezcla de resignación y miedo, el hombre se marchó y él se quedó ahí de pie, con sus enseres personales abrazados al pecho y dudando sobre qué hacer a continuación.

—Bienvenido a tu peor pesadilla —le saludó el chico que estaba tendido en la cama superior.

Sus manos se apretaron y por su mente pasaron una decena de respuestas posibles. No quería crearse enemigos, pero tampoco pensaba dejarse vacilar, así que lanzó las cosas encima del colchón y se encaramó al filo de la estructura metálica de las camas, para enfrentarse a su interlocutor.

Jax aunó en aquel acto el poco valor que le quedaba y toda la rabia acumulada desde su detención. Fue una mezcla extraña, una explosión que no sabía cómo iba a terminar, hasta que, de pronto, se quedó cara a cara con el que sería su nuevo compañero de celda.

—¡Tú! —exclamó.

El pie le resbaló y se tambaleó sin llegar a caerse; con la mirada clavada en aquel chico que, sentado en la litera, sonreía de oreja a oreja.

—He movido algunos hilos para que fueras mi compañero —le dijo, divertido.

El muchacho saltó para aterrizar justo delante de él, con expresión arrogante aunque con cierto toque divertido. Jax parpadeó un par de veces, sin terminar de creer lo que veían sus ojos.

—Zack… —murmuró.

—Ese es mi nombre, no me lo gastes.

—Pero…

—Tengo mis contactos en el exterior, sabía que vendrías —explicó sin ahorrar el orgullo tanto en la voz como la expresión—. ¡Felicidades, Jax! Eres el primero de Hinkon en pisar esta letrina, mucho habíais tardado.



CAPÍTULO DIECIOCHO



NOÉ

No podía dejar de sonreír, pero era una sonrisa amarga que en ningún momento logró alcanzar sus ojos.

Noé se apoyó en la pared, al lado de la ventana, y perdió la mirada al exterior. El cielo volvía a estar envuelto en un manto de nubes grises que amenazaban lluvia. En la habitación, los murmullos de Leah y su hermano treparon hasta alcanzarle. Eran empalagosamente cariñosos.

Noé revisó de nuevo los mensajes intercambiados con el abogado, le había informado de que Jax ya había sido trasladado y que, en unos días, sería posible hacerle una visita. Sin embargo, Noé no tenía claro si Jax querría verle. Lo conocía lo suficiente como para imaginar todas las estupideces que estarían corriendo por su mente. Lanzó un suspiro y el cristal se empañó.

—*Miau miau*, ¿por qué no te vas y descansas? Yo me quedaré con él.

Noé se giró en dirección a Leah, que mantenía una bonita sonrisa a pesar del cansancio. Dejó que la chica le acariciara la cabeza, como solía hacer, y se abandonó un instante a esa ternura tan conocida.

—Noé —llamó su hermano, desde la cama. Hizo un gesto para que se acercara—. Oye, no lo pienses demasiado.

—Lo sé…

—Ya lo conoces, además, después de lo que yo…

—Ni lo menciones —cortó Noé. Milo se sentía culpable y Noé no quería eso.

Su hermano lo miró con una ternura infinita atrapada en el fondo de sus ojos e, igual que Leah, alzó la mano para acariciarle la cabeza. Después chasqueó la lengua, como si lo siguiente que fuera a decir le resultara difícil.

—Puedes recurrir a Gin, él debería ayudarte.

—¿Y deberle un favor? Paso.

Milo soltó una risotada nasal y algo le dolió, pues se llevó la mano al abdomen.

—Ah, joder… Como duele… Por Gin, no te preocupes, deberle un favor a ese imbécil no va a matarnos.

Noé asintió, envuelto en la calidez de que Milo hubiera hablado en plural.

—Jax es un cabezota orgulloso —añadió Leah—. Cuando salga le voy a dar de collejas hasta que se me duerma la mano.

«Cuando salga… ¿Cuánto falta para eso?», Noé no pudo evitar entristecerse. Habían pasado unos pocos días, pero se sentía como una vida entera.

—Vamos, vete a casa, come un poco y descansa —ordenó su hermano—. Llevas mucho descontrol, así que…

Noé movió las manos para detener su palabrería.

—En serio, ¿es que ni recién operado dejas tu papel de padre? —se quejó, aunque con una sonrisa—. No te preocupes, he seguido a rajatabla mi aburridísima rutina.

—Así me gusta —lo felicitó Milo.

Porque lo último que le faltaba era ponerse enfermo y no darse cuenta. Noé se despidió de ellos y salió al frío exterior. Aún faltaban unas horas para que anocheciera.

Encontró el puerto más desolado que de costumbre. Tal vez Umi estaba manteniendo el perfil bajo después de lo sucedido. Noé pasó de largo el espigón, aunque no pudo evitar lanzar una mirada al lugar donde él y Jax habían estado. Ese día, si no los hubieran interrumpido, quizá se

habría confesado.

Conocía bastante bien el lugar, y sabía dónde podría encontrarlo. Gin, a pesar de sus diferencias, no era un mal tipo. De hecho, era de las pocas personas que su hermano respetaba.

Las luces de los barcos se reflejaban suavemente en el agua, mientras la brisa agitaba las banderas que coronaban cada mástil.

—¿Se te ha perdido algo?

Noé se giró en dirección a Aiden; acababa de interceptarlo cerca de uno de los callejones que llevaban al interior de la zona pesquera. El aire olía a sal y algas, con un toque de aceite y pescado fresco, una mezcla característica del puerto que se intensificaba al atardecer. Noé dio un paso, ignorándolo, pero el otro se puso en frente y ya no tuvo por donde pasar. Lanzó un suspiro cansado, no tenía ganas de peleas, y menos con él; nunca le había gustado.

—Solo vengo a ver a Gin.

—Menuda sorpresa, todos queréis ver a Gin —ladró, con malas pulgas.

—Qué quieres que te diga, Aiden, estoy demasiado agotado hasta para desperdiciar una puya contigo. Aparta y déjame pasar, o comienza tú la pelea.

—Eso te gustaría, ¿verdad…? —dijo, con desdén—. Oh, pobre Noé, tan pequeño, bonito y blandito atacado a traición.

Aquellas palabras le molestaron, de hecho, lo irritaron sobremanera, pero realmente estaba tan hecho polvo que prefirió ignorarlo a seguirle el rollo.

—¿No vas a decir nada? ¡Vamos, *Miau miau*, pelea!

Noé se hizo a un lado, en actitud indiferente.

—Tsk, gilipollas —se quejó, pasando la mano por la cabeza, decorada con esa horrenda cicatriz—. Vamos, sígueme.

«Joder, no era tan difícil».

Las calles del puerto eran estrechas, más parecidas a callejones. Los edificios, de una o dos plantas, estaban en mal estado. Sin embargo, cerca de los amarres el lugar solía ser animado, con vecinos reunidos para charlar o ayudar a descargar el pescado. Se acercaron a un grupo junto a uno de los barcos, compuesto principalmente por mujeres adultas y algunos niños que correteaban entre los cabos y saltaban sobre los bolardos bajo la atenta mirada de sus madres. Entre aquel corrillo, reconoció a Gin.

Llevaba todavía el mono de trabajo, seguramente recién desembarcado.

Cuando se observaron, no vio sorpresa en su expresión. Noé adelantó a Aiden y se acercó al capitán de Umi, que se había alejado un par de pasos de la gente. Uno de los mocosos pasó corriendo cerca y Gin le acarició la cabeza con cariño. Noé frenó, mirándolo.

—No te voy a mentir —dijo Gin, encendiendo un cigarro—. Sabía que vendrías.

—¿Lo sabías?

—Estoy hasta la polla de todo este juego de engaños. Theo es un maestro en eso, pero yo ya no puedo más. Me levanto a las cuatro de la mañana todos los días para salir al mar, esto de mentir y engañar me está desgastando.

—¿Qué quieres decir?

—Theo vino a verme. —Soltó una calada—. Le debía una, así que me pidió que cuando vinieras, te ayudara en todo lo que te hiciera falta.

Noé parpadeó, asombrado. Theo… ¿Cómo podía? Era un bastardo gilipollas y engreído, pero tenía la puta habilidad de ir siempre un paso por delante, con cualquier cosa.

—La verdad —siguió Gin— es que ha malgastado su bala. Aunque él no me lo hubiera pedido, lo habría hecho igual. ¿Qué necesitas?

Noé sintió un ligero alivio. A pesar de todo, las riñas, las disputas y las peleas, realmente, en el fondo, eran casi amigos. Quizá no en el sentido habitual de la palabra, pero nada unía más que un buen intercambio de puños. Las peleas forjaban poderosos vínculos y hacía que naciera entre ellos un profundo respeto.

—Quiero que le hagas llegar esto a Jax —pidió Noé, sacando una carta.

—¿Por qué no se la das tú?

—No quiere verme.

Gin asintió, realmente parecía comprenderlo.

—¿Y tu abogado?

—No me fío de él.

—Pues menudo panorama, siendo el que tiene que sacarlo —bufó Aiden, que había permanecido atento a toda la conversación.

—Sé que va a sacar a Jax. En lo legal no desconfío, sí en lo personal.

Un nuevo asentimiento de Gin, que parecía captar sus pensamientos a la perfección.

—Entendido —aceptó, y señaló a su primo—. Aiden, encárgate tú.

—¿Qué? ¿Yo?

Gin le lanzó una mirada y el otro enmudeció. Tomó la carta de Noé y se la metió en el bolsillo interior del anorak.

—¿La princesita quiere algo más? —soltó, de nuevo intentando cabrearlo.

—Hoy no —respondió Noé—. Pero cuando esté de mejor humor, no descarto volver y partirte la cara.

Gin soltó una carcajada.

JAX

Era duro.

Más de lo que jamás pensó.

Solo llevaba allí veinticuatro horas y no sabía si sería capaz de soportarlo. Echaba de menos el barrio, el taller, el Templo, estar con Milo y los chicos, pero, sobre todo, echaba de menos a Noé.

¿Cómo podía Zack llevar tanto tiempo y no haberse vuelto loco? Bueno, tal vez porque sí había enloquecido, un poco.

No tenía una impresión muy profunda de él, no habían coincidido demasiado. Tal vez un par de peleas, muy al principio, cuando él y Milo todavía no habían labrado un nombre ni Hinkon tenía demasiada fama. Eran dos niñatos buscando reconocimiento, deseando proteger el barrio. Ahí fue cuando lo conocieron. Era duro de pelar y tenía algo que tanto a Milo como a él les faltaba: ese punto de audacia que rozaba la imprudencia.

Zack tenía una vida bastante activa ahí dentro. Entraba y salía de la celda y se paseaba por las zonas comunes con tranquilidad. Jax había preferido mantenerse al margen, no por miedo o cobardía, sino porque el abogado le había aconsejado no buscar problemas, mantener perfil bajo y esperar que en unos días el juez fijara la fianza, que le permitiría estar fuera a la espera de que llegara el juicio. Aunque sabía que no la podría pagar y tendría que quedarse allí hasta entonces.

Jax salió al pasadizo y se quedó apoyado en las rejas de la puerta.

Por el rabillo del ojo vio a Zack, que ascendía la escalera a pequeños saltos y parecía feliz, algo que contrastaba con el gris deprimente del lugar.

Le lanzó una mirada a su compañero de celda, analizándolo, y lo siguió con la mirada mientras se metía dentro. La verdad, sí se parecían un poco.

—Te gusto, ¿o qué?

Jax sonrió a desgana y lo siguió al interior del pequeño habitáculo.

—Pensaba en que eres mucho más feo que tu hermano.

Zack soltó una gruesa carcajada. Demasiado tabaco, era el único pasatiempo allí en la cárcel.

—Gin siempre ha sido mucho mejor que yo, en todo —soltó Zack sin ahorrarse el orgullo.

Jax pensó en lo curioso que le resultaba el profundo amor fraternal que los hermanos mayores sentían por los pequeños, como el que Milo tenía por Noé. Cada vez que hablaba de él, a Milo se le iluminaba el rostro y el orgullo se le escapaba en cada palabra. Era algo realmente bonito.

—¿Ha sido él quien te lo ha contado?

—¿Que iban a encerrarte? Sí. Y también que eres un descerebrado que se ha liado con el hermano pequeño de Milo. Aparte de marica, temerario.

—Tú no lo entiendes.

—Pues no —dijo, con obviedad—. La última vez que lo vi era un mocoso que no levantaba ni medio metro del suelo. En fin…

El chico dio un par de zancadas —imposible dar ni una más—, estiró los brazos y arqueó la espalda, como un gato desperezándose; al terminar, regresó al lado de la letrina metálica. Pasó la mano por el cabello y después se giró, con un brillo de maldad refulgiendo en su expresión.

—Tengo algo para ti —soltó en un susurro.

—Creo que he jugado a esto. Ahora te pregunto y me sueltas un guantazo.

Zack volvió a reír, con mucha más intensidad y un punto de demencia pegado a cada carcajada.

—Esa es buena —concedió.

Metió la mano por dentro de los pantalones, palpando su entrepierna. Jax alzó una mano y dio un paso hacia atrás, dispuesto a empezar una pelea de ser necesario.

—Joder, puto malpensado —lo reprendió el chico, y sacó un pequeño sobre que llevaba ahí escondido—. Es de Noé.

Aquel nombre, pronunciado en voz alta, logró que se le acelerara el corazón. Miró el sobre que Zack tenía en la mano y dudó.

—¿No lo quieres? —insistió el otro.

¿Lo quería? Tenía miedo de leer el contenido. ¿Desde cuándo era tan cobarde? Demasiadas emociones en muy poco tiempo lo tenían totalmente alterado, y su instinto de protección estaba activado al máximo.

—¿Conoces la historia del gato de Schrödinger?

—Creo que no tengo el placer de conocer a ese gato.

Jax soltó una risotada.

—Es un experimento. Metieron a un gato dentro de una caja con un veneno letal en un frasco de cristal muy delicado que se podía romper en cualquier momento.

—Joder, después los malos somos nosotros.

Jax lo ignoró para seguir con la historia:

—Así que el gato estaba dentro, y nadie sabía si el frasco se había roto. Hasta abrir la caja, el gato estaba vivo y muerto a la vez.

Zack movió el sobre frente a su cara, como si se abanicase; parecía pensativo. Después de un rato, volvió a alargar el sobre en dirección a Jax.

—Si estaba vivo, espero que les pegara un buen zarpazo. Me parece de gilipollas quedarse con las dudas.

Tal vez tenía razón. Sin embargo, lo que había pasado con Noé era muy intenso. Que su hermano se opusiera a ellos de aquel modo, después se marchase y lo de Milo… ¿Lo culparía Noé por lo sucedido? Si llegaba el momento en que tuviera que elegir entre él y su hermano... No, jamás. Nunca pondría a Noé en esa situación. Preferiría desaparecer antes que obligarlo a pasar por eso.

Zack saltó de la litera superior donde se había sentado y volvió a guardar el sobre en el mismo lugar del que lo había sacado.

—Quedarte con la incertidumbre me parece la peor decisión que puedes tomar, pero si eres tonto, ¿quién soy yo para decirte nada?

—Muy amable —gruñó Jax.

—En fin, eres idiota. Qué le vamos a hacer.

—No estoy preparado —lamentó Jax—. Si Noé sigue fuera, esperándome, la ansiedad de estar aquí dentro va a ser insoportable. Si por el contrario no quiere saber nada más de mí, no tendré fuerzas para soportarlo.

Zack lo miró con una ceja más alta que la otra, analizándolo, y el resultado debió de ser pésimo, porque meneó la cabeza de un lado a otro, a modo de negación.

—Pensaba que la gente de Hinkon tenía un par de cojones, pero ya veo que no.

—Que te jodan —espetó Jax, enfadado porque llevara todo el rato metiéndose con él —. Tú no sabes una mierda.

—Cierto, ¿qué voy a saber yo? —soltó, dejándose caer sobre el colchón de Jax—. Llevo seis

años aquí metido, me he perdido todas las tonterías que hacéis ahí fuera.

Jax sintió cierta compasión por ese chico. Todos sabían que lo ocurrido años atrás había sido un desafortunado accidente, uno que, además, no era culpa suya. Pero como todo buen hermano mayor, decidió hacer lo necesario para proteger al pequeño; como Milo… Jax se quedó pensativo, apoyado contra la pared y con la mirada perdida en ningún punto concreto.

—Dámela —dijo de pronto.

—¿El qué?

—La carta —dijo, señalando su entrepierna e intentando no pensarlo mucho en el momento en que la tocara.

—Ahora no quiero —soltó, divertido, rodando por el colchón ajeno.

Jax se acercó un paso, de manera amenazante. Zack detuvo sus vueltas y lo miró con intensidad.

—¿Cómo está Gin? —preguntó de pronto.

Jax no entendió, pero viendo la seriedad de su gesto, comprendió que era una pregunta importante para él.

—Siempre que viene me dice que todo le va bien —concretó mientras se incorporaba sobre el colchón—, pero no sé si es verdad. Me jode estar aquí dentro y haberlo dejado solo. El mundo es una mierda, Jax.

—Lo es —confirmó, sentándose a su lado.

—¿Pega fuerte?

—Demoledor —confirmó Jax—. Y Aiden no se queda atrás.

Zack soltó una risotada satisfecha; metió la mano por sus pantalones y le tendió la carta.

—Tranquilo, me la he dejado por fuera de los calzoncillos.

Jax soltó una carcajada a la que el otro pronto se unió.



CAPÍTULO DIECINUEVE



NOÉ

Aquella misma tarde Milo sería dado de alta. Estaba emocionado, pero lo que lo tenía con la cabeza en otra parte era pensar si Jax habría recibido su carta, y, de ser así, si la habría leído.

Noé terminó de organizar las herramientas; Jax tenía un sistema caótico para clasificarlas. Se había pasado por el taller porque era el único lugar en el que podía estar solo, tranquilo, y que sentía que lo unía a Jax.

En el instituto habían sido comprensibles con su situación, pero en breve le tocaría enfrentarse a los exámenes, y aunque no pensaba que tuviera ningún problema en superarlos, algo en su interior había cambiado. Quizá porque fue una de las promesas que le hizo a su hermano estando en coma.

Noé cogió uno de los batidos de chocolate que Jax siempre guardaba en el refrigerador para él y se dejó caer pesadamente en el sofá. Estaba exhausto, pero por las noches no lograba conciliar el sueño. Aunque parecía haber luz al final del túnel, aún le quedaban muchos kilómetros para alcanzar la claridad.

El sonido de alguien golpeando la persiana lo sacó de sus pensamientos. Por un momento, se sintió como si nada hubiera cambiado, como en tantas tardes pasadas en el taller, viendo trabajar a Jax, cuando los chicos llegaban para compartir una cerveza y unas charlas.

Noé sonrió.

—¡Por detrás! —les gritó.

A los chicos de Hinkon les encantaba aporrear la persiana hasta que Jax, entre cabreado y divertido, tenía que dejar lo que estaba haciendo, aun sabiendo que, casi siempre, la puerta del callejón estaba abierta.

—No deberías darle tantas ventajas a un enemigo.

Noé levantó la mirada sorprendido al reconocer la voz. Ahí, parado justo en la puerta, se encontraba Theo, seguido, como siempre, de River. Noé se levantó de un bote y barrió con la mirada el espacio, buscando algo que arrojarle a la cabeza. Se maldijo por ser tan ordenado.

—Largo.

Theo ignoró la orden y entró al taller, inspeccionando todo con una expresión de asco. Era un local pequeño, sucio y mal ventilado. La mugre y la grasa se acumulaban en cada rincón, ya era así cuando el padre de Jax lo regentaba. Alguien como Theo era incapaz de ver la belleza en algo como aquello, pero para Noé, el taller era el mejor lugar donde podía estar, donde quería estar.

—No he venido a pelear.

—Me importa una mierda a qué hayas venido, no tengo fuerzas para ti —reconoció Noé.

Dándole la espalda, regresó al sofá, esperando que Theo se cansara y se fuera por su propio pie. Pero Theo, acostumbrado a estar en lugares donde no era bienvenido, como ya le había demostrado con anterioridad, paseó entre las motocicletas, examinando cada una hasta detenerse junto a la de Jax.

—Ni se te ocurra tocarla —gruñó Noé, poniéndose alerta.

—Se parece a la tuya —comentó el rubio, levantando las manos para mostrar que no tenía intención de tocar la preciada moto de Jax.

Claro que se parecían, eran el mismo modelo. Noé sintió un golpe directo al corazón. ¿Qué pensarían Jax o su hermano si supieran que había vendido la moto? La había usado solo un par de veces y significaba mucho para él, pero no tenía otra opción.

—Por favor —pidió, llevándose los dedos al puente de la nariz y pinzándolo, tal vez por algún dolor. Tomó una profunda respiración—. Vete, no tengo ganas de continuar con esta farsa.

Porque si algo le había quedado claro, era que Theo solo se acercó a él con oscuras intenciones; de hecho, todo lo que rodeaba a Theo era manipulación, mentiras y engaños.

—No es una farsa, de verdad te considero un amigo.

Noé no supo si reír o llorar.

—Tienes una peculiar manera de hacer amistades.

—Yo no quería que pasara todo esto.

—¿¡Y qué pretendías!? —gritó, sin poder evitarlo.

—Yo…

—En serio, ¿qué pensabas que ocurriría?

Noé se dirigió a él, esperando que River se interpusiera, pero para su sorpresa, se mantuvo al margen. Le dio un fuerte empujón, hasta casi derribarlo, y Theo no se defendió, sino que se dejó hacer, sin decir nada.

—Desde el primer momento solo estabas jugando. ¿Por qué lo has hecho? ¡Te has aprovechado de nosotros!

—Lo siento —dijo Theo, visiblemente incómodo al disculparse—. De verdad, yo no quería…

Noé negó con la cabeza, al borde del llanto y temblando de nervios.

—Eres como los malos de las películas —lo acusó Noé, con voz apretada.

—Lo soy —reconoció el chico—. Un egoísta de mierda que solo pienso en cómo lograr mis objetivos. Te lo dije, y no me creíste.

—¿Al menos, te ha servido de algo? —Theo asintió—. Felicidades. Ahora, vete, regresa a tu mundo y olvídate de nosotros.

—No quiero.

Noé alzó la cabeza, confundido. Justo cuando estaba a punto de empujarlo nuevamente hacia la salida, Theo sacó un fajo de billetes de su bolsillo y los dejó sobre la mesa.

—Pero, qué cojones…

No pudo reprimir más sus impulsos, quería matarlo. Lo empujó con tanta fuerza que se tambaleó y quedó medio recostado sobre una de las mesas de trabajo de Jax. Noé sentía la rabia burbujeando en su interior, como una pastilla efervescente. Apretó los puños y contuvo las ansias de arrojarse sobre Theo y destrozarlo a puñetazos.

—Vete a la mierda.

Ambos se miraron, atrapados en ese momento, con emociones tan complicadas y posturas tan alejadas que parecían imposibles de reconciliar.

—Esto es tuyo. Úsalo para pagar la fianza de Jax.

Aquello era surrealista, si no fuera porque Theo parecía tan sincero… Noé quedó totalmente desconcertado. Ese chico, desde el primer día, lo descolocaba de tal modo que ya no sabía ni por dónde pillarlo. Aunque algo sí tenía muy claro:

—No quiero quedar debiéndote nada.

Theo sonrió con pesadez, como si esperara esa respuesta. Aun así se mantuvo tranquilo, con cierto punto de altivez; aunque Noé vio algo en su mirada que no había notado antes: un dolor contenido, una profunda tristeza que apenas se ocultaba.

—Y no lo haces —dijo Theo, encaminándose hacia la puerta—. Tómatelo como un adelanto de tu sueldo.

Noé soltó una carcajada dolorosa. Volvía a hacerlo, una de cal y otra de arena, era imposible

seguirle el juego.

—¿Por qué iba yo a trabajar para ti?

Theo se detuvo, una sonrisa canalla decoró su rostro.

—Porque, cuando monte mi propio imperio, voy a necesitar a alguien de plena confianza conmigo, al que se le den bien los números.

Noé siguió negando con la cabeza, sin poder creer su desfachatez.

—Menudos cojones tienes —lo acusó.

—Noé —lo llamó, y se quedó parado en la puerta—. Ojalá puedas perdonarme, de verdad, tu amistad ha significado mucho para mí.

—Suena como si te estuvieras muriendo.

Esta vez fue Theo el que no pudo contener la risa.

—Tal vez —soltó, de manera enigmática.

Observó cómo abandonaba el taller, seguido muy de cerca de River, quien esta vez, volviendo a lo habitual, no había dicho ni una sola palabra. En aquel momento Noé reaccionó y salió tras ellos para llamar su atención.

—¡River!

El chico se detuvo, algo confundido. Ladeó la cabeza, como preguntándole, o tal vez invitándole a hablar. Corrían rumores sobre él, ninguno bueno, así que Noé se envalentonó a preguntarle:

—¿Cómo es estar encerrado?

Una sonrisa muy triste se dibujó en el rostro del chico, que se acercó a él. Tal vez no quería que Theo los escuchara.

JAX

Jax se encontraba en su celda, con la carta de Noé en las manos.

Siempre había creído que ese chico tenía una asombrosa capacidad para sobreponerse a los reveses de la vida. Pero, además, Noé le había demostrado que era capaz de ir un paso por delante en lo emocional. Tal vez, el hecho de no sentir nada en el plano físico le había hecho desarrollar un sexto sentido que captaba a la perfección los sentimientos, miedos e inquietudes de los demás. Al menos, con él así era.

Jax tenía mucho miedo. Le aterraba imaginar qué pensaría Noé de lo que había sucedido. Y, en cierto punto, hasta se sentía avergonzado. Creía que, de alguna manera, Milo tenía razón. A Noé le esperaban grandes retos en el futuro y él solo sería un lastre, una sombra opacando la luz que irradiaba Noé.

Se acurrucó en el colchón y aferró la carta contra su pecho. Una vez más había disipado sus dudas sin necesidad de que las expresara. Al leer sus palabras, Jax sintió que Noé lo conocía profundamente, comprendía sus temores y estaba allí para él, como siempre.

¿Cómo podía tener tan poca confianza? Jax se reprendió por ello; no era justo tener un concepto tan bajo de sí mismo. Se prometió que, cuando saliera, haría todo lo posible por mejorar, ganar seguridad para estar con Noé, acompañarlo y, sobre todo, ser su apoyo.

—Te voy a echar de menos —dijo Zack al entrar.

Ese chico era lo mejor de su pequeño paso por la cárcel. Era todo un personaje y, gracias a él, el proceso había sido mucho más llevadero.

Lo admiraba. No por la red de tráfico que manejaba entre los reclusos. Zack conseguía cualquier cosa del exterior y a Jax le parecía de lo más entrañable que todo fuera dentro de lo «legal». Porque Zack no se metía en tema de drogas o armas, algo que, por otro lado, estaba bastante demandado, sino que se enfocaba en cigarrillos, chucherías y alguna que otra revista pornográfica.

También lo echaría de menos, era mucho más divertido que el sieso de Gin.

Pero a Zack todavía le quedaban unos años de estar allí.

Jax lo miró sin encontrar palabras de consuelo, no las había. Era muy injusto, se estaba perdiendo los mejores años de su vida, un tiempo que ya sería imposible de recuperar. Pero lo hacía con actitud positiva, consciente de que su decisión le había dado una oportunidad a Gin, y para Zack, era lo único que importaba.

—Te estaremos esperando fuera.

Zack sonrió lleno de felicidad y lo enfatizó golpeando el puño de una mano contra la palma de la otra.

—Me debes una buena pelea.

—Por supuesto. —Jax se incorporó.

Muy pronto el funcionario vendría a buscarle.

El abogado consiguió establecer una fianza relativamente baja —eso fue lo que él dijo, para Jax aquella suma de dinero le parecía desorbitada—. Pero no tenía riesgo de fuga y toda su vida estaba en el barrio, así que eso, sumado a la falta de pruebas, logró que su paso por la celda fuera de menos de una semana.

—¿Quieres que le dé algún mensaje a Gin?

Zack levantó la mirada y parecía estar cargada de nostalgia. Sus ojos se entristecieron y negó

con la cabeza.

—Solo dile que te he pegado fuerte, tal como él quería.

Jax sonrió. Alargó la mano en su dirección y el otro se apresuró a encajarla.

—Ya nos veremos —prometió Jax, y salió de la celda, donde el guardia le esperaba.

Tan solo hacía unos días que había entrado, recorrió el mismo camino, pero esta vez, todo era diferente. Las miradas de los reclusos lo seguían, susurrando a su paso, algunos incluso se despidieron con un leve gesto. Jax respiró profundamente mientras avanzaba, sintiendo la tensión y la expectación en el aire. Cada paso lo acercaba más a la libertad, y el peso de los días pasados parecía desvanecerse.

—¡Vamos, vamos muchacho! —exclamó Mike al verlo entrar—. ¿Ves?, al final no ha sido para tanto —sonrió el hombre, y Jax se mordió la lengua por su trivialidad—. Está bien, tienes que firmar aquí. Léelo con calma y pregunta si hay algo que no entiendas.

—Sí —dijo Jax.

Se moría de ganas por salir de aquella pesadilla. Leyó, aunque en ciertos momentos, tomado por los nervios, las letras se le juntaban. Necesitaba concentrarse, pero su mente solo pensaba en volver a casa.

—No puedes abandonar la ciudad y comparecerás cada quince días, hasta la fecha del juicio.

—Entiendo. —Jax garabateó su nombre donde indicaba.

—Revisa que en la bolsa estén todos los objetos personales que te fueron retirados al llegar —dijo un funcionario—. Si está todo correcto, firma el recibo.

—Gracias —respondió Jax, abrumado.

—Está bien. —Mike se levantó, quedándose una copia de los documentos—. Me voy ya, intenta no meterte en líos.

—Por supuesto.

—Llámame en un par de días y te mantendré informado si hay novedades.

—¡Espera! —pidió Jax—. Nunca me has hablado del modo de pago ni de…

—No te preocupes por eso. Como les dije a tus amigos, lo hago por incentivos personales.

Jax no tenía aquello demasiado claro, sin embargo, prefirió confiar. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de regresar al lado de Noé.

Una vez completado el papeleo, un guardia lo escoltó por los pasillos hacia la salida. La puerta principal se abrió con un chirrido, y Jax inhaló profundamente, sintiendo el aire fresco en su rostro. El sol impactó de manera directa sobre sus ojos y se vio obligado a entrecerrar los párpados y protegerse con la mano. Cuando su vista se acostumbró, pudo verlo ahí en frente, al otro lado, esperándolo, con su rostro iluminado por una mezcla de alivio y alegría.

Jax apresuró el paso, dejando atrás las puertas de la cárcel. De repente, se dio cuenta de que estaba corriendo y frenó en seco, a solo dos pasos de Noé, para mirarlo. A pesar del evidente cansancio, no pudo evitar pensar en lo guapo que era y en las ganas que tenía de abrazarlo. Dio un pequeño paso hacia él, pero las dudas volvieron a acecharle, como profundas raíces que querían anclarle los pies.

—Yo… —comenzó, con un hilo de voz.

—Como tus primeras palabras sean «lo siento» en vez de «te quiero», te juro que voy a hacer que te arrepientas de no haberte quedado dentro.

Jax soltó una carcajada y se lanzó contra Noé, abrazándolo con fuerza. Lo alzó entre sus brazos y hundió la cara entre su cabello, respirando el olor que siempre desprendía su cuerpo y que le hacían sentir en paz, en casa.

—Te quiero —le dijo, besando sus labios—. Gracias —siguió, acompañando la palabra con

otro beso—. Y lo siento —murmuró, pegado a su boca.

Poco a poco, Jax dejó a Noé de nuevo en el suelo, esperando su respuesta. Noé levantó las manos y le acarició la cabeza con ternura, soltando una risotada divertida. Luego, le tomó de la mano con suavidad.

—Anda, vamos a casa —dijo Noé suavemente.

Jax sonrió, sintiendo que, por fin, un nuevo capítulo estaba comenzando.



CAPÍTULO VEINTE



NOÉ

Todos se reunirían en el Templo, una gran fiesta de bienvenida para Jax, y también para Milo, que, aunque todavía no se había recuperado, dijo que no pensaba perdérsela. Adaptarse a su convalecencia estaba resultando complicado. Leah tenía que hacer horas extra, para recuperar lo perdido, y Noé se encontraba inmerso en los exámenes. Por primera vez en la vida, se estaba dejando la piel en ello.

Noé terminó de rellenar los cuencos de comida para los gatos y se dirigió a la habitación, dónde Milo y Jax llevaban un rato hablando. La conversación en su reencuentro fue corta; tal vez ya se dijeran lo necesario aquella noche, en el muelle. La primera vez solo necesitaron un buen par de puñetazos para que naciera su amistad; con una puñalada y antecedentes penales, esta quedaba sellada de por vida.

Con los calcetines llenos de pelos se acercó a la habitación para asegurarse de que estaba todo controlado, sin embargo, la conversación en el interior hizo que se detuviera y, aunque su gen cotilla no estaba muy desarrollado, estaba claro que fisgonear las conversaciones entre ellos dos era inevitable.

—... De verdad, está todo olvidado —la voz de Jax, tan gruesa, se coló por la puerta entreabierta—. … Debimos haber hablado antes y… ¡Venga!

Noé se acercó más, porque se estaba perdiendo detalles.

—Mi reacción fue desproporcionada… De verdad, yo no quería…

—Lo sé.

—Pero…

—¿Hay un pero? —preguntó Jax.

A Noé le faltó pegar la oreja a la madera.

—Como le hagas daño a mi hermano, juro que voy a abrirte en canal y esparcir tus entrañas por el puerto —soltó Milo, sin un atisbo de broma en la voz.

—Que me digas esto mientras te estoy subiendo los pantalones…, pierdes credibilidad.

—Lo digo muy en serio —soltó Milo.

—Lo sé —dijo Jax con la misma gravedad en el tono—. Quiero a tu hermano —sentenció, con rotundidad.

Noé se apoyó en la puerta y esta se abrió. En el interior, los dos chicos se giraron en su dirección. En aquel momento Jax estaba arrodillado frente a Milo y peleaba por calzarle las botas. Era una escena extraña, pero tan tierna que sintió que las mariposas de su estómago, aletargadas las últimas semanas, recobraban la vida.

—¿Estáis listos? —preguntó, intentando desviar la atención.

—Te huelen los pies —acusó Jax, disimulando.

Milo respondió adelantando una de las rodillas para golpearlo en el brazo.

—Anda, calla y termina de anudarlas.

—Capullo —soltó, antes de levantarse. Después se giró hacia él con una sonrisa divertida—. Voy a lavarme las manos.

Al pasar por su lado Jax se inclinó un poco para besarle en la mejilla. Noé llevó de manera inmediata la mano a su rostro y la mirada a su hermano. Le alivió ver un gesto de comprensión en su expresión relajada. Le costaría acostumbrarse a ese cambio, pero Noé sabía lo mucho que se estaba esforzando.

—Ayúdame —le pidió Milo, moviendo la mano para que se acercara—. Joder, cómo me tiran los puntos.

—En un par de días te los quitan, no te quejes tanto —lo regañó—. Venga, a la de tres. Uno, dos, ¡arriba!

La recuperación iba mejor de lo que esperaban. La edad, la complexión y la testarudez del paciente habían demostrado ser una clara ventaja. Ya caminaba solo, aunque necesitaba ayuda para levantarse o acostarse, también para la ducha. Ahí habían descubierto que su baño era muy pequeño para que dos adultos estuvieran dentro, así que habían optado por las palanganas y los paños. Milo decía que de esa humillación nunca se iba a recuperar.

El Templo rebosaba vida como nunca. El griterío y los motores de las motos se escuchaban desde debajo de la colina, y a pesar de que Noé se moría de ganas de arrancar a correr escaleras arriba para unirse a la fiesta, le tocó ascender escalón a escalón, incluso parándose a descansar entre tantos para que Milo recobrara el aliento.

—¡Ha llegado el jefe! —gritó Ric, a pleno pulmón.

Todos se giraron en su dirección, con caras que reflejaban a la perfección lo que sentían: alivio, felicidad, respeto, amor…

—¡Jax! —exclamó Hugo, corriendo en su dirección—. Bienvenido a casa, tío.

Noé sintió que el pecho se le hinchaba de orgullo. Podían decir de ellos que eran unos niñatos sin futuro, la escoria de la sociedad, delincuentes o la base más baja de la pirámide, la que todos se creían con el derecho a pisar. Pero para él eran familia; todas y cada una de las personas que estaban ahí eran sus hermanos, y así seguiría, no importaba lo que le deparara el futuro, ya fuera en el barrio o no.

—Estás muy pensativo —bromeó Turbo, acercándole un refresco—. ¿Cómo lo llevas? ¿Estás bien?

Noé asintió con un cabeceo, abrió la lata y dio un largo trago mientras observaba a su alrededor. Las luces de las fogatas iluminaban la noche, y las risas resonaban por todo el lugar. El aire estaba cargado con el aroma de gasolina y alcohol y el murmullo de las conversaciones.

—Por suerte, todo se ha quedado en un tremendo susto.

—Joder, eso sí es optimismo, *Miau miau*. Eres la persona más positiva que conozco —replicó Turbo, riendo y dándole un ligero golpe en el hombro.

No le quedaba otra. Noé osciló la mirada por el lugar, a las caras conocidas, al ambiente divertido y distendido, hasta que algo captó su atención.

—Será capullo… —gruñó, dirigiendo sus pasos velozmente hacia su hermano.

Se sentó junto a Milo y le quitó una cerveza que acababan de darle.

—Vamos, es sin alcohol —protestó, enfurruñado.

—Tú, agüita, como los niños buenos —respondió Noé, pasándole una botella de agua.

Jax, que estaba cerca, soltó una risotada y añadió leña al fuego al pasarle otra botella de agua a Milo.

—Que os jodan a los dos —bramó, aunque el buen humor le delataba.

—¡He llegado! Madre mía… Qué estrés —se quejó Leah, que aparecía directamente con el uniforme del trabajo, con su cara iluminada por el resplandor del fuego.

El grupo estalló en risas y saludos mientras Leah se unía a ellos. A pesar del frío, que Noé intuía por el vaho que salía de su boca cada vez que respiraba, sintió una gran calidez por la compañía y se dejó embriagar por la alegría de la celebración.

Estaba sentado en el tronco de un árbol cuando alguien apareció por detrás y le rodeó con los brazos. Reconocía aquel olor en cualquier lado, esa mezcla de *aftersave* y grasa de motor. Dejó

caer la cabeza hacia atrás, reposando contra el pecho de Jax.

No le habían contado a nadie lo suyo, pero cuando la gente los miraba, nadie se sorprendía; era como si todos dieran por sentado que estaban juntos, como si fuera lo más obvio y natural del mundo. Noé se giró, buscando los oscuros ojos de Jax. Desde que lo liberaron, un par de días atrás, no habían tenido muchas oportunidades de estar a solas. Primero, visitaron a Milo; luego, Jax quería pasar por el taller y retomar algunos encargos pendientes, sin permitirse el lujo de procrastinar. Ver al resto del grupo y una charla interminable con Leah habían completado su agenda.

Después llegó el peor momento, cuando le tocó hablar de Theo, el abogado y de dónde había sacado el dinero de la fianza. Tanto Milo como Jax alabaron sus decisiones y cómo había enfrentado el momento, y le prometieron que recuperarían la moto; no una igual, o parecida, sino la misma. Ambos lo juraron, y Noé sabía que cumplirían.

Así que el tiempo entre ellos había sido escaso, totalmente insuficiente. Noé sentía una irrefrenable ansiedad, unas tremendas ganas de retomar lo suyo por donde lo habían dejado, sin dar un paso atrás.

—¿Por qué no nos vamos? —propuso de pronto, pegando los labios a su cuello y dejando que las palabras cosquillear contra la piel de Jax.

—Sería muy maleducado por mi parte, ¿no?

—No.

Jax soltó una risotada que pronto se convirtió en unas carcajadas incontrolables.

—No. Y ya está.

—Definitivamente: no.

Jax alzó la mano y acunó la mejilla de Noé. A pesar de que no podía sentirla, la calidez del gesto lo embriagó.

—Vámonos, por favor —insistió, dejándose caer contra la palma—. Quiero que nos besemos toda la noche.

Jax se adelantó unos centímetros, no demasiados, lo suficiente para que las puntas de sus narices se rozaran.

—Yo también.

Cuando Noé buscó a su hermano con la mirada, sus ojos se cruzaron. Milo le dedicó una sonrisa antes de volver su atención a las personas a su lado.

JAX

No podía, pero, sobre todo, no quería pensar en nada. Empujó a Noé al piso y cerró de un portazo y en un acto reflejo pasó la cadena a la puerta. Al ver aquello, Noé no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Tienes miedo de que mi hermano vuelva a pillarnos? —bromeó, y se acercó contoneando las caderas, provocándolo.

—Tengo miedo de que te escapes. Esto es un secuestro.

—Pues ten cuidado, que ya tienes un juicio pendiente.

—Maldito niñato.

Jax lo empujó con firmeza contra la pared del pasillo, donde lo acorraló con una mano a cada lado. Tanteó con la rodilla hasta colocarla entre sus piernas y le instó a que las separara un poco. Noé sucumbió a cada una de sus mudas peticiones, y Jax observó con deleite cómo el chico se derretía bajo su mirada y sus caricias. Sin duda se lo comía con los ojos y entre ellos saltaban chispas.

El primer beso llegó despacio, tranquilo y dulce, pero cargado de las ganas que tenían el uno del otro. La penumbra del pequeño piso, sin una sola luz encendida, envolvía sus siluetas; el silencio de la noche amplificaba el sonido de sus respiraciones entrecortadas, y el leve roce de sus labios, inicialmente suave, se tornó urgente y apasionado; más profundo a cada segundo que pasaba.

Con el corazón latiendo a mil por hora, Jax sentía que todas sus fibras vibraban. Sus manos se movían con una necesidad desesperada, recorriendo cada rincón conocido del cuerpo del otro, como si quisiera memorizar todos los detalles, reafirmar que finalmente estaban juntos.

Jax dejó que sus inseguridades y cada pequeño temor se desvaneciera con las dulces caricias de Noé. Sentía el amor y la aceptación en cada beso y gesto.

El pequeño espacio, a oscuras, se convirtió en su refugio, donde nada más importaba excepto ellos. Los latidos de sus corazones, el calor de sus cuerpos, la conexión que compartían…

—Vamos a la habitación —ordenó Noé.

—Tú mandas… —Jax hundió la cara en el hueco de su cuello.

Noé alargó las manos para agarrarle del pelo y separarlo para que pudieran mirarse. No hicieron falta palabras. La expresión de ambos hablaba por sí sola. Amor, pasión, lujuria… Jax sentía un volcán en su interior, como lava candente recorriendo sus venas; culminando, como único punto de salida, su entrepierna.

Le tiró de la mano para dirigirse a la cama.

—Vaya, vaya… Hasta has cambiado las sábanas —lo acusó—. Lo tenías todo planeado, pervertido.

—Te voy a dar a ti perversión… —De un empujón, lo tiró contra el colchón.

La sonrisa traviesa de Noé era mitad pasión mitad burla; jugaba con él, consciente de todo lo que le provocaba. Jax tiró de los bordes de la camiseta para deshacerse de ella y la misma suerte corrieron sus pantalones. Después se lanzó sobre el chico, para comenzar a devorarlo. Su conciencia se alejaba de él de forma despiadada; perdía el control, y lo mejor era que no pensaba hacer nada para evitarlo.

Los besos de Noé eran tan apasionados que hasta se olvidó de respirar. Llevó las manos bajo la ropa, acariciándolo, atento a las reacciones en su rostro y respiración.

Amaba demasiado a ese chico, lo deseaba, quería fundirse en él, besar cada centímetro de su cuerpo y poseerlo hasta las entrañas.

—Si te sientes incómodo con algo… —tanteó, con el único resquicio cuerdo que le quedaba.

—No podrías hacer nada que no desee.

El mundo exterior desapareció, dejándolos solos en aquella habitación. Cada beso, cada caricia, cada toque entre ellos era una mezcla de deseos y promesas, un recordatorio silencioso de todo lo que habían pasado y de lo que estaba por venir.

Hicieron el amor de manera pausada y tierna, entregándose por completo en cada contacto, uniendo tanto sus cuerpos como sus almas.

En ese pequeño piso, sin necesidad de palabras, encontraron la paz que tanto habían buscado, envueltos en la intensidad de lo que sentían el uno por el otro.



EPÍLOGO UNO

5 AÑOS DESPUÉS



NOÉ

Siempre que volvía al barrio era como si el tiempo no hubiera pasado; como si de nuevo tuviera dieciséis. Y cada vez que tenía que irse, sentía la misma presión en el pecho y las mismas ganas de mandarlo todo al carajo para quedarse un poco más. Sobre todo, cuando lo que trataba de abandonar era la cama de Jax; bueno, a esas alturas, ya era la cama de los dos.

Pero las obligaciones mandaban. Aunque no quisiera, ya era un adulto y bla bla bla bla bla…

—A la mierda, ¡me quedo!

Jax soltó una risotada y regresó a la cama junto a él, para abrazarlo.

—Siempre dices lo mismo, y siempre terminas marchándote.

—No me provoques, ¡que me quedo!

Noé se dejó caer contra Jax para acurrucarse entre sus brazos. Pegó la oreja en su pecho para escucharle el corazón.

—¿Qué tal?

—Late rápido, pero está triste.

Jax lo apartó para besarle en los labios.

—Sabe que nos dejas otra vez.

—Bueno, pero el semestre está a punto de terminar —soltó Noé, fingiendo sus ánimos—. En nada cojo las vacaciones y me vas a tener todo el día molestando en el taller.

—Lo estoy deseando —respondió, y se levantó para ir a la cocina.

—Recuerda llevar a Princesa al veterinario, está apuntado en la nevera —gritó desde el baño —. Ags… Me estaba meando.

El olor a café inundó el destartalado apartamento. Con el paso del tiempo habían realizado algunas reformas y, aunque Noé no estaba demasiado conforme, terminaron guardando en un almacén las pertenencias del padre de Jax para quedarse con la habitación grande, convirtiendo la otra en un parque de atracciones para los gatos.

—Lo sé, y si no puedo, Leah me ha dicho que podría cerrar la peluquería. Ventajas de ser su propia jefa.

Noé se sentó en la mesa y cogió la taza que Jax le cedió, con la temperatura ya comprobada.

Se había adaptado relativamente rápido a la vida en la universidad, pero extrañaba el barrio, a Milo, Leah y, cómo no, a Jax. Así que siempre que podía regresaba y le costaba mucho volver a arrancar y enfrentarse a la realidad.

—No puedo creer que hayan pasado ya tres días —lamentó Jax, sorbiendo el café—. Joder, ¿cómo ha pasado el tiempo tan deprisa? ¡Si no hemos hecho nada!

—Follar —se burló Noé—. ¿Te parece poco?

—Qué burro eres —lo reprendió Jax, aunque no pudo negarlo.

—Vale, me voy o llegaré tarde. —Noé se levantó y fue al dormitorio a recoger sus cosas—. El fin de semana que viene lo tengo complicado, pero al otro podría escaparme.

—O podría ir yo.

—También.

Jax lo tomó entre los brazos para robarle un último beso antes de separarse.

Era una tortura, pero ya le quedaba poco. En unos meses terminaría el grado y ya solo le quedaría la especialidad. Al final, y sin saber muy bien el porqué, eligió Económicas y Finanzas. Pensó que así podría ayudar a Jax en el taller, o a Leah, en su propósito —ya materializado— de

abrir su propia peluquería. Incluso a Milo, si alguna vez se decidía a dejar los trabajos de mierda y buscar nuevas metas en su vida.

El camino hasta la universidad no era demasiado largo, pero lo suficiente como para que no le compensara regresar todas las semanas. Así que establecieron una especie de calendario, con turnos de visitas de unos y otros, pero en ocasiones como aquella, Noé hacía trampas y regresaba sin avisar a su hermano. No era que no quisiera verle, pero a veces quería solo estar con Jax, sin obligaciones, saludos ni comidas familiares, solo ellos dos sobre un colchón.

Aparcó su Suzuki GSX250E en el garaje alquilado y miró el reloj. No tenía tiempo de pasarse por la habitación, así que simplemente se dirigió al Aula Magna, donde estaba a punto de empezar el seminario, el último que le quedaba antes de los exámenes finales.

Justo al doblar la esquina, con el sol impactándole de frente, un destello dorado captó su atención. Como tallos de trigo meciéndose en la brisa veraniega.

Ambos chicos clavaron la mirada el uno al otro, hasta que Noé soltó una fuerte carcajada.

—Sí que has tardado —le acusó. Se pasó la mano por el pelo sudado; odiaba el calor del verano, porque lo dejaba demasiado pegajoso.

—He tardado un poco más de lo esperado —reconoció con una de sus clásicas sonrisas canalla—. Pero ya estoy aquí. Te dije que cuando creara mi imperio vendría a buscarte.

—¿Lo has conseguido?

Era una pregunta estúpida, desde el momento en que se presentó en el taller de Jax para devolverle el dinero, supo que sus caminos estaban destinados a volver a cruzarse.

—¿Lo dudabas? —inquirió Theo, alzando una ceja, enfatizando más el gesto burlón.

—Ni por un solo momento.

—Está bien, Noé, ¿estás preparado para hacer historia?

Noé dio un par de pasos en su dirección y alargó la mano hacia el otro para encajarla, sellando así su trato.

—Por supuesto. Hagamos historia.

EPÍLOGO DOS

5 AÑOS DESPUÉS



GIN

No había nada mejor que el mar.

La libertad del viento en la cara, las gotas salpicando, el olor a sal y el sudor empapando su cuerpo. No era nada glamuroso, pero sí auténtico.

Gin lanzó el extremo del cabo sobre la pasarela de madera y Aiden lo recogió para aferrar la embarcación. Después, con agilidad, saltó al muelle.

—Bienvenido —soltó Aiden, alargando la mano en su dirección.

—¿Qué me he perdido?

Después de casi tres semanas en alta mar estaba cansado, pero lo primero siempre era lo primero: saber cómo iban las cosas por el puerto y entre los chicos de Umi.

Desde que habían perdido el contacto con Theo, el tema de la entrada de droga se había complicado, pero, de un tiempo a esta parte, parecía que la frecuencia se había relajado y era fácilmente controlable.

A su espalda escuchó el sonido de una nueva persona desembarcando. Gin se giró, alzó la mano para cubrirse del sol y soltó una risotada.

—Lleva mareado desde que zarpamos —se burló, volviendo la atención a Aiden e ignorando al otro.

—Disculpa por haber perdido mi toque marinero… —se quejó Zack, blanco como el papel —. A la mierda, se estaba mejor en la cárcel.

—Pues ya sabes —bromeó Aiden.

—Que te jodan —bramó, golpeándole en el hombro.

—¿Y bien? —insistió Gin.

—Todo controlado, sin novedades al frente. Ha estado todo tranquilo, solo un par de peleillas tontas con algunos de los nuevos miembros de Hinkon, nada más.

—Madre mía, llevas el espíritu de mando incrustado en el alma —se burló Zack—. Vamos, hermanito, ¿no te permites relajarte nunca?

—Descansaré el día que muera —soltó Gin.

Zack negó con la cabeza y lanzó un suspiro.

—Necesitas echarte novia —dijo, con media carcajada colgada de sus labios.

—No tengo tiempo para eso.

Gin alcanzó la mochila que alguien le había lanzado desde la embarcación y se encaminó de regreso a casa. Soñaba con una ducha caliente y un buen plato de comida.

Aiden y Zack lo observaron alejarse, con esa aura de mal humor que siempre lo rodeaba. Aiden se encogió de hombros, ya lo daba por imposible, pero Zack era diferente. Se había perdido tantas cosas, y tenía cientos de bromas y ratos de hermanos acumulados, que después de salir de la cárcel necesitaba recuperarlos, y añoraba molestar a Gin. Dio una carrera hasta alcanzarle y se dejó caer contra su espalda. Aiden pronto se les unió.

—Bueno, si no hay tiempo para una novia, ¿qué tal si te busco un novio?

La airada —y violenta— reacción de Gin no se hizo esperar. Entre risas y empujones, los tres se alejaron del muelle, de vuelta a casa. En unas semanas, la rueda volvería a empezar a girar.



AGRADECIMIENTOS

¡He llegado hasta aquí!

Empecé a esbozar esta historia en 2021, después de mi obsesión máxima con *Tokyo Revengers*, que me llevó a leer todos los capítulos publicados hasta la fecha en un par de días. Desde el momento en que comencé a trazar los personajes y la historia de *Calles rotas*, esta novela ha ido quedando relegada al olvido para dar prioridad a otras. ¡Es anterior incluso a *Palomitas*!

No sé muy bien por qué, pero cada vez que me planteaba retomarla, una vocecita en mi cabeza me decía: «¿Quién diablos va a querer leer una novela juvenil con chicos que se pegan?». A veces me creo muy especial, como si mis gustos fueran únicos, y olvido que ¡eso no es verdad! La cantidad de gente que me ha escrito desde que anuncié esta historia, diciéndome lo mucho que les encanta la idea de las bandas callejeras, me lo ha demostrado.

Así que, al final, hemos llegado hasta aquí.

Como este libro es un dos en uno, voy a dividir los agradecimientos.

En esta parte quiero agradecer muy especialmente a Patry, y también a Nisa Arce por "prestármela". Cuando estaba más cansada, abrumada y desganada con esta historia, tener a Patry al otro lado esperando un nuevo capítulo y dándome *feedback* de cada escena fue clave para no volver a enterrarla en un cajón y olvidarme definitivamente de ella.

Gracias de nuevo a Nisa, y a Laura Sanz, por ofrecerse a leer la novela. Ha sido un placer contar con vosotras como lectoras.

También agradezco a todas las personas que respondieron a la newsletter dándome su opinión sobre el título y la portada: Náyade Berná, Lidia Iqmdlagana, Araceli RM, Lupe Ballester, Ainara Bajos, JC Sanz, Saguian, Nut, Alicia Arroyo, Idoia Fonseca, Rocío Crespo, Alma Sham y Beatriz Sánchez.

Y, por supuesto, gracias a Enara, que, aunque esta vez no ha podido leer la novela como lectora cero, ha estado ahí escuchando mis audios y dándome su apoyo incondicional.

Por último, gracias a ti, por elegir esta historia. Espero que te haya gustado y que mis chicos se hayan ganado un huequito en tu corazón. Tanto si ya me conocías como si acabas de hacerlo, espero que sigas conmigo por mucho tiempo.

¡Gracias!



ACERCA DE LA AUTORA

Si quieres saber más sobre mis publicaciones puedes encontrarme en Instagram como @Roser_Ochoa.



OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Autoconclusivas:

Al tercer día

Sangre fría

La maldición del cisne

Bilogías:

(Im)posible

(In)posible 2

Mi chica de algún día (Omegaverse #1)

Aquello que nos prometimos (Omegaverse #2)

Trilogía:

Palomitas en el instituto

Palomitas en la universidad

Palomitas en el trabajo

Serie:

Juegos salvajes